

LOS HIJOS DE LA TRANSICIÓN

(Una historia del Barrio Chino)

Por Sergio Farras

En el Barrio Chino de la Barcelona de finales de los setenta, sobre el gris mustio que invadía el asfalto barcelonés, abandonadas al albedrío, y aún, de vacío famélico de otros tiempos de dictaduras recientes que todavía respiraban candentes, unas sencillas moradas se levantaban como castillos inacabados en unos edificios de paredes imperfectas, erigidas al vuelo trazado de centenarias vigas que sustentaban alicatados tejados, hechos a escuadra y cartabón, mal asentados y esbozados a la herencia de la antigua y vieja amurallada Barcino.

Era yo niño poco aplicado en el colegio, travieso pero sin llegar a golfo consumado. En esto hay una importante diferencia espiritual y hasta de poliédrica realidad. Mi existencia, como las de tantas otras infancias de aquellos tiempos, era moderada en un *status quo* discreto y sobrio, que definía nuestro estado de ciudadanos de segunda en aquellos momentos de los finales de la década de los años setenta. En el barrio, a veces tocaba vacilar y, otras muchas; callar discretamente. Mi vida era la propia de un niño un tanto indómito y rebelde de espeso discurrir; hijo de barrio trabajador y un tanto marginal por la historia que lo envolvía, como un injusto y fatuo manto condenatorio que solía amarrar el sentimiento acumulado de la rabia. Yo era un niño de la calle, un niño criado entre el amor del infinito candor que desprende

una madre y la crueldad malintencionada y autoritaria de un padre desorientado y bebedor que no daba para más.

En el barrio éramos como un bullicio de abejas obreras en la colmena de una ciudad hipócrita y de fingimientos simulados que mutilaba las conciencias más sensibles. Un truco para la supervivencia era apartarse al tanteo del disimulo y a la idiosincrasia más particular y singular. Deambulábamos al trote de la falsedad, arrancando trozos de nuestra existencia, a veces molesta y obligada a ser discreta. En la sociedad barcelonesa de aquellos momentos, flotaba en el viciado aire metropolitano y urbano nuestros muchos demonios de miedos biselados, mientras se desdibujaban sombras desconocidas de prostitutas callejeras con figuras sinuosas bajo los portales viejos y rancios de maderas poco nobles. Y de las balconadas a ras de marquesinas muy poco glamurosas colgaban descaradamente sin vergüenzas ni rubores los ropajes parcheados y recosidos, una y otra vez, por esas madres entregadas a la virtud del amor infinito que siempre llenaba los vacíos, invadiendo el espacio que igual no era de nadie, que igual sólo era de Dios. ¡Maldita sea, qué importaba! Las costuras puntadas de nuestra inacabada personalidad de niños por hacer, de remachada incertidumbre y no siempre de buenas intenciones, intentaban esquivar las lenguas que apuñalaban por la espalda y a la traición desmedida, evitando caer en la tentación del vicio que siempre nos acechaba como un espectro, al chivato que desangraban como a un gorrino en plena calle las almas más desaliñadas y crueles, personajes que solían ser poco de fiar y hasta a veces hambrientas de odio y delincuencia desmedida; de aquellos vecinos que intentaban llenar sus livianas y condenadas vidas de horas contadas con el reloj de la indiferencia, tibia y cruel, del paso de la turbulenta

vida. Caminábamos por el barrio a paso desorientado con nuestros zapatos viejos, que se iban destiñendo y desgastando como el barniz al lustre de la aseada bondad al paso pateado; deambulando por aquellas oscuras y sucias calles estrechas donde la luz era de opaca luminosidad perenne, y no de transparente barniz al lustre de la aseada bondad.

Barcelona, a finales de los años setenta, era una ciudad poco cuidada que se alardeaba en su propio celo; un tanto sucia y abandonada, de adoquines mal alineados y sesgados a ras de un gris pavimento. Y, en según qué zonas, hasta marginada e incomprensida por despreciar su esencia de pobreza endémica, tan indispensable como vital y de fuerza exagerada para sobrevivir en aquel entorno arrinconado. Yo vivía en el Barrio Chino *barcelonés* como he dicho. Ahora le llaman Raval, porque se conoce que viste más la nueva denominación, pero adorna las mismas miserias que se muestran discretas con respeto y desconfiada credibilidad, una y otra vez, con esa dicotomía que se refleja viva e infectada de odios y marginaciones aparentes como se mostraría la flora ajena en un jardín ulcerado y rancio. Éramos niños callejeando y esquivando maldades. Y probablemente era muy extraño encontrarse con cien gramos de bondad, así, a bote pronto, en esas calles de resquebrajadas historias particulares y poco interesantes. No es que la gente que vivía allí en el barrio fuera toda canalla y aspirantes a potenciales delincuentes. ¡No! Lo que pasaba, es que la bella representación de la miseria era como un alimento fecundo, como una profunda raíz que brotaba sin quererlo para abrirse en una desdichada floresta desnuda de lo marginal y del total estigma del estar casi excluido. Pues solo la escasez de la buena educación y el inconsciente tacto de la ignorancia, sin mala ni banal intención, sollozaba y gemía como el alma y

el satén de la costumbre y de la memoria infausta de aquel barrio. Pero los recuerdos te acaban atrapando como demonios enquistados en la conciencia de aquel, que en algún momento, se propuso lograrlo. Porque al final, la historia y las experiencias vividas de cada uno de nosotros en aquel entorno, de mil miserias y de mil excusas, nos atraparía por el paso de los tiempos que suelen ser infinitos y necios. Ya se sabe que, al final, el barro no acaba cubriendo del todo las membranas de la memoria, aunque sólo sea durante un discreto espacio del tiempo retórico que vivimos.

Corría el año 1978 y yo tenía trece tiernos años, tiernos, pero no inocentes, en esto también hay una gran diferencia a tener en cuenta. Eran tiempos de cambios en España, eran tiempos de transición política y social. Eran tiempos de hostias en las manifestaciones por las anchas y diáfanas Ramblas de Barcelona, donde veíamos a los mayores pedir libertad: “¡Queremos libertad! ¡Habla pueblo habla, tuyo es el mañana!” Mientras, la policía de entonces -los famosos y temidos *grises*- se conoce que no comprendían en su totalidad sus idealismos ni quimeras impías de libertad, y les solían dar de palos en la pensante cabeza con las lustrosas porras, igual para que se tranquilizaran y no alborotaran en demasía el orden público. Esos policías eran muy pragmáticos, muy a golpe de orden de obligado cumplimiento. Para nosotros, aquellas manifestaciones que brotaban de la voz del pueblo impaciente y con ganas de cambios eran como un juego. Correr e insultar a la policía era como jugar al infantil escondite, pero con mucha más emoción y sobresaltos de nuestras limitadas y perennes inquietudes infantiles.

- ¡Qué vienen los grises! ¡Qué vienen, qué vienen! ¡Qué ya están aquí!
¡Qué sacan las porras, tenemos que huir!

Tampoco es que fuéramos niños desvalidos y torpes: ¡ni mucho menos! Éramos profundamente vivos y peleones, también a veces “cobrones” claro, y recibidores de algunos tortazos al uso de la idiosincrasia del momento, que como sagradas hostias comulgadoras de tantos palos recibidos se repartían a discreción y sin demasiados miramientos en aquella naciente transición, reclinada en una especie de eucaristía social y política enmascarada por debilidades poco sólidas de aquella transición española. Pero por el tacto que se resbalaba en aquellos desorientados años de una sociedad desnuda y vulnerable a nuevos cambios, de gentes con todavía miedos de dictadura que comenzaban a rehacerse a cada hora, a cada minuto, a cada segundo, brotaban con las ganas de una metamorfosis social. Y si te metías en política el litigio y la ficha preferente de sospechoso habitual en la comisaría del barrio estaban asegurados. La libertad era algo que se estaba construyendo como un templo de sagrado y empíreo despertar, dejando atrás una consagración impertinente y cruel de cuarenta años de mutilación social y dictadura a golpe de generales malintencionados.

Mi madre siempre decía que no había ascensor en ningún edificio del barrio. Con el tiempo, sus gentes se hacían más mayores, y para las personas más ancianas debía de ser fatal subir por aquellos peldaños de madera picada y roída por el moho húmedo y corrosivo de aquellos edificios centenarios. Mi madre veía y sentía la miseria que había en aquel barrio; ella, que venía de un entorno más noble y distinguido, que había sido dependienta de joyería solemne y de bisutería fina, de ser deseo y musa aparente de posibles amadores caballerosos y pretendientes distinguidos. Pero entonces conoció a mi padre, que en el barrio era un vacilón consagrado, y comenzó a vivir ella

también la miseria y la desigualdad sistémica que llegó a maldecir el resto de sus días.

En el Barrio Chino de aquella Barcelona desigual y de injustas convivencias, las mujeres no sabían lo que era un supermercado. Tenían que comprar en los colmados y comercios de la época, con la ventaja y la conveniencia de que el dueño les fiara. El tendero lo apuntaba todo en una diligente libreta de hojas de espiral, y en una lista que colgaba con celofán al lado de la báscula. Y como por aquella época se cobraban los salarios por semanas, los sábados se le liquidaba la deuda al contado y en mano para luego vuelta a empezar. Aunque si podían, nuestras madres daban algo a cuenta para no desmadrar aquellas discretísimas economías. Hoy en día se compra casi todo envasado, pero en aquellos tiempos casi todo era al granel: cien gramos de fideos, media libra de arroz, una onza de enérgicos y sabrosos guisantes... Mi madre siempre se quejó de que no tuviéramos baño en casa, y nos tuviéramos que lavar en un barreño que apañábamos para tal menester del noble y necesario aseo personal. La lavadora era aparato que parecía cosa aparente y solo para gente rica y de más holgada posición. Las madres que podían un poco más, iban a una lavandería del barrio, pero no se podía ir más de dos veces por semana, pues no llegaba el dinero para tal despilfarro. Y si no, estaban los lavaderos públicos en edificios rancios y aislados, donde se daba oficio al frotar y al restregar a mano con jabón *Lagarto*.

A veces, con tres duros teníamos comida para dos días. Mi madre no tenía envidia de nadie, porque creía que con el irracional amor hacia mi padre tenía ya bastante para cubrir su necesidad de una vida de cariño desaliñado y poco recíproco.

Íbamos a un zapatero que hacía maravillas con los remiendos, porque de zapatos teníamos pocos y era cuestión muy conveniente de hacerlos durar y conservarlos. Aquel zapatero del barrio se ganaba bien la vida porque también arreglaba las pelotas del Barça, y esto era un referente y garantía para acudir a sus manos artesanas. Pero la gente del barrio nunca supo si arreglaba las botas del primer equipo o las de los juveniles. Aquel zapatero tenía un prestigio y una muy buena reputación, pero era muy chulo y muy presumido, y se jactaba siempre de ganar más dinero que nadie, aparte de ser un cachondo mental que solía tirar los tejos a todas las mujeres casadas del barrio. Las basuras se tenían que bajar con un cubo en la mano, siempre a la misma hora que pasaba el camión, y aquellas mujeres con zapatillas de andar por casa y delantal sujeto a la cintura, aprovechaban el momento para hacer la charla y las murmuraciones del día con las vecinas de la calle. Mi madre siempre decía que dinero había poco; bien es cierto, pero los hombres del barrio sí que tenían su pequeña reserva, aunque fuese en basta calderilla, para ir al fútbol y al bar a pasar las horas muertas y sin demasiado provecho. Y las mujeres, en casa y calladitas. Eran otros tiempos mucho más desiguales para la mujer que no se emancipaba por falta del amparo legal y pensamientos costumbristas irracionales.

La fuente que estaba en la Plaza Padró era muy pequeña y de discretas canillas. Sí, pero el agua que emanaba de aquellos caños al chorro del caudal de la abundancia era muy buena. Bajábamos a llenar las garrafas que provenían de algún lejano arrabal, porque era mejor que la de nuestros depósitos de agua medio potable asentados en aquellos deslucidos terrados de nuestros centenarios edificios. El agua de los depósitos se acababa enseguida,

y no daba para mucho caudal aprovechable para los menesteres habituales de un hogar y las necesidades básicas de una familia.

Mi madre recuerda que había un moblé y una perfumería pequeñita a ras de acera, tan adosada y pegada a la fachada que parecía un crustáceo de caparazón duro agarrada a un espigón. En aquella perfumería se vendían productos de toda clase de sustancias aromáticas y esencias de olores agradables. Y todas las mujeres estaban contentas y famélicas, aunque muy pocas se pudieran dar el delicioso capricho de oler como onditas hembras en aquél barrio de desdichas y tristes vidas.

Mi padre era mozo de almacén, bebedor de vino peleón a diario y un gran zurrador cuando tenía un mal día. A veces pienso, y no lo recuerdo, cuándo tuvo uno de bueno. Mi madre, la pobre, erró al casarse con mi padre, eso que ya estaba avisada y prevenida por familia de esa que llaman de confianza, y que suele ver el devenir de las desgracias con el anticipo de las vanidades y de las miserias que, en estos casos, siempre acaban llegando por su esencia natural, mostrándose al final en canto y alma viva encendiendo locuras y vicios desmedidos.

- Si te casas con este hombre serás una desgraciada toda la vida.
- ¡Pero yo le amo!
- ¡Tú misma chica!, sarna con gusto no pica pero mortifica.

Tenía una hermana cuatro años más pequeña que yo. Mi hermana llevaba gafitas de culo de botella. Pobrecita. Mi hermana se llamaba Encarna, era más inteligente que yo, pero mucho más tímida, recatada y un tanto repelente. Y

eso, le frenaba por su condición de niña insolente, hasta a veces, de pedante naturaleza fatua y excesivamente vanidosa que le recorría por todo el cuerpo.

En el barrio jugábamos al fútbol con una pelota de cuero corroído en el mejor de los casos. Y si no había balón a disposición de nuestras limitadas habilidades futbolísticas, nos apañábamos haciendo una con papeles usados envueltos en celofán hasta que conseguíamos, más o menos, darle una forma cilíndrica y redondeada. Jugábamos al fútbol en plena calle, porque el tráfico, en aquellos tiempos, tampoco era lo que se dice excesivamente fluido ni atolladero circulatorio como ahora. Como mucho, algún putero desorientado que venía de *comer caliente* buscando la vehemente salida camino hacia su probable confortable hogar de modélica familia, o algún tarambana melenudo y medio hippie que quería comprar buena “hierba”; colocarse un poco y dar esquivo a la dura realidad. También jugábamos a “polis” y “ladras”, y normalmente a todos nos gustaba ser el “ladra”. Eran tiempos del Vaquilla, el Torete, del destape de Nadiuska y de Barbara Rey, de hacernos nuestras primeras inocentes masturbaciones por los terrados que miraban a los diáfanos cielos con revistas de esas eróticas que les llamaban revistas “S”. También fumábamos tabaco en cigarrillos, que llegaban a nuestras manos a través de la cómplice cerillera del barrio que también vendía cupones de los ciegos. Aquella mujer tullida y medio ciega vendía cigarrillos sueltos sin el correspondiente permiso, y hacia también algo de estraperlo con licores y joyería fina de dudosa procedencia. Con trece años fumábamos *More* o *Winston* andorrano de contrabando, pero no nos tragábamos el humo, hacíamos que fumábamos, echando por nuestros sensibles labios de infantil embocadura un humo inocente y estéril que tampoco contaminaba en exceso los pulmones. Era algo

casi inocuo para adornar nuestras infancias, más por parecer aparentar ser más mayores que por la virtud del noble vicio. A mi madre le dio el chivatazo del mal hábito una vecina de esas petardas y cotilla que suelen haber en todos los barrios, informándole con pelos y señales de mis primeros caminos hacia el humeante vicio. Y cuando llegué a mi casa, mi madre, me dio dos hostias con la mano abierta que retumbaron por todo mi joven e infantil rostro. Era costumbre que las madres siempre se solieran preocupar de la salud de sus hijos. Y si había que dar dos guantazos, te los daban sin más miramientos que el de la normalidad de la educación profana y cuadrículada de aquellos tiempos para evitar que nos corrompieran las ocultas fuentes de la perdición.

Nunca tuve una bicicleta de niño, porque mi padre consideró que tal vehículo velocípedo, y lo poco que le quedaba de su sueldo como mozo de almacén, lo debía de invertir en el bar con los amigotes y jugando a las cartas. Mi padre, aparte de beber a diario y castigarse el hígado con el desinhibido etanol, también se solía ir de putas por las tardes a eso de las cinco. Nunca supe con qué putas iba, porque yo era niño y no entendía mucho de señoras de la vida y de *pilinglis* de zapatos de tacón rojo y medias de rejilla. Yo no me fui de putas hasta que cumplí los dieciséis años. Consideré que, en esto se debían de respetar las legislaciones y tener un mínimo de conciencia social. Mi padre se llamaba Santiago, digo se llamaba porque hace años que ya cría malvas. Vamos, que está muerto y bien muerto. Desde el día que murió jamás he ido a visitar su tumba. Un día, me he de armar de valor y tengo que ir. ¿Tengo o debo?

Pero volviendo un poco hacia atrás, cuando en 1978 tenía yo trece lozanos años, también recuerdo cuando le di el primer beso en los labios a una chica

que tenía por aquel entonces quince años; dos más que yo. Ella era mucho más alta que yo, más mujer y más cachonda. Hasta me dijo que ya tenía la regla y todo. Un niño de trece años es imposible que vaya cachondo; puede ir nervioso y desorientado, pero cachondo no. En aquellos tiempos se pusieron de moda las discotecas y las boites, y los bailes de salón empezaban a agonizar y a morir un poco a favor de los discotequeros Travoltas de la época. *Fiebre del sábado noche* y los *Beeges*, que fueron de las primeras voces modernas con sus canciones interpretadas de una forma aguda y acentuada de cantar: *Stayning Alive* y *Saturday Night Fever* llenaban los oídos y las salas discotequeras con bolas de espejos que rotaban por encima de las cabezas más bailongas de aquellas primeras discotecas. Aquellas modernas salas de fiesta comenzaban a marcar y dirigir a toda una nueva generación, en impedimento y deterioro de un Manolo Escobar todavía pletórico, que siempre anduvo buscando su carro y persiguiendo alemanas por las costas y playas de todo el litoral de la península española. Y las tonadilleras de la época, que cantaban a los cielos, a los altares y a las vírgenes, ya comenzaban a desvanecerse en el anacronismo más avinagrado y mustio que se iba desplazando poco a poco como un navío errante, en la lejanía olvidadiza de épocas más añejas, para dar paso a los transgresores años ochenta, de las *movidas madrileñas* y de vestuarios y peinados imposibles. Estaba por comenzar un estallido de nuevos movimientos contraculturales de la España postfranquista.

-¡Hostia!, vaya pelos lleva el *pollo* este. ¿Ha visto usted?

- ¡Para mí que es maricón!

El humilde cine del barrio estaba en el salón de actos de la Parroquia del Carmen, al margen de la sacristía de la Iglesia del mismo nombre, y que apañaban con buena intención y como podían cada sábado por la tarde para el noble acto de la proyección del séptimo arte. Lo que pasaba, es que era un cine más bien sencillo y discreto; un cine de tercera división, y la cosa les salía con más voluntad y anhelo del deseo cinéfilo que con la habilidad y gracia de los hermanos Lumière. Unas calles más abajo también estaba el cine Padró, que era otro cine más flamante y mucho más lustroso con películas de estreno. Y además, se podía fumar, comer bocatas traídos de casa, escupir cáscaras de pipas en el duro suelo y, con un poco de suerte, se podía ver la película entera sin más interrupciones de que algún cafre que ya había visto la cinta explicara el final en voz alta para que le oyera toda la sala. Algunas putas de la zona también frecuentaban el cine Padró. Yo creo que para desconectarse de los viciosos y repugnantes clientes puteros y desdeñosos del día a día. Aunque alguna que otra discreta mamada hacían en los lavabos, igual para sacar para la entrada y el bocadillo. Los travestis se ponían al fondo de la línea de butacas de la izquierda, más conocida por: la fila de los mancos. Los travestis iban bien afeitados, olían a pachuli y llevaban pulseras de colores muy horteras y escandalosas; muy folclóricas. Eran pulseras con musicalidad de ritmo de simetrías y de variados colorines, casi étnicas y de inconfundible simbolismo imaginario de romper las ortodoxias de la época.

- ¡Niño!, ¿quieres que te haga una paja con música? No te cobro nada, ¿eh?

Los travestis del barrio eran muy viciosos y les gustaba la carne fresca de inocente infancia, y siempre daban un duro de la época si te dejabas tocar el

infantil prepucio. Yo nunca me lo dejé tocar, porque me daba mucha vergüenza aunque mi duro me perdiera.

A la salida del cine Padró, había un chiringuito muy popular que hacía esquina. En ese *bareto* legendario se hacían los mejores *frankfurts* del Barrio Chino y, probablemente, de toda la Barcelona antigua y más canalla. El chiringuito era muy pequeño, casi parecía una caja de zapatos enquistada en una ajustada esquina de desgarradas baldosas ganadas a un viejo edificio. Pero en aquél chiringuito de humeantes fiambres embuchados, la plancha no paraba de trajinar y dorar salchichas al punto del refrito pasado y requemado, elaborando unos bocatas que agradecer tengo en vida, y que ya han pasado a la historia de la conocida barriada barcelonesa. Nada que ver con las croquetas de nitrógeno líquido actuales y vanguardistas cocinas de diseño. ¡Nada, pero que nada! Y si uno no era muy escrupuloso ni tenía muchas manías, podía mezclar mil sabores y mil olores de esencias oleosas entre las gentes de los que allí degustaban, de los refrescos de cola que otros habían chupado y que iban rebotando de boca en boca, y de las servilletas multiusos que se compartían como la alegría. El chiringuito aparente y representativo de aquella popular esquina, con sus cantos afilados y puntiagudos como un malecón, era regentado y gestionado por un matrimonio de mediana edad. Él era un asqueroso que intentaba meter mano a las niñas; y la mujer era bizca de mirada y ponía la mostaza con las yemas de sus dedos mugrientos para expandirla mucho mejor por todo el bocata. A lo mejor, así pensaba que cogería más sustancia y fundamento nutritivo. Nadie se intoxicó jamás por ello ni hubo queja ni reclamación alguna.

También, en aquellos tiempos, estaban muy de moda las películas de kárate y de Kung Fú, de confundidoras y desorientadoras filosofías orientales, que para mí jamás nadie llegó a entender. Y un tal Bruce Lee, que era un tío canijo y de aspecto nipón -pero muy ágil y con una técnica muy depurada en eso de las artes marciales- daba patadas, saltos y puñetazos a discreción, con tanta maña como acierto y puntería que parecía que se salía de la pantalla y todo. Y si le entraban a pelea siete u ocho a la vez: ¡podía con todos el tío!

También eran tiempos de inmigración nacional del país; andaluces, gallegos, murcianos, extremeños..., que llenaban las fábricas de producción y mano de obra mal pagada. Los obreros dibujaban en sus rostros cansados sus fingidas frustraciones de jornadas laborables inacabables. Eran los padres de mis amigos, hijos de inmigrantes que se mezclaban con nuestras creencias de niños rebeldes y desobedientes. Aquellas gentes vinieron a Barcelona embriagados de ilusiones y de cambios, de nuevos aires y despertares libertarios. Aquella España de los años setenta era de gris matiz con un fondo licuado en blanco y negro. Una España sumisa y con miedos recelosos y aprensivos. Mientras, en la sombra cada día más clara y más diáfana, se construía la senda de la democracia que estaba a punto de venirse. Pero sus siluetas se susurraban todavía en silentes espacios mostrando la incerteza de la desconfianza. Todo estaba por hacer, todo estaba por llegar, todo estaba muy tierno y revuelto en aquella España de la transición de 1978.

A Eusebio Candelas, que era un personaje que vivía también en el barrio, le faltaba una pierna. Siempre nos contaba que la perdió en la Guerra Civil Española, en la batalla de Brunete -muy cerca del municipio de Quijorna, en el Vértice Llano madrileño-, por arriesgar su vida y salvar de una muerte segura a

un alférez fino y de buena familia, que estaba embobado y despistado en plena batalla. Tenía medallas y todo en su casa por ese acto valiente y heroico. Pero Eusebio Candelas, veinte años después de acabar la guerra, mató a un hombre por defender a su hijo de un vil pederasta que le arrebató la tierna e irrecuperable infancia. Lo mató con un disparo de escopeta, cara a cara. Y le dijo:

- ¡Esto por pederasta y por hijo de puta!

Lo mató en el año 1963, cuando lo de Kennedy, en aquellos tiempos revueltos y de cambios conspiradores en el mundo.

Eusebio Candelas, el cojo del barrio al que le faltaba la pierna izquierda, mató a un hombre: ¡Bien es cierto! Él siempre decía que matar a un hombre no era empresa fácil ni decisión cómoda. La discreción en este menester es fundamental y el buen oficio ayuda, y él, disparar ya sabía antes. Eusebio Candelas creyó firmemente que tenía que matar a un hombre por ser la justicia incapaz de reparar su desolador daño, porque un asqueroso y repugnante canalla abusó de su hijo y no se lo pensó dos veces en pegarle dos tiros: pam, pam... uno en el pecho y otro en la cabeza para asegurarse que bien muerto estaba. Eusebio Candelas era muy respetado en el barrio, porque el que mataba a un hombre era recelosamente considerado, y muchos eran los que miedo le tenían porque eran sabedores que su perdición fue tomarse la justicia por su mano. Aunque con los niños del barrio siempre se portó muy bien. Tenía un pequeño negocio de distribución y estiba de escobas en los bajos de un edificio del barrio. Y siempre, cuando paraba delante con su destartado vehículo: *Citroen*, -modelo dos caballos- delante de nosotros, íbamos corriendo

para descargarle la mercancía y nuestra propina nos caía con toda seguridad. Mientras, él mostraba una sonrisa cómplice y de arista partícipe y sincera que le inundaba toda la cara, al vernos contentos y trabajadores comprometidos por unos livianos momentos. Eusebio Candelas, siempre que podía, tenía un detalle con los niños del barrio. Y él sonreía por lo bajo cuando nos veía felices.

Como un camino de laberíntico y de enrevesado trazado, circulaba por los adoquines irregulares de la Barcelona de los años setenta un duende encantado y medio borracho. En las calles de austeros recoletos, ni nítidos ni rectilíneos, se escondían parapetándose en mil secretos y mil misterios pequeñas historias particulares y singulares igual jamás contadas a nadie, pero vividas al cómplice momento del punto de la inflexión y de la verdad envuelta en secreta convivencia. Un intenso manto cubría los miedos y las frustraciones, mientras la penuria, la ignorancia y la superstición hacían el resto. A más andar por el barrio se podía ver la miseria, poco grata y cortés, de resignadas vidas que tampoco hacían demasiado en evitar disimularlo.

De tanto en cuanto, un coche de policía de color gris -un SEAT 1500- aparecía a lo lejos, y si no te fijabas bien se asemejaba a un coche de difuntos y desorientaba al personal. Solía aparecer por las estrechas y ceñidas callejuelas del barrio como una sombra funesta buscando sospechosos habituales. Los chicos mayores del barrio les tenían un pánico escénico y bastante aprensión. Recuerdo una vez, que del coche de policía de los grises se bajó un guardia con cara de borracho y muy mala leche, y empezó llamando al orden a un par de melenudos del barrio. Y les dijo con muy malos modos:

- ¡Eh, vosotros, piojosos! Venid para acá.

Los melenudos se acercaron a la autoridad competente de la época con un temblor afligido en sus piernas, y el guardia, que iba vestido de lustroso gris, ni corto ni perezoso, al llegar a su altura, les soltó una hostia en la cara con la mano abierta, que impactó como un golpe de furioso viento déspota y opresor en aquellos desgraciados rostros.

- ¡Pero jefe! ¡Si yo no he hecho nada!
- ¡Pues imagínate cuando hagas algo! Aquí mando yo. Y “*haostio*” cuando me sale de los cojones.

Los melenudos, aquella tarde, se fueron calientes a su esquina habitual con bastante impotencia y resignación, volviendo a su ser natural de fumar *canutos* y bebiendo a morro *litrona* en mano, pero sin meterse con nadie. No todos los melenudos eran delincuentes. También había arquitectos melenudos, médicos melenudos, políticos melenudos de la oposición y policías melenudos de la secreta. Estos últimos, se camuflaban entre oscuros portales estratégicamente disimulados, para ver si podían dar caza a cualquier desgraciado que cayera en la trampa y emboscada resignada a la mala fortuna.

Los profesores de la escuela de aquellos años aplicaban aquello del maldito refranero popular: “*La letra con sangre entra*”. Algunos iban con vara, otros te daban un capón en la cabeza, otros te daban un puñetazo en la espalda y se podía oír hasta el hueco ruido del crujir del frágil diafragma infantil. El Señor Aurelio, que era facha y profesor -por este orden- nos hacía cantar el *Cara al Sol* mirando una foto del General Franco, que había fallecido recientemente. El señor Aurelio decía que Franco fue un gran hombre y un gran patriota, y que ahora estaba en el cielo con otras grandes figuras y personalidades y otras

almas dignas de recordar. Pero un niño como yo de trece años no sabía lo que era muy bien Franco, ni mucho menos sabía todavía lo que era un gran hombre.

Los tatuajes en la piel eran sólo patrimonio de los presos, de las putas repudiadas y de los aguerridos legionarios: aquellos hombres que venían a fornicar a conciencia y mucha bravura desde el Tercio Gran Capitán, con su *cheriwi* colgando de sus cabezas como si fuesen asemejados arrogantes tupés. Los legionarios la liaban parda y sonada cada vez que se les daba permiso para salir de sus lejanos acuartelamientos de calimas y disciplinas exageradas. Visitaban la ciudad de Barcelona y se dejaban caer por el barrio, expandiéndose como lagartos alocados y salvajes en el desierto urbano, locos por pasárselo bien y echar un buen polvo, y sobre todo, dejándose llevar por el instinto agresivo y peleón del popular Barrio Chino. A los niños nos gustaban los legionarios por que nos decían:

- ¡Qué pasa chavall! ¿Quieres un cigarro?
- Si señor legionario. Muchas gracias.
- ¿Ya has follado?
- No señor, todavía no. ¡Pero ya me hago pajas!

El cigarro que nos daban los legionarios nos lo fumábamos entre tres o cuatro chiquillos, y echábamos humo hasta que nos dolía la garganta y comenzábamos a toser. Esos pitillos eran cigarrillos que sabían a valor; a honor consagrado, a novio de la muerte, a tío duro y putero, a aires venidos del Tercio y canículas africanas.

- ¿Sabéis donde podemos encontrar buen “costo” chavales?

- Si señor Legionario, por un duro le llevamos.

- ¡Pillos, qué sois unos pillos!

Con esa propina que nos daban los legionarios, y algún que otro mandado de alguna vecina del barrio que nos encargaba lo que se había olvidado en el colmado, sacábamos para nuestros inocentes vicios. Comprábamos polos en la fábrica de helados de la calle Reina Amalia: ¡sólo valían dos pesetas! A veces, nos comprábamos tres o cuatro para cada uno y los íbamos chupando por aquellas sucias calles de la Barcelona de triste mirar, sin seguro destino y dando patadas a las bolsas de basura que entonces se dejaban abajo, en las entradas de los portales. Estos eran de remanentes y sobrantes de savia de madera, de tiradores y pestillos de hierro oxidado a la forja de la antigua fragua, y solían estar abiertos de par en par, como las bóvedas de parteluz modeladas a imitación de una iglesia, porque en aquellos tiempos, todavía no había porteros electrónicos ni sistemas de seguridad pasivos. Como mucho, algún conserje cojo, vago y alcohólico que fundía su vida encerrado en su propio claustro a modo de *calefactorio*, un lugar caldeado en invierno e insoportable en verano. Había uno de éstos ordenanzas en la calle Carretas, nos solíamos meter con él y le solíamos joder la siesta.

- ¡Eh, gordo asqueroso!

- ¡Me cago en vuestra puta madre chavales! ¡Golfos!

- ¡Vago, borracho! –le decíamos, y salíamos corriendo.

Aquél conserje corría detrás de nosotros con una barra de hierro en la mano mientras iba diciendo y maldiciendo a todos los santos:

-¡Cabrones, un día de estos os abro la cabeza!

Pero como estaba gordo y había pasado la tuberculosis, se cansaba enseguida y se ponía a vomitar sangre. Un día, lo encontraron muerto en la misma portería donde trabajaba. Se dijo por el barrio que lo había matado una puta vieja y tísica, que le pegó una sífilis y lo mandó para el otro barrio -el bueno, no el Chino-. A nosotros nos supo mal, porque nos reíamos mucho con él. Aquél conserje era un asqueroso y un perverso, pero a la vez, un ser entretenido y muy divertido.

Recogíamos cartones y envases de champán vacíos por las calles de aquellos sucios arrabales, para sacar para nuestros inocentes vicios de: regalices, helados, pipas y demás chucherías. Nos pagaban un duro por cada botella vacía, y entonces, éramos felices con nuestro dinero ganado a base de nuestro esfuerzo y sudor empapado infantil. Íbamos callejeando buscando entre las basuras o algún taller de zapatería de remiendos y de sobrantes curtidos, y a veces, nos dejaban coger algunas cajas y cartones ya inaprovechables porque les hacíamos gracia y, así, nos daban *cuartelillo*. Los domingos por la mañana, vendíamos nuestros tebeos y revistas infantiles ya leídos y los pocos juguetes que teníamos, y que ya no nos gustaban ni hacíamos. Tal negocio emprendedor infantil se toleraba y consumaba en el mercado de San Antonio; era un mercado de abastecería y lonja de comerciantes de toda clase de libros antiguos, postales, tebeos, sellos..., que instalaban los domingos por la mañana. Éramos “piratillas”, pero los feriantes de la zona no nos decían nada. ¡Qué problema podría haber que unos mocosos se ganasen veinte duros para sus vicios infantiles! Éramos como cándidas perlas por sacarles todavía el brillo y su esplendor más candoroso.

De mayores no sabíamos que queríamos ser, y tampoco era cosa que nos preocupara mucho. Algunos lo tenían más o menos claro. Algunos querían ser camellos como su vecino, otros policías como el que detenía a su vecino, otros médicos forenses cuando vieron como un yonqui le pegó una traperera puñalada al vecino que era camello y se lo cargó por mil duros de heroína. En estos barrios, a tan tierna edad, era costumbre ver algún fiambre de vez en cuando tendido en plena calle, a marchita muerte y a pecho descubierto. Y cuando venía la policía -los grises- nos echaban a un lado a empujones y nos decían:

-¡Niños, idos a jugar por ahí coño!

-Nosotros queremos jugar a policías. –Decíamos.

-¡Idos a la mierda pequeños delincuentes!

Mientras mirábamos al muerto desplomado en el suelo, que solía tener mala cara por su condición de difunto, íbamos chupando un helado y dándole patadas a la manta que lo cubría como un sudario. Luego, nos largábamos a jugar un rato a “polis y muertos”.

-¡Niños, iros a casa de una puta vez y dejar de tocar los cojones! -Insistía el policía de mirada cafre.

- ¿Quiere chupar un polo señor policía?

-¡Me cago en tu padre chaval! ¡Qué te llevo a comisaría!, ¿eh?

Los muertos del Barrio Chino eran muertos sin demasiado interés ni demasiado apego ni mérito a tener en cuenta. Eran muertos con una mirada honda y sufrida, muertos que sus almas se volvían mudas y calladas, para

luego meterlos en un cajón de madera hasta que acababa de crujir su desventurado espíritu, donde descansaría de las dolencias del alma. Y si los forenses no lo identificaban enseguida, el juez de guardia daba orden para meterlo en la fosa común y taparlos con cal viva hasta que se aseguraban de que nadie los reclamase.

También teníamos algún que otro amigo que era homosexual, y que no se esforzaba mucho a negar aquello que anhelaba en esto de acoplarse con uno de su misma condición masculina. Antes, a los homosexuales se les llamaban maricas, bujarras o mierdas secas. Lo de gay, ni concebíamos la palabra porque sonaba muy americano, muy *Village People*, muy resbalado y condicionado para unos niños insolentes y, hasta a veces, mal educados. Pero a nosotros nos daba igual que nuestro amigo fuera maricón. Para nosotros era nuestro amigo, y con ese compromiso de amistad verdadera y cómplice ya nos bastaba. Y si teníamos que partirnos la cara por él, lo hacíamos sin más miramientos ni escrupulosos juicios de cuestionables y bizarros valores. En el barrio, la amistad era un vínculo tan importante como necesario, y superaba toda clase de semejanzas de condiciones y naturalezas consideradas clandestinas y hasta criminalizadas en esa época. La confraternidad y la hermandad eran vínculos demasiado fuertes como para que fundiera el barro de nuestra lealtad, para huir de estereotipos y miserias de los mayores que hacían mofa y burla de todo aquello que su irracionalidad no atinaba a entender. España era un país de machos denostados a una cultura de viriles bravuconadas, donde la mujer siempre salía mal parada. ¡Mirase por donde se mirase!

El *Galiano* era el chulo jactancioso por antonomasia del Barrio Chino de aquellos tiempos. El *Galiano* medía por lo menos, un metro ochenta, o más. Era fuerte como un toro; era un mal bicho y parecía estar poseído por la rabia acompasada de la ira más malévola y cruel. Se peleaba con todos los demás *chulo putas*, macarras, camellos y maleantes de la zona para demostrar que él era el más fuerte, chuleta y cabronazo del barrio. Un día, dicen que hasta se *chutó* en la vena un carajillo de coñac y no le paso nada malo. Al igual, es que el *Galiano* ya era tan malo que ni el propio demonio hubiera podido con él. A veces, al *Galiano* le hacíamos algunos favores: le íbamos a comprar tabaco, papel de fumar para sus porros, le dábamos el “agua” si asomaba la policía, le vigilábamos su moto robada –el qué él mismo había sustraído la noche antes-, y a cambio, nos daba cinco duros por encargo y algún consejo para robar con fundamento y buen oficio en los grandes almacenes:

- ¡Mirad chavales! Esto de “chorrar” es un arte, un oficio. ¿Me seguís?
- Sí, sí.
- Lo importante es saber llevar bien la cazadora.
- ¿La cazadora?
- Si hombre, la “chupa”.
- ¡Ah!
- Si la lleváis así, ladeada, dejándola caída por el hombro, os podéis meter todo lo que manguéis entre el pecho y la cazadora. Así es muy difícil que os trinquen.

El *Galiano* era como un instructor de delincuentes, un maestro *Zen* de malas vibraciones, un profesor de ética de las malas artes y el oficio del mangoneo. Pero como tampoco teníamos mucho que hacer, ni tampoco dinero en nuestros

tristes haberes de vacíos bolsillos, seguíamos los consejos del Galiano que sentaba cátedra en esto del hurto y del robo consumado.

Un día, de esos de total aburrimiento y como cosa del infausto destino, descubrimos que en nuestra propia calle había medio escondido un almacén de juguetes en un viejo almacén de galletas. Aquel descubrimiento, para nosotros, fue como entrar en el reino de los niños inmortales y del limbo soñado por todo infante. Aquello, era mejor que la casa de chocolate o cualquier atracción de feria que medio montaban en la plaza del barrio, o la tómbola siempre escandalosa y deambulante de itinerantes feriantes. Aquel día, recuerdo como llegando al último piso, vimos a la viva disposición de nuestra infantil visión aquellos juguetes por estrenar, ordenados en unas recias y firmes estanterías como nadie imaginaba en qué silencio, sin nada que nos impidiese tocarlos, acariciarlos, saborearlos. No los robábamos, sólo jugábamos con ellos, porque teníamos una necesidad imperiosa de ser niños y de jugar a ser almas libres que inundara nuestro espacio reprimido y existir de nuestra imprudente infancia. Nos sentíamos a gusto y exaltantes con aquél maravilloso descubrimiento, nos sentíamos llenos de felicidad por el mero hecho de jugar con algo que no era nuestro por derecho, pero que podíamos disfrutar con la cómplice sensación de un momento casi humano, casi mágico, del niño deseoso de diversión reprimida. Hasta que un día, el encargado del almacén nos descubrió y nos delató. Nos acusaron de robo, cosa que no era del todo cierta, porque nosotros sólo queríamos jugar y disfrutar como los demás niños que veíamos más allá de nuestras fronteras, de nuestro barrio degradado, escaso de recursos y carente de medios y fortuna infantil. Aquello, al final, quedo en nada, porque el dueño del almacén no puso denuncia formal y dejó

correr el escándalo de tal acción gamberra e infantil. Igual, el buen hombre, entendió que no había maldad en todo eso, ni ánimo de lucro en aquellos chavales traviesos y desorientados que sólo pretendían ser felices por unos livianos momentos de su difícil vida. Igual, hasta le dimos pena y todo. Hay que reconocer que el dueño de aquel almacén al final de todo se comportó como un sabio comprensivo.

El piso donde vivía con mi familia tenía veintinueve metros cuadrados. No tenía ducha, y el inodoro -que no el cuarto de baño- estaba en el rellano de la escalera. Vamos, que para echar una meada o hacer aguas mayores, tenías que salir literalmente de la vivienda. Les llamaban letrinas. Hoy en día, esto no se entendería sino como tal disparate de la necesidad angustiosa y natural para la liberación orgánica diaria más deseada del cuerpo. Nadie sabe en qué discreción la puerta del inodoro se disimulaba para que no nos alcanzase la vergüenza ajena. Igual, hasta muchos, esta estampa no se lo creerían hoy en día. Pero llegas a acostumbrarte y a adaptarte, a salir a mear casi a la calle como una cosa hasta normal. Lo malo era cuando hacía frío en invierno, entonces meaba en una botella de plástico que tenía siempre a mano debajo de mi cama. Mi madre siempre le daba ideas a mi padre para poner un lavabo y una ducha dentro de casa. Pero siempre le acababa contestando:

- ¡Calla cegata, qué sabrás tú!

A mi madre, mi padre le llamaba cegata porque no veía bien la pobre, porque tenía casi veinte dioptrías en sus cansadas retinas. Mi padre era muy valiente metiéndose con las mujeres y dando de vehementes hostias a sus hijos. En la calle, con los demás, ya se “cortaba” más, igual para guardar las

apariencias, o igual, porque era un cobarde. La vida de una familia de cuatro miembros en tan sólo veintinueve metros cuadrados se hace difícil y conflictiva, suelen saltar chipas a las primeras de cambio y los tortazos pueden volar al primer suspiro o malentendido que se manifieste casi sin quererlo. A veces, por mi casa, caminaba en puntillas y en disimulo, para no provocar la malvada oscuridad que subía al riego poco sensato de mi alcohólico padre.

- ¡Niño, no toques la tele coño!

La televisión era aparato sagrado y casi beatificado en mi casa, y sólo mi padre tenía la autoridad suficiente para cambiar de canal, conectarla o desconectarla. La televisión estaba puesta encima de una cómoda de madera mal atornillada a una mesa de varillas bastante vieja. Aquello era como un regio altar, como si fuese el sagrado empíreo culto a la divinidad de la imagen del maldito televisor. Hasta a veces, mi santo progenitor le ponía un par de cirios -uno a cada lado- para que no se fuera la tan deseada imagen que atraía esas antenitas de cuernos y caducas ya en el tiempo. Y cuando estaba borracho, decía que había que ir con cuidado, porque igual se podía meter el diablo dentro de la televisión y apoderarse de nuestras almas. Mi padre, persona culta no era, pero supersticioso y profano ignorante lo era un desmedido rato. Para mí, que sin su llama de existencia maldita y atormentada que arrastraba su alma, no hubiera existido tal afecto de cariños rotos del patriarca fraternal. Su manera de ser era como un espejo de su ignorancia, como el canalla civilizado que escondía su miseria en su justificable rol. Sonaban sus torpes pasos cuando se apagaban las luces cada noche, oscura y densa. Y unos barrotes invisibles me impedían salir de mi habitación.

Probablemente, era el miedo hacia mi padre lo que actuaba como un nudo corredizo que atrapaba mis temores más recelosos y miedosos.

Mis amigos no podían subir a mi casa a jugar porque decían mis padres que molestaban, y que distraían la normal convivencia de cuatro seres que comenzaban a odiarse como si fuesen ya amores rotos y reventados por la indiferencia recíproca y el desinterés mutuo. Y en veintinueve metros de acurrucado hogar reducido, tampoco se puede jugar a grandes cosas ni hacer demasiadas travesuras ni pillerías. Mi hermana dormía en el comedor, la pobre, porque no tenía habitación propia ni más jurisdicción que un sofá cama, destartalado y casi deshecho, con la opción y complemento de ir a mear a la escalera. Eso sí.

Fui al colegio público Rubén Darío, que estaba en la Ronda de San Pablo, a muy pocos metros del barrio. Era un colegio mixto y de plural asistencia. La fachada de aquel colegio era de piedra agujereada a la virtud del arquitecto que la diseñó. Se asemejaba al panal zángano de una colmena, llena de agujeritos y cristales redonditos de colores, que se iban alternando y cambiando de color según irradiaba la luz del día. Era un colegio para niños cafres y groseros. Igual, había un par o tres que estudiaban y todo, pero la mayoría éramos unos brutos y unos irreverentes maleducados. Les solíamos meter mano a las niñas que siempre andaban asustadas y atemorizadas por nuestros primarios instintos de maleantes tutelados. Los profesores nos solían coser a hostias y nos castigaban poniéndonos de cara a la pared, o dándonos estopa con una vara de madera. Aunque a veces, se acababan cansando y desinteresándose bastante de nosotros y solían decir:

-¿Para qué esforzarse con vosotros y perder el tiempo? ¡Sois carne de cañón!

El cansancio y el desinterés eran dueño de sus voces de confusa pedagogía, muy poco empáticas y extremadamente rígidas. Aquellos profesores creían en la vara y el castigo artesano, en el par de hostias bien dadas a tiempo y la cruel corrección, que como una excomunión académica aplicaban regiamente sin demasiados miramientos.

Para nosotros, aquellos sermones en la empírea aula, eran sólo un bosque de palabras sin demasiado mensaje, que impacientemente nos la sudaba; por delante y por detrás. Y cual eran la esencia de su efecto, que no nos motivaban ni aplicaban fundamento ni más principio que al final, el de ignorarnos mutuamente alumno y profesor. Lo mejor de todo era el recreo y las tetas de Cristina; que se dejaba meter mano sin demasiada consideración y mucho vicio. Cristina era una preadolescente muy cachonda y decía que ya hormonaba y todo. Que era casi una mujer.

- Yo, si quisiera, ya podría ser madre.
- ¡Calla cachonda, no digas tonterías! – Y le seguíamos metiendo mano en sus grandes tetas.

Cuando salíamos de aquellas aulas poco redentoras y de enseñanza indiscreta, nos íbamos a jugar al balón en cualquier plaza o rincón que nos pillara de camino. Los libros y las carteras nos daban mucho apaño para delimitar y acotar las porterías para un partidillo de futbol de posibles. Estudiábamos poco y jugábamos mucho, como para acabar perdiendo el interés por todo aprendizaje académico, cosa que tampoco nos atormentaba ni

aumentaba nuestros males. Éramos como becerros encabronados con la necesidad de ser libres como el auténtico viento, o como la espuma enclaustrada del agua rebelde y peleona que es autora de los placeres. Pero luego te das cuenta de que cierto placer, como el mal, puede acabando siendo ciego y necio.

Fuera del colegio continuaba mi enrevesada y confusa vida. Recuerdo un día, que a mi padre le apetecía a la hora de comer, a eso del austral mediodía, una succulenta y candente sopa de caldo gallego. Era costumbre en aquellos años que me mandaran a recados y mandados varios. Mi padre era muy caprichoso en esto del comer, muy mirado y muy suyo, porque solo pedía para él, claro. Los demás, debíamos conformarnos con el rancho de turno y las viandas, a veces caducadas, de nuestro apenado y destartalado frigorífico, que se mostraba casi siempre vacío y desnudo de alimentos.

-¡Que vaya el niño a buscar un bote de caldo a los gallegos!

Bote en mano, aquel día, bajé las escaleras de mi humilde morada, llegué al bar de los gallegos entre la sequedad y la aspereza del encargo forzado y la fantasía habitual de los juegos infantiles. Aquella taberna era un bar sucio y aceitoso, olía a puchero y a mugrientas mondas de patata esparcidas por el pringoso suelo. Llevaba cinco duros del patrimonio de mi padre, para llenar la pequeña olla en forma de recipiente con el asa grasienta y desgastada del maldito calducho. Como había confianza, y ya me conocían, a mí, y a los gustos de mi sibarita padre, tenía el visto bueno del dueño para entrar en la cocina de aquella taberna maloliente y pringosa del barrio Chino. Recuerdo que había una mujer muy vieja y casi centenaria en esa cocina cochambrosa, y que

iba toda vestida de riguroso negro cocinando entre cacharros, ollas quemadas y fuegos acechadores, que sobresalían por los bordes de las sartenes como llamas descontroladas, como un infierno de viandas quemadas, donde se freían los sabores en aceites y grasas de mantecas hirviendo al punto del sabor más saciado y nutritivo de aquellos tiempos.

Aquél día, y como cosa de las misteriosas *meigas*, se había terminado el caldo de alubias blancas y embutidos en abundancia al toque de albariño. Y claro, me fui a casa de retorno con el bote vacío sin saber que iba derecho a la inevitable desgracia. Subía las escaleras de mi casa jugando porque era niño, sin ser consciente del cruel destino que me esperaba. Llevaba los cinco duros dentro del maldito bote agitándolos como si fuesen incitadores cascabeles, haciendo un ruido y folclore que sonaba a cacharrería desafiante. Y claro, mi padre, al oír semejante sinfonía retadora, y como de mente era corto pero tenía mucho de sesera instintiva, dio por supuesto que aquel día no iba a comer lo que se dice caliente, mientras le decía a mi madre:

- ¡Mira el hijo de puta de tu hijo! Sube jugando y vacilando con el bote de mi caldo.

Al entrar en casa, me senté en la mesa del comedor desconociendo que cualquier mal pudiera acecharme, y sin calibrar la reacción del cruel e instintivo pensamiento primitivo de mi necio padre, que cabreado como un primate descontrolado estaba, me dio una fuerte colleja por detrás. En la nuca, y claro, entre la fuerza del adulto y la debilidad del niño que era yo, mi cabeza acabó rebotando en el canto poco achatado de la mesa puntiaguda de aquel pequeño comedor, dándome con la boca por el perfil afilado, lo que me produjo una

herida en el labio que comenzó a sangrar como un manantial; que igual, Dios, dejó caer sobre mi infortunio. Empecé a sangrar abundantemente por la boca, pues me había partido el morro por el rebote del golpe traicionero de mi padre.

Mi madre, al ver aquello, empezó a gritarle a mi padre:

- ¿Pero qué has hecho desgraciado? ¡Le has partido la boca al niño!

Enseguida me llevaron al dispensario; mi madre corría por la calle conmigo asustada y muy nerviosa, arrastrándome de la mano y cubriéndome la cara con un pañuelo intentando detener la hemorragia. Al llegar al dispensario de urgencias, me atendieron enseguida por ser la sangre delatora de algún daño.

Recuerdo a aquel médico de urgencias de los años setenta preguntándome:

- ¿Te han pegado hijo?
- No señor.
- ¿Qué te ha pasado?
- Me he caído.
- ¡Ya!

Los niños del Barrio Chino éramos duros y muy bravos, y no unos chivatos ni unos mierdas; ni tampoco unos delatores, aunque la violencia no deseada viniera de tu propio padre. Ese ser de confianza que debía darte apegos de cuidados y amorosa protección. Todavía recuerdo el rostro incrédulo y poco confiado de aquel médico de urgencias de aquel dispensario de barrio, que parecía no acabar por creerse mi mal dada desventura. Me puso tres puntos de sutura en el labio y me entregó a mi madre, diciéndole por lo bajo:

- Señora, la próxima vez, daré parte a la policía. ¡Que le quede claro!

Enseguida fuimos para casa otra vez. Allí estaba mi padre, blanco como la cal, miedoso y cobardemente asustado. Mi madre lo mandó a la mierda y le dijo:

-La próxima vez que le partas la boca al niño, ¡te denuncio, cabrón!

Aquel día estaba contento, porque era yo el que había acojonado a mi padre, al patriarca cobarde y achantado que se cubría con el barniz de su falsa figura. Pasé una buena tarde abusando de él. Después de comer me bajó al bar con sus amigotes, y mientras él estaba jugando a las cartas y bebiendo como una esponja, le iba pidiendo dinero para jugar a las máquinas recreativas. Me bebí a su salud cuatro *coca colas*, me comí dos bolsas de patatas y un helado de limón. Todo a su canalla salud. Yo pedía y él me daba. ¡Aquello era fantástico! Me sentía que controlaba la situación. Y después, por la noche, antes de irme a dormir con el labio hinchado como un globo por mi brava herida de combate hogareño, me dio veinte duros en un billete, como queriendo comprar y compensar mi silencio de niño duro y libre de todo miedo. Aquella noche me fui a dormir con el labio hinchado y dolorido, cenando consumé por no poder masticar sólido, pero pensando que tampoco había sido un mal día. Había conseguido asustar a mi padre. Aquella noche mi madre me abrazó muy tiernamente; fue un abrazo muy fraternal y cariñoso que desprendía un amor casi infinito. Un abrazo de una madre puede parecer tan poco, pero a su vez tiene una energía y un empuje muy poderoso.

Sobrevivir en el barrio era un reto permanente, donde dejábamos pasar la infancia a la fortuna del destino, donde miles de dudas invadían nuestras mentes infantiles a la sombra de personajes de poco fiar y encomendar. Mi

padre era hombre parco en palabras y emociones, mientras nosotros dejábamos pasar la infancia sin importarnos mucho el brotar de nuestro futuro hueco y fatuo. No sabíamos lo que queríamos ser de mayores y, la verdad, tampoco nos importaba mucho.

En cambio Eusebio Candelas, el hombre del barrio que mató a otro hombre porque abusó sexualmente de su hijo, se entregó a la justicia inmediatamente confesando su vengativo crimen. Fue condenado, pero no llegó a cumplir la mitad de la pena que le impuso el juez, porque se hizo acreedor de sus muchos contactos valiosos e importantes. Y de la familia del alférez que salvó de su segura muerte en aquella contienda inevitable de su destino de la Guerra Civil española. Al alférez le vino de muy poco que lo pelaran vivo. Y como era de natural agradecido, le consiguió los mejores letrados y juristas más peleones y avispados. Esos que de la ley hacen que sea algo moldeable y a virtud de sus propios intereses.

Eusebio Candelas siempre supo que, para matar a un hombre, es aconsejable confesarse después, no antes, para que el alma quede limpia de toda impureza y residuo de rabia adherida al espíritu. Matar a un hombre requiere pericia y entereza, requiere templanza, requiere cierta sobriedad y que no te tiemble el pulso a la hora de la verdad. Porque hay muertos que si ven que dudas, lo notan y se pueden revelar y darse a la huida.

Se puede matar en defensa propia o por puro vicio. Pero hay que tenerlo más o menos claro. Porque luego, pueden venir los arrepentimientos y el llanto trémulo que puede hacer aparecer la conciencia que aviva los remordimientos.

Eusebio Candelas iba a misa cada martes para seguir pidiendo perdón y ganarse el cielo. Aunque en su verdadero interior no se sentía culpable, por creer haber hecho justicia de lo que aquel vil pederasta le había despojado: la infancia de su hijo.

La revista *Interviu* fue todo un acontecimiento transgresor y de controvertidos contenidos en su gloriosa época de aquellos años setenta. Icono indiscutible de una nueva libertad informativa y de un saludable erotismo bien entendido, de un nuevo y fresco periodismo atrevido. En sus páginas interiores, se mostraban las hembras muy eróticamente plasmadas con la habilidad de la lente astuta y sensual del virtuoso fotógrafo. Aquellas fotografías navegaban entre lo artístico y lo provocador, entre lo moderno de la época y lo *vintage* de aquellos lejanos tiempos. Fueron las primeras mujeres que veíamos casi desnudas en aquellas páginas de papel *couché*. Recuerdo que la revista *Interviu* también tenía buenos reportajes y agudos artículos periodísticos. Igual, muchos hombres cachondos y de mentes excesivamente libidinosas, compraban la revista sólo para ver a las hembras en esbeltas desnudeces jugosas. Comenzaba la época del destape: de Barbara Rey y de Nadiusca, de la Enmanuele holandesa Sylvia Kristel y de Ágata Lys, de nuevos proyectos que comenzaban a marcar el brillo retratado en apariencias, despertando los sentidos, despertando las pasiones de viciosos despertares, todo ello bajo la mirada impotente de una censura casi gastada y obsoleta; mostrándose aquellos iconos del destape como atrevidos pasos hacia adelante, dejando atrás una moral incierta y decaída que mutaba hacia dimensiones más calentonas y picaronas. Y como prohibir algo, se conoce que es tornarlo objeto de deseo, y por el ojo del tiempo habían transitado muchos desastres de libertades y voluntades, se

comenzaban a despejar las falsas morales y argumentos dependientes de discutibles dogmas. Había cierto miedo y aprensión racional al aperturismo que se avecinaba en extraños y borrosos horizontes, de aquellas revistas que eran la suave virtud de la democracia a la sombra del favor de la libertad sexual, y que comenzaban a dictar el acento que retaba a la heredada represión tradicional y muy católica, y de algunos militares todavía enamorados de la melancolía, que se restregaban en un charco en el que se ensuciaban entre ellos, y que se mezclaba con la misma autarquía de dominios y totalitarismos rancios y ulcerados. Aquellos periodistas y redactores, de finales de los setenta, eran como hormigas asustadas que trabajaban horas y horas con el riesgo de ver capadas sus libertades, de expresarse libres como el lienzo fresco a mano del pincel atrevido y osado, donde no siempre se podían expresar las realidades tal como eran, tal como acontecían de verdad y sin adulterarlas demasiado.

El destape y las atrevidas películas de la época seguían su curso natural. Recuerdo a los entrañables actores Fernando Esteso y Andrés Pajares; dos personajes polivalentes con canalla picaresca y mucha desvergüenza, iconos indiscutibles del surrealismo más popular y cómico de entonces. Aquellas películas de guiones remachados con la absurdez ingeniosa del morbo prohibido, echaban a andar como algo nuevo y transitorio, especializándose en películas de corte erótico-humorístico que fueron toda una alegoría y leyenda de la metáfora del cambio. La comedia del destape encontró semejanzas muy parecidas con el cine burlesco italiano. Basándose en la comedia absurda y el enredo descabellado, de groserías al punto del disparate y absurdecos

apoyadas en la política de la época, haciendo burla de todo aquello que se meneara en lo inverosímil del momento.

El cine del destape constó de películas hechas con picardía y sana granujería, donde vimos en pantalla las primeras tetas y los culos bien respingones en poses de sugerente erotismo. Y unos *Montes de Venus* femeninos de acolchados vellosos; o sea, coños de buen ver y mejor palpar, peludos y bien atrevidos que asomaban en nuestras retinas como algo nuevo y muy sensual. En las entrepiernas de aquellas actrices del destape español se reflejaban y se empezaban a curar muchas mentes cebadas por la represión sexual en las que fueron mal educadas y peor desorientadas. También, en la parte más cómica y jocosa, estaba el ingenioso Antonio Ozores, que arrancaba las sonrisas más cómplices con su extraño lenguaje de galimatías y enredos con frases ocurrentes que hicieron historia. Esos clichés de celuloideos aparentes y normalmente realizados con poco presupuesto, fueron calificados como un subgénero del humor más cañí y folklórico. También calificadas como españoladas, pero que la mayoría de los espectadores de entonces se reían y se partían el duro pecho con sus caos casi imposibles y sus bufonadas al espejo de un *Kafka* menor. Aquellas primeras mujeres del destape fueron, sin conocerlo mucho ellas, musas y mitos consagrados de los primeros masturbadores al tanteo de la imagen y la escena lasciva que encendía las pasiones. Todo ello iba voluptuosamente mostrándose a los muslos de una Norma Duval exuberante, de una María José Cantudo de sensualidad y armonioso erotismo de la insinuación, o de una Susana Estrada de macizo cuerpo y subliminal vicio. Se mostraban las virtudes con una picaresca y poco ortodoxa carnalidad de la lujuria, pero de simpática y gran efectividad sobre la

erotización del magnetismo masculino de aquellos años. Aquello se clasificó como un subporno blando y casi de inocente vicio onanista. Títulos como: “Los Bingueros”, “El Liguero mágico” y “Un Casanovas en apuros”, fueron películas que no pasarán a la historia como obras maestras de un Stanley Kubrick o de un Martin Scorsese, pero influyeron vehemente en los aspectos artísticos y culturales del país y en nuestras primeras masturbaciones trascendentales; (*manus stuprare* en latín, que es lengua culta), y de estimulaciones solitarias adolescentes a pelo y meneo de la mano pecadora que no prejuizgaba, sino que se dejaba llevar por el momento placentero del vicio que entraba por la retina. Con el tiempo, igual, hasta fue injusto calificar a aquellas películas de peyorativa *españoladas*, cuando su propósito más bondadoso fue probablemente poner color y sonrisa a aquellos tiempos de grises estampas capadas de todo placer entretenido.

Había una tienda en la esquina de mi calle que daba a otra más principal y transitada: La Riera Alta. Era un comercio regentado por un hombre de aspecto mafioso y con cara de brabucón y perdonavidas, de unos cuarenta y tantos años, grande y corpulento como un oso. Vestía su rostro con gafitas redondas y estrechas, como aquellas de los nazis; parecía un pederasta al uso e imagen de su pervertida vida. El aliento sobre su cara era de fétida inherencia. Vendía pilas, linternas, radio casetes y gafas de la marca *Ray Ban*. También hacía placas de matrícula y sellos estampados de goma. Decían por el barrio, que por mil duros, te hacía una de falsificada y hasta pasabas la inspección técnica y todo. Recuerdo que nos daba veinte duros por repartirle folletos de propaganda de su negocio -obviamente en los folletos no decía que se falsificaba nada-, y también nos compraba todo lo que robábamos por ahí en

los grandes almacenes, sobre todo aparatos de electrónica y jerséis *Lacoste*, que eran moda pija y solemne de aquellos tiempos. Aquel hombre era lo que diría el Código Penal: un “usurpador”. Vamos, que compraba cosas robadas para luego revenderlas al precio de la miserable usura tirando a la baja del original. O sea, el legal. Era un bribón de mucho cuidado y decía que tenía una polla muy grande, que su mujer era bisexual y muy cachonda en la cama. Y decía también, fanfarroneando a los vientos, que de vez en cuando se montaban un trío con otra mujer. El vicio suele alcanzar cotas inimaginables en las mentes más instintivas y primitivas. Un día, le sorprendimos pelándosela con una revista guarra por debajo del insoluble mostrador.

- ¡Coño chavales! ¿Es que no os han enseñado a llamar antes de entrar?
- ¡Perdón!
- ¿Qué me traéis hoy?
- Un casco de motorista y una colonia *Paco Rabane*.
- ¡A ver esa colonia!

Aquel hombre olía bastante a sudor y a secreciones de zopenco asqueroso, a queso fermentado, a esencia de pachuli y aromas de la lejana India. Para mí, que no se duchaba mucho. ¡Él, que tenía ducha y todo en su casa! Y claro, para disimular su hedor y aroma de tufo pestilente habitual, se ponía mucha colonia por encima como para cubrir su dermis grasienta y pringosa. Las colonias le gustaban mucho y les tenía mucha afición. El agua, se conoce que le daba como aprensión y malas vibraciones. Al final, un día se presentó la policía y se lo llevó por delante. Se dijo por el barrio que hubo un chivatazo que le delató. Pero como cosa del misterioso actuar de la justicia, dos días después ya estaba otra vez en su tienda de sospechas y malas praxis, que lucía como

un esplendoroso bazar de orfebrería y objetos de dudosa procedencia. Se dijo en el barrio que aquel asqueroso comerciante se había convertido en un confidente de la policía.

- ¡Como pille al cabrón que se *chotó* lo rajo!
- Nosotros no hemos sido, ¿eh?
- Más os vale cabroncetes. ¡Que tengo contactos!

El estraperlo, el comercio ilegal y el chanchullo, la venta al menudeo de drogas y el macarra proxeneta de toda la vida, eran unas costumbres arraigadas en el Barrio Chino, que formaban parte de su estructura social delictiva y violenta; de un escenario idóneo de malhechores buscavidas, y de camellos expendedores de heroína al desgraciado toxicómano de jeringuilla clavada en la gastada y curtida vena.

Recuerdo que mi padre era hombre muy presumido dentro de su limitada existencia. Se solía peinar y repeinar; una y otra vez, delante del espejo y diciéndose a sí mismo:

- ¡Qué guapo soy!

A veces imitaba al cantante Rafael y cantaba como un colibrí de afonía carraspeada. A mi padre le gustaba mucho Rafael. Todos tenemos un alma que imitar cuando no hay luz para cubrir la oscuridad y el vacío que dejan a la vista nuestras propias miserias desdibujadas con tinta indeleble. Prendida en mi mirada, quedan todavía esas escenas de cantes y coreografías de mi padre al son del gargallo más esputo y ridículo delante del espejo. Pero detrás de esas imitaciones y ganas de parecerse a otro que no era él, mi padre arrastraba historias de mil tristezas y mil miserias, de frustraciones y de

fracasos no conscientes, sino escondidos y disimulados muy por dentro de la cabeza.

La Carmina era una vecina que vivía al lado del portal de mi casa. Era una mujer de unos treinta y cinco años; rubia, alta y con unas tetas muy grandes y bien colocadas. Creo recordar que estaba bastante buena, pero como yo era niño la veía como a una señora elegante y cariñosa. Se ve que la Carmina era puta, más puta que nadie, y no se solía esconder demasiado de su oficio y profesión. Al contrario, se paseaba arriba y abajo por las calles del barrio con la cabeza bien alta y enseñando muslo provocador con sus minifaldas cortas y sus medias oscuras sutiles de barata seda. La Carmina tenía dos hijas, que eran unas niñas muy repelentes y que se creían hijas de nobles más que hijas de puta. La Carmina nos daba dos duros si le íbamos a comprar al colmado de la señora Paquita, y a la farmacia a por un mata ladillas: Ladillo! La gente del barrio por lo común la respetaba, y ella se sentía medio estimada y medio aceptada. Aunque por lo bajini, y a sus espaldas, algunas *marujas* del barrio la crucificaban como a una bruja medieval y la llamaban de puta para arriba.

- ¿Qué se habrá creído esta puta?
- Tú tranquila, un día de estos le pegaran una paliza o una sífilis de caballo que se la llevará el demonio para al otro barrio.
- ¡Es que a cada cerdo le llega su San Martín, eso es lo justo en esta vida!
-murmuraban las víboras del barrio.

Aquellas mujeres criticonas y arpías que se elevaban ellas solas sin demasiada ayuda estaban llenas de rabia, llenas de frustración y probablemente mal folladas y peor queridas. Sus maridos se iban de putas

baratas porque no se podían permitir una como la Carmina, aunque hicieran cruel y despreciable crítica de ella. Y ellas, lo sabían. Como mucho sus maridos se fornicaban a alguna *pilingui* de la calle Robadors medio borracha y sucia como el moho que cubre las miserias. Y que luego les traspasaba sus purgaciones y unas enfermedades venéreas como si fuese un castigo divino colateral que las condenaba a tragarse sus propias cavilaciones y malicias viperinas.

-¿Y las niñas? Con esos aires que van. Éstas serán putas como su madre.
¡Seguro! ¡Que me lleve la muerte si miento!

La envidia, la rabia y el rencor también se manifestaban como paranoias medio chifladas y como una ruin obsesión, deslizándose lentamente por las cabezas mal pensantes y desconfiadas en esos barrios de sombras y espejos opacos, de reflejos de media esfera, de plomiza y pesada impotencia que recalaban en un entorno deprimente y de enervante excitación mal intencionada para la mayoría, de una cultura impopular pero sabia y muy erudita a la vez. En el Barrio Chino, no había mucha afición a estudiar ni a cultivarse en exceso, pero algunos chicos del barrio iban a la biblioteca y todo, hacían los deberes y no escupían al profesor de turno. Barcelona era una ciudad cosmopolita y provinciana a la vez, y el barrio, lugar peleón y conflictivo donde se desarrollaba el ciclo de la miseria y el buscarse la vida a diario. Era una Barcelona canalla y de oscuros ecos livianos y vacilantes, donde se intentaba sobrevivir con el paso inseguro que caminaba en todas direcciones. El Barrio Chino era un espacio lúdico, profano y terrenal, nuestra casa y hogar tutorial para nosotros. Se vestía todo con mucha miseria, mucha escasez, mucha frustración atalayada y acechada por injustas tinieblas al ocaso de la

alta indiferencia social de aquella época tan convulsa, que se tarareaba como una canción que no tenía alma, que no tenía calor incandescente, congelada en la memoria como un lago de recuerdos y oscuridades de aquellos años de transición política y de transformaciones sociales, que estaban por llegar en la brevedad de un tiempo venidero mostrándose tan cerca y tan lejos como una intención mudable y oscilante.

Al médico íbamos poco, porque nos solían dar alguna cura casera y otro remedio universal de anulación de malestares que casi actuaban como un placebo. Nuestras madres nos solían apañar con bien intencionados remedios de intenciones medio naturales y creencias populares. Y con la simple y conocidísima aspirina, se hacía ciencia empírica y se retaba al virus más canalla y peleón.

El médico solía fumar en la consulta, a la vez que decía que tal hábito era malo y pernicioso para el pulmón. Mientras, él iba inhalando el néctar de la viciosa nicotina y dejando caer la ceniza a plomo de su cenicero apañado a ras de su blog de recetas.

- ¡Que el tabaco mata hombre!
- ¡Pero usted fuma doctor!
- ¿Usted tiene estudios como yo?
- No señor.
- Pues eso.

Aquellos médicos de la época eran un tanto dicotómicos en sus diagnósticos de lógica polivalente y, hasta apurando, un tanto a la suerte surrealista de la ciencia. Podían darte sermones de moralidad susceptibles de mil males,

mientras ellos, tentaban con la erudición de la medicina más clásica y del mantenimiento cómodo y pragmático de la salud. Tampoco se complicaban mucho la vida en extensas explicaciones empíricas.

La televisión de esa época se comenzaba a mostrar mudable y voluble a lo que tenía que venir en los futuros años venideros. Varios programas y magazines iban naciendo paridos por nuevas ideas diferentes. Unos proyectos más ambiciosos comenzaban a embrionarse en las mentes más progresistas de los realizadores, que veían un nuevo camino que recorrer y hacer camino en la cultura televisiva, sin mutilar excesivamente las morales y las conciencias asentadas en lo más antiguo y de etiquetado desusado. España empezaba a cambiar y el televisor, que era como un faro guía y reflejo de una sociedad deseosa de cambios y metamorfosis alternadas, dejaba atrás las dolencias del alma y las censuras de los reparos morales susceptibles que retaban a las libertades para enterrarlo todo en el hondo y gris pasado. La televisión en color comenzaba a tener el tinte del arco iris, y como un espíritu de fe democrática ansiada, comenzaba a circunvalar por el sendero del presente momento. Se comenzaba a saborear una especie de licor más sabroso, en contra del absurdo y avinagrado censor que se iba quedando sin oficio. El olor fuerte del cambio comenzaba a coger forma como un nuevo despertar, de un renovante camino hacía una nueva manera de hacer televisión, para morir un poco más abajo los NO-DOS y los noticieros apolillados por el régimen *franquista* que acababa de caerse a plomo de su dictador, y que se proyectaban como indiscutibles grandes verdades, herencia propagandista del antiguo régimen de rígidos pensamientos que atendían a sus austeras razones ideológicas, morales y políticas. Por eso, tardaría un poco más de lo saludable en llegar la

libertad más autócrata e incondicional. La frustración de no poder ser libre como la verdad, libre como las esperanzas y los sueños, irritaba ansiosamente a las almas más progresistas y aparentes de refrendadas genuinas voluntades de cambiar las cosas.

Era una televisión nacional, legada y curtida por muchos años de razones de los imprudentes censores, de los justos injustos, de los olores apolillados con esencia a alcanfor, donde estaba prohibida la esperanza liberal e independiente aunque fuese de compasiva verdad. Sonidos e imágenes diferentes y de nueva textura, comenzaban a entrar por las retinas del telespectador con nuevas y frescas programaciones. Comenzaba a germinar un nuevo enfoque aperturista más tolerante, más trasgresor, pasando a un nunca más del volver hacia atrás para comenzar a borrar errores del anacrónico pasado. Todo se vestía con un atisbo de aperturismo en contra de una censura ya agónica y fermentada.

La Constitución Española de 1978, en su artículo 20, tenía que venirse por: *proteger el derecho «a comunicar o recibir libremente información veraz por cualquier medio de difusión»*. Era todo principio en el sendero de un camino que comenzaba a configurar los medios de comunicación. Una génesis de un principio de una democracia que todavía se sustentaba en livianas pasarelas.

La radio seguiría por un camino paralelo al interés de sus fieles oyentes; de aquellos locutores avispados que la supieron hacerla sobrevivir y cuidarla como un manto sagrado, de las ondas que iban por el aire y que circulaban como una cometa jugando en el espacio diáfano de los aires, como espectros que se

resignaban a extinguirse y a desaparecer en vasta prosa de la integral y renovadora televisión.

El programa musical juvenil por antonomasia los sábados por la tarde fue Aplauso. Era un programa de músicos emergentes y de talle comercial. Aplauso era un espacio de entretenimiento para toda la juventud de entonces, que apostaba por difundir la música más comercial y la que acababa copando las listas de ventas. Siendo considerado un exponente del entonces nuevo naciente fenómeno de las nuevas fans, que eran unas niñas muy histriónicas y que andaban dando gritos por el aire como posesas y suspirando a la estela de sus ídolos. Eran admiradoras fanáticas quinceañeras con maneras alocadas, fieles seguidoras incombustibles, sensibles figuras adolescentes como la piel del cuerpo, y que hubieran estado dispuestas a dar sus jóvenes vidas por aquellos ídolos que se presentaban como dioses de una iconografía de naturaleza vital y muyailable. Aquel programa marcó toda a una generación de artistas de rápido éxito de la música más comercial y más vendible, que por aquel entonces era simbología del populismo emergente y de las *súper ventas* musicales.

Se comenzaba a bailar de una manera más distinta, más de corte discotequero, que anulaba los ya dolorosos cantes sufridos a vírgenes y mártires, a amores trovadores de rapsodas en balconadas oxidadas que extinguían los fingimientos. Se bailaba delante de los espejos, de los escaparates y de cien pares de ojos sin vergüenzas ni sonrojos. Se tarareaban infinitos acordes marchosos y animados, mientras se bailaba más desinhibidamente y atrevido con miradas de sinuosos deseos y de el dejarse llevar.

El espacio adoptaba el formato de una revista. Los presentadores manejaban una publicación del programa de papel, donde cada una de sus páginas representaba una de las actuaciones que se sucedían en el programa, que tenía una duración aproximada de una hora. Así, el espacio se abría con la portada, páginas centrales, póster central y cerraba con la contraportada. En una primera etapa durante el verano de 1978, el propio e incombustible José Luis Uribarri se puso frente a las cámaras. Presentado un poco más tarde por José Luis Fradejas, de una sensual agradable imagen juvenil envidiable de Silvia Tortosa, que aparecía como mujer deseada por los jóvenes de la época como un cielo lejano e inalcanzable.

Las noches de los viernes se vestían de gala en casi todos los hogares españoles. *Un, dos, tres...* responde otra vez, fue un programa de TVE creado en 1972 por el gran maestro Chicho Ibáñez Serrador. El espacio emitido el 27 de enero de 1978 (Concurso sobre nuestros Concursos) reflejaba la magia del maestro "Chicho" en toda su esencia y creatividad, un gurú televisivo que atrapaba con sus ingeniosos y mágicos esquemas de un espacio que caminaba entre lo lúdico y lo musical, de humoristas emergentes en estado puro de la gracia más aguda, de unos bailes y de unas escenografías muy cuidadas al punto de una picaresca elegante y sensual aquellos viernes por la noche. Era cuando la mayoría de familias españolas se reunían alrededor de la mesa después de la cena como si fuese un acontecimiento importantísimo. Cuando el ingenio cae en manos de sabios, se produce ese encantamiento que seduce hasta a las almas más oscuras y desagradecidas. En el barrio no se acertaban muchas preguntas, pero las azafatas de ese concurso eran deseo y anhelo que mudaban unos sentimientos de atracción platónicos, y que

alimentaban las pasiones masculinas y alguna que otra envidia femenina. Los concursantes tenían como una obsesión de tenaz persistencia de ganar el ansiado coche, que parecía premio aparente y deseado como una vida que se escapa. El apartamento o viaje de odisea cercana al clásico Torremolinos, quedaban en un distinguido segundo plano. Pero también se agradecían mucho – todo hay que decirlo-. Chicho Ibáñez Serrador supo captar perfectamente esa etapa de cambios y de alteraciones televisivas, que se apreciaban como voladeras de vientos democráticos todavía ligados a un pasado demasiado cercano, que como una argolla oxidada, se agarraba a su infausto ayer.

Las cálidas noches de verano del Barrio Chino se pasaban como podían. Eran noches retando al calor sofocante y al húmedo aire estival, al aroma de los sudores de los cuerpos apretados que se amaban en silencio por los recoletos del barrio. Se detenía el tiempo como una convicción amparada con el permiso de la complicidad, y algunos gemidos más atrevidos y extenuadores se escuchaban cercanos, de los que se amaban en la sencilla balada de una noche de caluroso sentir, como una llama cuando se frota contra otra llama, de orgasmos que parecían auténticos festivales de maravillosos arcoíris. A pie iban los suspiros exhalados y convulsos al soplo del gemido colaborador, que parecían perfilados al clímax del desinhibido placer de las carnes enredadas y al pasar de las horas amadoras. Y al despertar del siguiente día, todo volvía a comenzar otra vez.

Como éramos pobres de verdad, nuestras vacaciones de verano transcurrían en las tranquilas y cálidas metropolitanas playas de la Barcelona más urbana. La playa del barrio mariner de la *Barceloneta* era icono y

pincelada de una figura playera y de obligado cumplimiento vacacional de las gentes de la urbe, de los obreros y de las gentes comunes que se dejaban perder por unos instantes al placer del baño discreto y medido, porque a muchos placeres no estaban acostumbrados. Recuerdo aquellos chapuzones en las piscinas de los baños de Los Astilleros, los Baños Orientales, los de San Miguel y los de San Sebastián, muchos de los cuales sobrevivieron hasta finales de los años ochenta. Había unas casetas construidas de quebradizas maderas y estructuras sencillas. Eran espacios íntimos y de guardada privacidad personal, donde nos cambiábamos la ropa de calle por el lustroso bañador. Aquellos cambiadores custodiaban la intimidad y el pudor de entonces, donde nos mudábamos de indumentaria para airear las vergüenzas que se prestaban desnudas en la intimidad, con el bañador ajustado tipo slip de la época para el hombre más atrevido, y trajes de baño de una pieza y con asas que sustentaban los pechos para las señoras. Todavía no había llegado el agradecido y cómplice acto del *top less*, de enseñar tetamen para el bien de todas las miradas masculinas, que solían bizquear disimulando para ver si contemplaban algún desliz o despiste de alguna señorita atrevida y descarada.

Aquellas piscinas de muchedumbres populares estaban llenas de cuerpos sudorosos y poco aseados, de niños cafres con flotadores con cabeza de pato imposibles de ajustar al tronco de su infantil cuerpo. Todo se mezclaba como el conjuro casi clandestino de pasarlo lo mejor posible por unos buenos momentos. El agua de las piscinas, a última hora de la tarde, parecía un caldoso y jugoso adobo de puchero y potaje de variadas feromonas destiladas. A veces, hasta con cómplices exudaciones muy cachondas y libidinosas que

parecían comunicarse salvajemente y desorientadas entre ellas, disipándose en aquellas piscinas de aguas cercadas y estancadas como una dehesa.

Había una piscina, la más grande estaba en los baños de San Sebastián, con un trampolín de cinco metros, donde los más chulapos y atrevidos varones intentaban llamar la atención como águilas que se dejaban caer en el despejado vacío, volando sobre la extrañísima simbología sexual que atraía a las hembras más cachondas y calientes. A algunos, el salto les salía bastante desastroso, y acababan haciendo planchazo en la dura agua de cloros y sospechosos azufres de ignorada pureza, para ser atendidos de primera intención en el dispensario del socorrista de turno, con el pecho rojo y pigmentado con un extraño resplandor irritado por el mal golpe recibido.

El reloj de la marca “Festina” se mostraba orgulloso y aparente, atalayado a la alta vista de la diáfana muchedumbre en un edificio regio y esplendoroso de los baños de San Sebastián, que en otros tiempos, había sido un balneario que gozó de gran popularidad antes de la Guerra Civil. El reloj de la fachada que ya había caído en el olvido marcaba las tranquilas y poco estresantes horas de aquel verano de 1978. Marcaba las horas que pasaban tranquilas como una caricia, con prudencia y muchos reposados momentos imperturbables, dejando pasar el tiempo de placer volátil que poco les sobraba. Todavía no había llegado el deleitoso *top less* -como he dicho-, ni los atrevidos tangas a la vista agradecida de las retinas masculinas. Mientras, las envidias femeninas más conservadoras y de tradiciones púdicas, se escandalizaban por ver un simple muslo fuera de la tela medida que debía de envolverlo, y no se solían ver más pechos al aire que los de algún varón obeso con poca vergüenza que iba destrozando el paisaje con su robusto y voluminoso talle fornido.

- ¿Has visto al gordo asqueroso ese?
- Sí. Tiene más tetas que una tía.
- ¿Tú crees que algún día veremos tías en pelota picada en la playa?
- Yo creo que no.

Veíamos la vuelta ciclista a España por televisión, y luego, con las bicicletas que pillábamos por ahí, “poco vigiladas”, emulábamos a los corredores del momento. Un joven francés llamado Bernard Hinould iba a marcar una época en esto del pedaleo de competición, y nosotros, desde la tele del bar, animábamos el noble esfuerzo de los corredores velocipedistas a los que se les veía sudar como gorrinos. También estaban los corredores españoles: Enrique Cima y Vicende Belda, que se ve que eran ciclistas bajitos pero muy bravos, y le daban a esto del pedal con fundamento y ganas de llegar los primeros, que es cosa importante y vital en una carrera. La canción que acompañó a toda la competición de aquel año fue la versión de *Singing in the Rain*, interpretada por Sheila y B. Devoción, que era una canción con mucha marcha y melodía de mucho nervio, de un ritmo pegadizo y un punto discotequero. Luego, después de ver la carrera por la tele, intentábamos imitar y dar *caña* con nuestras bicis, algunas al *préstamo* de la apropiación indebida, - luego las devolvíamos, todo hay que decirlo para ser justos- mientras los guardias urbanos de la época nos perseguían por aceras y asfaltos y nos llamaban la atención:

- ¡Chavales! ¿Las bicis son vuestras?
- Son de un amigo.
- ¡Alto a la autoridad!
- ¡Hostia!, los *guris*, los *guris*...

A Aquellos guardias urbanos de atuendo uniforme azul -que en el argot les llamábamos “guris”-, cuando nos daban alcance con no poco cabreo y esfuerzo, no se acababan de creer nuestras piadosas mentiras. Nos daban el alto como a fugitivos en prófugo estado, y nosotros, salíamos corriendo sin más rumbo que el de dar esquivo a la justicia que nos intentaba dar caza motorizada, a veces un tanto desproporcionada y de celo desmedido, y que solían dar palos buenos a las primeras de cambio.

-¡Chavall!, como no pares la bici ahora mismo, te pego una patada que te vas al puto suelo. –Decía desde su moto el guardia.

- *Tranqui* jefe. ¡Ya paro, ya paro!

Los chavales de aquella época nos solíamos jugar el físico casi a diario. En eso, estábamos bastante curtidos y versados.

El fenómeno de la *movida madrileña* se iba acercando como un torrente de potencia y progreso imparable. Y la letra del percusor grupo de rock madrileño con sangre de barrio llamado Burning, con la canción: *¿Qué hace una chica como tú en un sitio como éste?*, fue fiel reflejo de ello. Comenzaba por construirse un nuevo referente transgresor que iba a cambiar a la juventud de entonces, que se estaba incubando como una gama de caligramas y collages de una nueva música moderna y de renovada cultura. Comenzaba a nacer un fenómeno artístico social que sucedió de una manera espontánea, natural y desenvuelta. ¡Era inevitable el cambio!

En los pocos encuentros familiares que se producían con mi estimada familia, coincidiendo casi todos en la misma mesa y en el mismo espacio, a mí lo que más me gustaba era bailar con mi prima Maite. Mi prima Maite tenía un

año más que yo, y claro, ya era casi una mujer con sus catorce lustrosos años. Me daban veinte duros si bailaba un lento con ella, delante de todos los familiares, ellos se reían y yo me lo pasaba en grande y callaba con mi tímida complicidad. Notaba a mi prima caliente como una verraca cachonda, pero a la vez, pura como un ángel transparente. Mi prima Maite desprendía un aroma de ternura enardecida pero de olor y esencia de feromonas atrayentes adolescentes. Y aunque me daba mucha vergüenza bailar pegado a ella, por lo bajo, sentía el hedonista placer del roce de su piel fina, abrasadora y sedosa, causándome involuntarias erecciones que disimulaba como podía. Era el nacer de mi adolescencia, que se presentaba como un nuevo néctar que deseaba comenzar a saborear con muchas ganas de saciarme y de dejarme llevar, como aquel *Giovanni Bocaccio* del mediévol, que fue, sin saberlo, el precursor de esa mentalidad hedonista - erótica y de la banalización del amor. Pero yo, iba a serlo en versión de barrio y mucho más popular y banal que el ingenioso y distinguido artista hacedor de *El Decamerón*.

Los sábados por la tarde, nos reuníamos en la casa del *Chus* para ver la televisión en color, porque era el único chico del barrio que la tenía. Veíamos la serie "Vacaciones en el mar", que era una especie de telenovela al uso del melodrama y pomposidad del amorío más cursi y ostentoso, pero que tenía la sana fantasía de dejarse llevar por horizontes y mares recónditos de paradisiacos lugares que drenaban nuestras mentes de maldades, pero también con mil fantasías y espejismos de sueños. Era una serie que te transportaba a Puerto Vallarta, en México. Aquello te transportaba desde el mudable televisor a un mundo de fantasía y color casi imposible de imaginar por unos momentos, donde todo sucedía en un crucero de todo amor

armonioso y de toda pasión. Era una comedia muy *repipi*, muy a la americana, pero muy atrayente y entretenida, donde la gente se enamoraba casi seguro. Y sobre todo, destacaba con una banda sonora inolvidable, alegre y pegadiza que tarareábamos por el balcón de la casa del Chus para llamar la atención de las chicas que devoraban sus chucherías apoyadas en los coches estacionados en el duro pavimento. *Vacaciones en el mar* era una serie que te trasladaba a una especie de felicidad sin riquezas y sin demasiados esfuerzos a un mundo que no se sabía muy bien si existía, pero que llenaba nuestras pequeñas y poco viajadas almas infantiles de barrio. También había otra serie de la época que nos gustaba mucho: *Los Ángeles de Charlie*. Aquellas tres chicas que estaban tan buenas y aparentes eran unas detectives que trabajaban para un tal *Charlie*; al que nunca se le veía la cara. Como a los camellos importantes de nuestro barrio, que tampoco se les veía nunca el careto. Nos juntábamos siete u ocho en casa del Chus, que tenía un comedor grande y a sus padres no les molestaban excesivamente los niños. Igual es que eran unos padres modernos, progresistas y avanzados para su época, y solían ser muy tolerantes mientras nos comportásemos con un mínimo de civismo y no pidiéramos merienda si no se nos ofreciera por voluntad propia. Aparte, don Mariano, que era el padre del *Chus*, también era medio sordo y no se enteraba mucho. Y cuando se quedaba dormido apaciblemente en el sillón del comedor, le quitábamos cuatro o cinco cigarros de su petaca de tabaco y nos los fumábamos a su salud, más que nada, para agradecer su noble hospitalidad. Luego, cada uno nos íbamos a nuestras casas, cenábamos y a dormir. Los sueños de los niños del barrio solían ser de color sepia; de tardes sin mañanas, de pájaros muertos sobre ramas quebradas, de furtivos

sentimientos angustiosos que taladraban nuestras conciencias, como queriendo ahuyentar las sombras del presente que eran de duro remolcar. Un barrio cuyas escayolas moldeadas al punto del trabajo mal pagado y la honradez disimulada engañaban a la realidad casi siempre desdibujada y confusa. Los sueños culpables y mal interpretados de nuestras jóvenes mentes nos sobresaltaban en las noches palpitantes de sueños imposibles, sintiéndonos culpables de algo cuando éramos vencidos por el cansancio de nuestras trastadas y diabluras del canalla día, que transcurría poco benevolente y un tanto intransigente. Probablemente aquellos perturbadores sueños eran injustos por carecer de verdadera maldad y conciencia perniciosa. Porque un niño no puede tener más maldad que la que ve y que siente en su entorno más cercano

El Hilario era vecino mío, vivía en el mismo edificio pero en las plantas bajas y era maricón perdido, pero todo un señor y un caballero. Jamás recordé que se metiera con ningún niño del barrio. Eso sí, cuando se cabreaba, gritaba como una loca histérica y poseída. El Hilario cuidaba a una mujer vieja y paralítica que tenía mucho dinero. Tenía mucho dinero pero no podía ponerse de pie. Tampoco era mala mujer; lo que pasa, es que nos miraba con cara de asco, con cara de basta repugnancia y, hasta a veces, de desprecio infinito. El Hilario, por aquellos años, debía de tener unos cuarenta años -poco más o menos-, era muy presumido y no iba a comprar a los comercios del barrio si no se arreglaba y se perfumaba como un *Dandi*; tenía unos andares casi aristocráticos y parecía que caminaba hacia el infinito hedonismo del placer más oculto y perverso. Solía mover el culito como nadie cuando andaba por las calles del barrio, como una vedette sensual y pícara, a un ritmo de caderas

provocador y de voluptuoso pompis que intentaba ajustar al máximo de sus sinuosas nalgas prietas. El Hilario no se escondía de su condición y era bastante respetado en el barrio. O igual, es que se hacía respetar. Decía que por las noches trabajaba de maquillador en la televisión. Pero para mí que la gente no se lo creía mucho. Pero bueno, como no solía meterse con nadie si nadie se metía con él, era bastante tolerado y hasta respetado pese su afeminada condición. Nunca la policía le vino a molestar ni a apercibir de nada. Se conoce que debería tener buenos contactos en la televisión.

Aquel año moría Juan Pablo I, un Papa pachucho que duró poquito, y las viejas del barrio iban diciendo que se acercaba el fin del mundo. Yo creo, que en el Barrio Chino también se creía en Dios, aunque fuera con la convencida certidumbre y prudencia del disimulo. Igual había una fe mustia y desganada. Al pobre, dicen que la religión le suele ayudar a espantar sus miserias y sus escaseces.

- ¡Esto se acaba, esto es el fin! ¡El papa ha Muerto, el Papa ha muerto!
¡*Sumo Pontífice ei mortuum!*

Se decía que los Papas que vivían poco estaban malditos y poseídos, y que acababan de generales en el infierno a las órdenes de Belcebú. El fin del mundo siempre ha sido como una banal y trivial obsesión, una preocupación para las almas más asustadizas y desnutridas de saberes necesarios para afrontar la intrascendente vida que suele acabar pegando fuerte. En el Barrio Chino de Barcelona, Dios no se dejaba ver en exceso por si lo descubrían, no se manifestaba ni comulgaba como era de esperar. Nosotros, cuando hicimos

la comunión, masticamos las hostias y el cura se lo tomó a mal y nos dio dos collejas a cada uno:

- ¡Iréis al infierno, desagradecidos!

Había también una vecina que era muy cachonda y picarona en el mismo destartalado edificio que yo vivía. Se llamaba Carmen, hija de la “Tufuleta”, que era una mujer gorda, de obeso y profundo mirar, era ya mayor. Había sido una puta de las baratas de la calle las Tapias y ya estaba retirada y pasada a la reserva, como un general o como una vedette apolillada por el cruel tiempo que no perdona. La Carmen, que era hija de la “Tufuleta”, los domingos por la mañana se peinaba y se volvía a peinar como una ninfa encantada en el patio exterior de su casa. Y por lo que se contaba y rumoreaba, ponía cachondos a la mitad de los maridos que miraban a través del visillo de sus discretas balconadas, disimulando y camuflados detrás de las cómplices y encubridoras cortinas que muchas cosas disimulaban. Probablemente, más de uno, se la debía de pelar con afición y un vicio desenfrenado a través del visillo de la cómplice cortina en los arrabales cercanos de su familia. Mientras, contemplaban el espectáculo maravilloso y deleitoso que la Carmen ofrecía cada domingo por la mañana, bajo el barniz de su suave piel deseosa y apetecible como la del melocotón maduro y fresco recién vendimiado. Era una masturbación matinal y tempranera, antes del desayuno y con el estómago vacío. La Carmen no tenía novio, tenía un amante, un hombre de unos cincuenta años con bigotillo y cara de facha restriñido que casi siempre iba borracho, y al que, probablemente, le sacaba los cuartos y algún que otro capricho. Yo miraba a la Carmen desde la ventana de mi casa que daba a su patio y la ojeaba con mirada infantil; no viciosa. Ella se daba cuenta y me

llamaba por mi nombre. Yo, me moría de vergüenza pero me gustaba, me gustaba ver como se cepillaba su largo pelo moreno mientras iba cantando cantinelas y coplas de entonces con alto tono, parecía una ninfa encantada. Cantaba alguna copla de las de antes que ahondaba con texturas de seducción en su fina y ondina voz. Supongo, que para que la oyeran todos los partícipes vecinos voyeurs de aquel espectáculo matinal de aquellos cálidos y soleados domingos de primavera. La Carmen era una morenaza treintañera y, probablemente, muy cachonda y fiera en la cama. Su cuerpo era esculpido como la arcilla de un ángel, de cabellos muy suaves y libres como el viento. Un cuerpo bien parido y mejor formado, con una figura maciza y de carnes apretadas, como casi todas las mujeres que estaban buenas en aquella época. Parecía una maciza de esas de la revista Interviú. Estaba, supongo, “jamona”, que se decía por aquél entonces. No como las de ahora, que están canijas y medio anoréxicas. La Carmen también se depilaba las piernas y los sobacos en el mismo habitáculo exterior donde se peinaba, rodeada de macetas, de aromáticas flores de mil colores y, probablemente, de vecinos mirones -como he dicho- muy aficionados a la masturbación frustrante y compulsiva matutina. Siempre fue mi amor platónico infantil y, a día de hoy, la recuerdo con la nostalgia del paso del tiempo, que ya pasó y no volverá jamás, es ese tiempo retórico que suele invadir la memoria del infantil recuerdo. A veces, la verdad más escondida está en los ojos de un niño que miraba con sana inocencia, en la tierna mirada o en el silencio cómplice de un niño cuyo tiempo ya pasó. Los recuerdos detienen el tiempo cuando la feliz evocación del ayer sonrío y late dentro de nosotros como la membrana de un tambor de golpes vivos y acelerados. Hay recuerdos que no se desean olvidar jamás, aunque el tiempo

se vaya rodando y descuidado por la memoria, porque todos los días encuentra un momento, un espacio regresivo que anula el total olvido. La infancia no se suele olvidar jamás por ser etapa que se marca a fuego, que es narradora testigo de aquello que pasó y que se escribió en la memoria con el pincel acrílico que seca rápido en la sala del recuerdo de las mentes más melancólicas.

MI tío Jordi era también mi padrino, ejercía ese doble rol. Mi tío Jordi era un buen tipo, siempre que me veía jugar por la calle me daba veinte duros. En esa época, cien pesetas para un niño mocososo de barrio era todo un capital, todo un haber de riqueza infantil. Con veinte duros te podías comprar muchos helados, con veinte duros podías desafiar a la lógica situación de crisis y ecos del trance de aquella época vulnerable y de endeble economías. Mi tío Jordi, por aquel entonces era soltero y eso, supongo que ayudaba y amparaba a mi mermada economía. Mi tío Jordi me contaba que había estado en Torremolinos y en Ibiza: ¡Qué pasada! Mi tío Jordi había hecho lucha Greco Romana y estaba muy cachas. El día de Pascua, en Semana Santa, me traía con un cariño infinito la tradicional mona, y toda la familia se nutría de ella menos yo, que me conformaba con el huevo de chocolate y los veinte duros de costumbre. En esas reuniones familiares en casa de mi tía Isabel, mis otros tíos y mi santo padre, solían beber demasiado, y siempre acababan discutiendo y acalorándose aunque fuera por el liviano vuelo de una mosca. Un día acabaron dándose de hostias y todo. A mi tía Isabel, a la pobre, le dio un ataque de histeria. La que se lio en el entorno familiar desestructurado fue buena y para haber hecho fotos de tan desgraciado momento. Mis tíos y mi padre seguían liados a tortas entre ellos mientras llegaba la ambulancia para socorrer a mi tía

Isabel, que estaba repataleando y desgarrándose por el suelo en una crisis histérica que le absorbía el juicio y le hacía perder su dura corteza de mujer serena.

En 1978 estaban muy de moda las canciones románticas italianas: Umberto Tozzi, Colage, Ricchie e Poveri... Aquellas canciones estaban cargadas de deseos y de ansiosas intenciones, de pensamientos melosos y sabrosos, de besos dulces como el almíbar o como el siempre dulzón caramelo, y que cobijadas en nuestra infantil memoria nos daban extrañas sensaciones de incitación al coqueteo. Aquellas románticas canciones dejaban aparcado el rastro de nuestra esencia de niños rebeldes y cafres de entonces, donde nos imaginábamos que éramos románticos trovadores o dulces galanes conquistadores. Y las chicas del barrio nos correspondían con pícaras sonrisas y miradas cómplices llenas de inocencia adolescente. Esa inocencia que nace en el cautiverio del frondoso misterio y de la esbelta sinceridad del cándido deseo. Un niño es un niño mírese por donde se mire; bien es cierto. Pero los niños también creen que se pueden enamorar como la nube y el mar, o como el más dichoso de los trovadores. Y nosotros, nos ilusionábamos con un futuro imaginario lleno de confetis y serpentinas, de esperanzas de ternura y sin más adornos que los que, desgraciadamente, a la mayoría les quedaban por venir. Pero teníamos sinceras y nobles ilusiones, aunque fuéramos niños de barrio obrero y canalla, aunque fuésemos moradores y residentes en el tullido y baldado Barrio Chino barcelonés, donde el polvo de las miserias se levantaba con el simple aliento de la desesperanza vista y vivida a diario.

Jugábamos al fútbol en la calle, a pie de la vía pública y a la vista de todos los transeúntes. La portería era más o menos imaginaria, dependía de la

estatura del que le tocaba hacer de portero, y si era bajito no era conveniente chutar muy alto. En esto, aplicábamos la lógica y la poca aritmética que habíamos aprendido en el colegio. Cuando un coche encaraba la subida de la calle nos dábamos el aviso, y el partido se detenía por una básica norma de seguridad. Y cuando acababa de pasar el coche el juego se reanudaba. Era un fútbol de duro empedrado, un futbol de pura callejuela sucia y pringosa. Y cuando se pitaba un penalti, fuera como fuere, el vehículo no podía pasar hasta haber efectuado el saque correspondiente. En esto éramos muy serios y medidos. Y los afligidos conductores, al ver a la chavalería excitada y como pendía de un hilo el partido futbolero callejero, lo solían comprender y no se molestaban en exceso. Incluso algunos lo celebraban desde dentro de su vehículo.

Los puteros del Barrio Chino llevaban adornos, no me olvides de plata y usaban colonia barata. Las putas agradecían un poco de aseo y aliño. Pero no todas las putas eran tan glamurosas y de fina alcurnia. Recuerdo a las prostitutas maduras que paseaban arriba y abajo por la calle de las Tapias de Barcelona, lo hacían con vehemencia y pasión por el oficio. Adornaban sus torsos con minifalda ajustada marcando firmes nalgas, medias de rejilla negra y zapatos de tacón alto para estilizar sus curtidos cuerpos. Eran prostitutas con profesión, con buen oficio y mucha embocadura. Eran prostitutas con afición y, hasta algunas, con buena conversación. Entre ellas estaba la Dolores, prostituta que cojeaba de la pierna izquierda y que leía poesías de Neruda mientras esperaba algún cliente, para derivarlo si podía al camastro sucio y poco acogedor, pero útil y práctico de cualquier hostel en la umbría de una calle cualquiera sombreada del barrio.

Aquellas pensiones olían a lejía y desinfectante. A veces, a sulfúrico y caustico, que espantaba a las ladillas peleonas y juguetonas que solían agarrarse a las nobles y delicadas partes como crustáceos, adheridas entre las mugrientas sábanas, que cubrían el pecado fornicador en un viejo camastro destartado por el uso de su arrendado cuerpo. Un espejo corroído por el moho presidía la estancia, era un espejo casi de reflejo opaco que no acababa de mostrar bien los rostros, y solía ser reflejo vivo de sus cansadas miradas perdidas. Una bombilla de color rojo iluminaba el entorno y el pensar ardiente del putero vicioso y lascivo como si fuera el detonante del deseo. Y un olor a rancio fingía su esencia disfrazaba de pasión. Aunque ese sabor fuese el sabor de mil besos todos desconocidos y dados con el desagrado del prepagado al vil metal. Probablemente, besos que sabían siempre diferente, besos recién cortados de todos los lazos afectivos y emocionales, como sesgados por la falta de afecto y querencia más deseada. Besos viciosos y perversos que se alimentaban de la falsa alquimia y del vasto deseo.

En la curva del vicioso destino, en aquellas esquinas bordeadas de cantos satinados del viejo Barrio Chino de Barcelona, no se pagaba por hacer amistad, sino por fornicar a conciencia y pasar el rato. Casa la Mañana, Pensión *Loly* y otras muchas tantas, con sus portales de discreto y misterioso umbral de acceso facultado sólo para ciertos menesteres eran punto de encuentro de fermentado delirio. Aquellas pensiones eran de suelos de baldosa roja y de paredes pintadas a la blanca cal, bendecidas por el azufre atufado del diablo pecador y fornicador, que configuraban el escenario tentador y vicioso del merodeador y putero mujeriego habitual. Mientras, se veían pasar a las voluntariosas “palanganeras”, auxiliares de protocolo del acto de amarizar, con

pensamientos de algún día de dejar ésa clase de vida y ascender a “Madame”, que era cargo más bien visto y mejor remunerado. Había unas tiendas de comercios periféricos y adyacentes, que por lo fino se llamaban “condonerías, gomas y lubricantes, enfermedades venéreas y análisis completos”.

El que agarraba las temidas venéreas purgaciones; verrugas, gonorrea, sífilis -mala cosa esta el que la pillaba-, acababa por ir a esas tétricas y sombrías consultas de urólogos y remedios mañosos. Esos urólogos eran como chamanes del curar y expulsar los vicios, de los efectos residuales del putero sin coincidencia, que preferían las curas de los sanitarios del Barrio Chino antes que al médico de cabecera. Más por vergüenza y el qué dirán, que por el aferrarse a remedios y pócimas sanadoras:

- Joder, me han pegado una “mierda” de esas doctor. ¡Cómo supuro coño!
- Esto le pasa por ir con putas baratas.
- ¡Oiga! Un poco de discreción jefe.
- Sí, sí, lo que usted diga. Pero yo no supuro por los bajos.

En aquellas sórdidas habitaciones de aquellos enmohecidos y oxidados muebles, se aseaban las vergas fálicas donde normalmente se lavaban habitualmente las manos. Manos, que luego iban al sagrado pan. Y se ve, que desde que Pilatos se lavó las manos, se produjo un efecto imitador que a todos les servía de excusa y vil coartada. Aquellas prostitutas eran reinas y princesas en agobiada decadencia. Lo que pasa, es que no lo sabían, o preferían ignorar que lo advertían por ser inesperada y cruel su condición. A veces, los niños cafres de aquellos años las molestábamos sin querer:

- ¡Señora puta! ¿Me da la pelota?
- ¡lros a la mierda niñatos, que me espantáis a los clientes!
- ¡Si me compra un polo nos vamos!
- ¡Anda y que te lo compre tu padre si lo conoces!

La falsa idiosincrasia natural del vicio oculto y enmascarado, que siempre ha gravitado alrededor de la prostitución, del hombre con instinto primitivo, del hombre de basto paladar y de hipócrita pensamiento, hacía que los alientos tentadores más toscos del varón casado y padre de familia que engañaba a su mujer, emanaba el vicio del caño carnal y genital. Del soltero resentido que presumía de cortesano y ligón, del asqueroso pederasta mirón y pajillero que se la meneaba con devoción en el espejo donde le gustaba mirarse. Los hombres que expulsan al diablo por el prepucio y desprecian a la mujer por no satisfacer su necesidad más ordinaria y vulgar, serán juzgados por Belcebú y Lucifer el día de pasar cuentas. Aunque en esto, se ha de tener la fe necesaria y habrá que esperar el momento oportuno.

Recuerdo en mi frágil niñez de borrosas recapitulaciones a dos hombres viejos y muy poco galantes, que estaban siempre apoyados por las esquinas pegajosas de aquel Barrio Chino de los años setenta, solían escupir en el suelo escupitajos verdosos y de esencia tuberculosos, a la vez que blasfemaban con imprudente temeridad y osadía, sintiéndose tan anchos y tan hombres ajenos de su predicción y adivino del futuro.

- He oído por ahí que en el futuro habrán casas de relax, clubs “fashions” de chicas contorneándose en frías barras exhibiéndose como guarras. Y a las extranjeras les llamarán *escorts*.

-¡Por Dios, *escorts*, qué anglicismo! Vaya guarrada debe de ser eso.

- ¡Diga usted que sí!

-¿Se acuerda usted de aquella prostituta coja que tenía a su marido en la prisión, y que decía que leía poesías de Neruda cuando lo iba a visitar al *talego*?

- Y tanto que me acuerdo. ¡Pues no me la forniqué yo veces a la Dolores, la puta coja más guarra y más sucia!

-¿Y cuando no tenía clientes y se sentaba en una silla de mimbre y se ponía a comer gambas saladas, les arrancaba la cabeza y luego, las chupaba con delirio porque decía que el fosforo era bueno para la memoria?

- ¡Mira que era puta la Dolores!

La prostituta Dolores, que cojeaba de la pierna izquierda por una mala caída que había tenido en un desdichado accidente laboral cuando trabajaba en la antigua fábrica de galletas *María*, iba por la vida con poca alegría y mucha tristeza en su alma. Tenía una mirada triste y apenada, una mirada permeable y clavada como una escarpia en su liviana alma. Y le decía al posible cliente cuando se acercaba, haciendo de tripas corazón, con sus pupilas dilatadas y casi llorosas:

- ¡Aquí hay cosa buena cachondo mío! ¿Vamos?

-¿Lo haces sin condón?

- ¡No guarro, que una es prostituta pero no inconsciente!

¡A la lima y al limón, yo ya tengo quien me quiera!, cantaba la puta Dolores en su tenue y apagada penumbra de aquellas sombrías esquinas. Cada prostituta tarareaba su canción que reflejaba su propia desventura y condición.

- ¿Usted cree que se puede ser puta y honesta a la vez?
- ¡Y tanto! Cada cual se gana la vida como puede y como le dejan. En esto no hay manual ni borrador de escribano que lo ponga claro y transparente verdad.

Las prostitutas buenas van al cielo y los canallas proxenetas al irreverente infierno en limusinas de fuego. En el Barrio Chino de Barcelona, cuando las aves cantaban en los árboles de aquellas callejuelas y plazoletas de sucios arrabales, las mujeres prostituidas de entrados años curtidos, comenzaban su jornada en peregrinación hacia la calle de las Tapias y la de Robadors.

Las sábanas recién puestas en esas pensiones baratas, de pieles resbaladizas y de conciencias confusas, tanteaban a la grave atracción del instinto consensuado al pago de amargos labios, que eran como tributo de alientos malditos. Cada prostituta tenía su especial y peculiar esencia de sabores combinados. Mientras, pensaban para sus adentros: ¡Esta sentencia mía, qué triste cárcel! A veces, aquellas putas iban con la cabeza baja y dibujando un triste llanto en el semblante. Otras veces, la sonrisa forzada y fingida.

Árboles de dura corteza y de frondosas hojas perennes caían cuando llegaban los primeros fríos del otoño en el Barrio Chino de Barcelona. Mientras, la puta coja de la Dolores, que leía poesías de Neruda, imaginaba que un cortés caballero se le acercaría algún día y le diría aquello de: *“Voy a escribir los versos más tristes esta noche...”*

Eusebio Candelas, el inválido del barrio que perdió la pierna en la terrible batalla de Brunete en la Guerra Civil española, y que acabó en la prisión por hacer por su cuenta una justicia injusta, a pesar de su deseada venganza,

rezaba todas las noches para ganarse el perdón divino -por sí acaso- A veces le sabía mal y le invadía la mala conciencia que le carcomía por dentro de sus entrañas. Y pensaba para sus adentros, que hubiera podido solucionar el maldito trance que marcó su vida y la de su hijo de otra manera. Pero siempre acababa creyendo que tampoco el autor malnacido y cruel que abusó de su vástago merecía más compasión que la que tuvo él con su inocente hijo.

El forense nunca supo a ciencia cierta que arma fue de la que murió el muerto que mató Eusebio Candelas. El forense tenía que coger vacaciones al día siguiente y no se quiso complicar la vida. Las vacaciones, se conoce que, para aquel funcionario, eran tan sagradas como un evangelio o como un fuego de gris ceniza. El forense se fue a Benidorm a ver mujeres en bikini, degustar sardinas a la brasa y a verlas pasar echando siestas de dos horas. ¡Con dos cojones!

“Por matar a un perro le llamaron mataperros”. “El que a hierro mata a hierro muere”..., y que le vayan echando refranes a uno.

- ¡Vaya! Diga usted que sí.

Se puede matar a alguien en un sucio callejón o en una lustrosa avenida. Aunque en esto, no hay muchas diferencias ni tampoco metodología que acabe de aclarar tal concepto científico y artístico a la vez. Hay gente que mata con arte y los hay que quitan la vida con poco oficio y sin un mínimo de responsabilidad. Hay muertos que ya están bien en su condición de muertos y hay que dejarlos tal como están, no moverlos ni hablar mal de ellos. En esto hay que ser muy prudente y respetuoso. Hay muertos que van al cielo y hay muertos que se pierden por el espacio infinito, muertos que no van a ningún

lado. Se pierden por el inmenso cosmos hasta que se volatilizan en míseros átomos y nunca más nadie volverá a saber de su paradero.

En el barrio permanecían las vidas encerradas, muchas con el dolor adherido que siempre murmuraba prudente como una sombra encubierta. La bondad, como el amor, había que saber buscarla en rincones escondidos donde no la intuyesen demasiado. El aire de libertad era un soplo perenne que prudentemente se respiraba, casi conteniéndose, por miedos recientes de autocracia y totalitarismo que todavía estaban muy frescos. Pero con la ilusión de que por los fillos de aquella recién parida democracia llegara un futuro mejor. Desde la ventana de cualquier desgraciado se podían ver las miserias y las frustraciones, plisadas y resignadas al tacto del derrotero, sin un claro rumbo ni orientación bien definida de un barrio que luchaba por sobrevivir. Y como títeres del caos, resistían las penurias de sus livianas vidas. Mientras, aquellas madres de barrio preocupadas por el futuro incierto de sus hijos traviesos y excesivamente rebeldes que, siempre estaban golfeando por la calle, y cuando caía la noche enlazaban con infinito amor con sus cuerpos calientes rodeándolos por el pecho, envolviéndolos con un cariño muy dulce y de abrigo amoroso, como si fuese un manto que acogía bondades infinitas y cariños ocultos siempre difíciles de revelar, buscando solo las palabras claras y de confituras confortadoras para amansarlos de los infortunios injustos del día a día, en un barrio de difícil convivir y de dilatado porvenir. Mientras, nuestros padres, aquellos hombres de ignorantes saberes y malas costumbres, se conformaban con un vaso de vino cerca de sus labios curtidos para darle razón a su existencia. Y con eso, les bastaba para dar sentido a sus vidas inocuas y vacías, de las horas muertas y abandonadas en los bares y tabernas del barrio,

que eran para ellos como centros de encuentro espiritual y de virtuosos silenciosos vicios. Esa era la esencia laberíntica y degenerada del Barrio Chino de una Barcelona rancia y de poca gloria, de aquellos difíciles finales de los años setenta.

De mil colores, mil, se puede pintar un paisaje, pero no se puede matar a la sombra de su profunda y marcada silueta con un disimulado y pragmático pincel a modo de desnutrido arreglo y remiendo de bizarro encubierto, que no acababa de adherirse al lienzo de esa tela abstracta e imprecisa que eran aquellos años de engañosa felicidad en aquella Barcelona de 1978. Donde nada era por casualidad, sino por la necesidad y el principio de su propio fundamento de la desdicha, de las gentes que allí vivían en esos tiempos y en esos entornos sobre la rama quebrada de la Transición española.

El Barrio Chino barcelonés, se protegía como un espigón protector para apartar a las almas más desgraciadas de las tormentas y las furias de esa parte de la sociedad que es miserable y con más falta de evidencias traslúcidas. El barrio no era precisamente una casa museo que visitar y poder darle un toque de recreo turístico. En aquellos tiempos de infancia desorientada, a veces hasta de un poco cruel y de formato indulgente, matábamos por diversión palomas con escopetillas de aire comprimido en las azoteas de nuestras casas –los famosos *terrados*-. Recuerdo un día que estaba en el terrado del edificio donde yo vivía escopeta en mano, y qué; como cosa del mísero y despiadado destino, se me presentó a buen tiro una confiada y cándida cigüeña desorientada. Parecía una presa fácil, un trofeo laureado a la batida de la insidia vileza del niño travieso y cruel que no acababa de civilizarse como fuera costumbre sana en un joven muchacho. Encaré el arma;

apunté, pensé por unos segundos, dudé, y al final apreté el gatillo de mi escopetilla de balines de aire comprimido donde el fatal disparo acabó acertando en tan fácil diana. Aquél pájaro cayó a plomo como lo hiciera el lastre de un ánкора naufragada. Me sentí como un francotirador, como esos malos de las películas de la época. Pero también como un mutilador y capador de vidas ajenas, un ejecutor sin derecho al perdón de la cigüeña que muerte le había dado y que al cielo iba por la vía de la traición y la emboscada hecha por la artimaña, cruel e injusta, de un niño golfo de barrio. Al final del día me sentí como me invadía la mala conciencia que susurraba dentro de mi cabeza de que había hecho el mal. Por la noche se presentó un guardia urbano gordinflón en mi casa que preguntaba por mí. Habló con mi madre, y le dijo que unas vecinas me habían visto -arma de balines en mano-, quitando vidas injustamente como un verdugo ejecutor por el terrado de mi casa.

Eusebio Candelas el inválido que perdió la pierna en la terrible batalla de Brunete en la Guerra Civil española, y que acabó en la prisión por hacer por su cuenta una justicia injusta por culpa de un pederasta que abusó de su hijo, a pesar de su tasada venganza no por todos fue entendible, él creía que Dios jamás debió de traerle al mundo tanto dolor y sufrimiento, ni tampoco tantas noches mustias y sombrías que le impedían conciliar su sueño. Eusebio Candelas rezaba todas las noches para ganarse el perdón divino -por si los casos-. A veces le sabía mal el delirio de su venganza y pensaba en arrepentimientos que hacían desafinar sus entendimientos, discurriendo para sus adentros que igual hubiera podido solucionar la cosa de otra manera; de otra guisa más legal y con menos mugre moral y pena asumida. Pero siempre acabó creyendo que hizo lo más cercano a lo correcto y a la equidad de su

sentido de la justicia; pongamos que de un apetito bien saciado como respuesta a una decisión instintiva y de indeliberado trance pasional: la de matar a otro hombre. Todavía se veía en el reflejo de sus ojos cóncavos el resplandor de la mirada vacía de su hijo cuando lo llevaron al hospital una vez que lo pudo liberar de su captor, de su red invisible que él solo veía y sentía, pésima y boscosa como un soñoliento y eterno mal sueño que tiranizaba todas sus horas. El dolor dominaba los días, dominaba el tiempo que pasaba lento y pausado, un tiempo que parecía infinito y que calaría en su memoria infantil como un estilete afilado, para cortar cercenadamente de suplicio sus entendimientos más cuerdos, y sus secretos satinados de locura que le iban germinando como un silencio que no podía compartir. Para acabar efectuándolo todo como una mezcla de ironía violenta que se rebelaba contra sí misma, donde una lluvia de lágrimas atrapadas en sus pupilas dilatables y contráctiles ya no eran emanación de la lágrima salada ni sana de agua de vida, sino que sus llantos permanecían atrapados como espinas que le atravesaban el alma ya dañada y rota para siempre jamás. El tiempo y la ausencia no hicieron simbiosis para superar el dolor que aquél pederasta le causó, y ni mil cantos de paz pudieron dar cura al dolor que arrastraba como hojas muertas el hijo de Eusebio Candelas.

Eusebio Candelas sabía que no es lo mismo matar a un desconocido que a alguien de confianza. Esto hay que tenerlo bastante claro, porque luego la cosa puede influir en las emociones y en los sentimientos que son más débiles de lo que parecen, y acaban salpicando de sangre la propia piel donde se escribió el disparo de vengativa pólvora en mala hora. También hay que ir con cuidado con blasfemar a la hora de matar. En esto hay que ser respetuosos y

muy medidos, no sea que el diablo en pleno frenesí y desvarío de su locura permeable desvíe la bala en el último momento y desbarate la gresca. Entonces el muerto ya no es muerto, se aferra a la vida como un vil cobarde de arrepentimientos impíos que no convencen a nadie para acabar quedándose todo por nada. La muerte suele acabar salpicando sin equilibrio y sin noción del remordimiento y no suele creer en justicias impías. Le da lo mismo.

No mata quien quiere, sino quien puede, y tampoco vale mucho la pena aliviar con quejas lo que ya no tiene cura ni solución. Como si arrepentirse de cualquier mal pudiera librarse de la purga catártica que purifique las emociones ni que haya lugar ausente en la memoria. Liberarse de ello lo antes posible para que el alma y la mente no peleen noche y día, que la consciencia considere el daño lacrado de los malos augurios como algo precintado a la confianza. Y no pierda más quien ha tanto perdido, sino sólo esa vida demorada de disculpas y con poco oficio de tinieblas que jamás se recuperará jamás. Después de matar a un hombre es aconsejable rezar para que quede todo finiquitado y bien atado. Quedar bien no cuesta nada y ser respetuoso con los muertos nunca está de más.

La policía hacía unos días que andaba detrás de un pederasta que actuaba por el barrio. Tenían la vana sospecha de que se iba moviendo por las plazuelas y por las salidas de los colegios del distrito. Eusebio Candelas se ofreció a la policía a colaborar con ellos; él, que había sido víctima directa de la lacra perturbadora de ver sufrir a su hijo en manos de un vil vástago del infierno. Y él, que había estado en prisión privado de su libertad por darle muerte al pederasta que le buscó la ruina, quitándole la plenitud de su sabia y la esperanza viva como un rosal de su vida porque se la arrancó de cuajo como

algo que tenía adherido y que se le desprendió como una raíz arrancada con violencia rencorosa que es esperanza de la plenitud del todo.

Al final su hijo no aguantó la presión y la tristeza profunda que conllevó el trauma de su desgracia. Y ni un millón de palabras ni mil consuelos dados con la bondad de la infinita compasión pudieron sanar su dolor, que quedó adherido a su pequeña alma como un lastre de tormento muy dolido y marcado al fuego del desesperado desamparo, ligado a la furia desmedida del desgaste triste y que no llegó a curar las heridas de su interior, para poco a poco comenzar a dejar de ser, para convertirse su esencia en sedentaria vida vegetativa y acabar temblando rodeado de miles de miedos como un azogado mirlo, ausente como un alma en el limbo perdido. Aquél cobarde pederasta que fue el mensajero de tales maldades y sabiendo que hacía el mal a sabiendas, fue preludio de una ruina y una desgracia anunciada. Y como la lumbre al viento, el hijo de Eusebio Candelas se dejó llevar por su propia transparencia como un dolor profundo de su punible acto miserable del que había sido víctima y que no se podía borrar de su recuerdo. Aquello se convirtió en acelerante que no pudo esquivar las manchas salpicadas de una flaqueza de su conciencia. Pues no todos los duelos se borran sin esfuerzo, parecen indelebles y se resisten a disiparse como una densa niebla existencialista de toda su realidad que acaba quemando por dentro. Y todos aquellos recuerdos fusionados que tenía el hijo de Eusebio Candelas de su encuentro con el miserable mal, se convirtieron en veneno letal que trocó el tapiz de su joven existencia, de su elixir que debiera de haberse desarrollado con la normalidad de la sana juventud que se afirma con el acto de vitalidad como expresión manifiesta. Su mente no podía callar los silencios mudos que le corroían por dentro de su sien, para al final acabar

quitándose la vida, ya de adolescente, en un más que fatídico momento. El hijo de Eusebio Candelas no pudo superar el recuerdo que no venció al olvido. Entonces, Eusebio Candelas se aferró a algo que pudiera darle sentido a su propia vida; como una agarradera, como una brida que le sujetara a la cordura que le quedaba y que ya no hubiera nudo por desatar. Al hijo de Eusebio Candelas un día lo encontraron colgado de una viga de la escuela donde lo mandaron a estudiar y a olvidar, pero decidió matar a su dolor por la vía siempre difícil de interpretar: la auto aniquilación del suicidio altruista y del quitarse la vida para dejar morir el sufrimiento como si fuese algo dentro de nada.

El inspector jefe que llevaba el caso no lo veía muy clara la colaboración desinteresada. Pero como Eusebio Candelas encontró por sí mismo al canalla que abusó de su hijo con la visión precisa del depredador, aquél policía judicial -con sus vanas reservas- al final apostó por él, pero con cautela y mucha prudencia. Como para curarse en salud.

- Pero sin tiros ni violencia vengativa. No quiero marrones en mi distrito, ¿eh?

Eusebio Candelas asintió con la cabeza. Ese era su gesto característico. Pero aquél policía sabía que la venganza era peligro mortal en la mente rencorosa cuando la vida te vuelve la espalda en una acción tan cruel y casi insoportable, con el peso de la condena a costas de perder un hijo y matar a su homicida para convertirse el también en un asesino. Es como ser víctima y verdugo a la vez. El inspector podía sentir el dolor y el odio que salía del alma de Eusebio Candelas a bastante distancia. Hay gritos y lamentos

introspectivos que salen de dentro de la cabeza y que nadie responde, porque puede que sean insoportables y te pueden acompañar el resto de la vida ¡Se quiera o no se quiera!

En aquellos tiempos Ibiza estaba de moda y los hippies empezaban su decadencia más prosaica. Los años sesenta quedaban ya un tanto en la lejanía de su esencia de movimiento contracultural, libertario y pacifista. El LSD y las variadas y dispares drogas alucinógenas se ingerían como dulces caramelos estupefacientes, para alcanzar la distorsión y alteración adulterada de un mundo más feliz estaban llegando a la prudencia de su fin. Pero los años 70 se ve que tampoco fueron mancos en fiestas, desmadres y libertinajes donde comenzaban a nacer nuevos colectivos y grupos más heterogéneos y de otra hornada, simientes como la semilla de plétóricas potencialidades que haría crecer una nueva libertad y el atrevimiento de una democracia que estaba al caer, para desarrollarse y estirarse esos cambios sociales y políticos como el tronco del árbol que crece de resinas que germinan por las ramas del camino del tiempo. Mi tío Jordi –el que había estado en Ibiza- también había estado en la ibicenca isla de los placeres y de hedonistas guateques, de fiestas alocadamente perversas y sexualmente liberales, donde se produciría un cambio de giro para el turista que venía de países más nórdicos y mucho más fríos, y que buenas divisas al país se dejaban. Quizás, la isla balear de aquellos periodos fue un espacio medio protegido y alternativo para la industria del turismo, del guiri quemado por el astro sol que se mostraba rojo como una gamba, del turista bebedor y borracho compulsivo que se dejaba llevar por la perversión como en Sodoma, del espiritual colgado que seguía a Buda drogado y alucinado perdido, del buscavidas de mercadillo y rastro que vendía

quincalla y collares hechos a mano en tenderetes mal montados, del fornicador nato y compulsivo que la solía meter en caliente sin muchos miramientos y a la hora que fuese. Vamos, donde se solían hacer cosas y conductas canallas que en sus países ni por asomo les hubieran permitido concebir, por más liberados que estuvieran en aquella Europa de ejemplos y espejos donde nos teníamos en un futuro breve que reflejar.

Los roqueros nunca mueren porque son como un fuego vivo, como un volcán de hirviente indomabilidad. Eran aquellos tiempos cambiantes, de mudables pensamientos y actitudes rebeldes amparados bajo el césped que tapizaba el paso de los años franquistas ya gastados por los días dormidos. La música en aquellos tiempos fue como un surgir de iconos imposibles, de transgresiones y “movidas”, de alternativas y nuevas creaciones, de nuevos bailes transgresores que rompían los protocolos. Pero estaban cerca, muy cerca de la libertad más anhelada.

Comenzaban a asomar los primeros “heavy metals”, en decadencia del Dúo Dinámico, Marisol y demás tonadilleras al uso de la España de las panderetas y de las castañuelas. Sonidos de metálicos instrumentos y grupos roqueros que ensayaban en entornos de claustrofóbicos garajes, comenzaban a desgarrar como la corteza del crustáceo, integrantes artistas todavía de ignorados rumbos que envolvía a los talentos emergentes y luchadores de sus aptitudes y destrezas alternativas que estaban todavía por venir.

Había algunos grupos que sobresalían por ese carrusel de conjuntos al punto de la guitarra comprada con vastos ahorros o la batería alquilada al préstamo del trueque. Aquellos grupos que destacaban con más gracia que

arte alguno en esos tugurios y sucios subsuelos de la Barcelona casi ochentera. La ELO, Supertramp y AC/DC, estos últimos con nombre de “transformador”, llamaban la atención por ir vestidos como colegiales con su pantalón corto y todo, arrastrando a las masas más rebeldes y amplificadas al sonido estridente. El vinilo era pieza desde donde se paría la música, que giraba a 45 y a 33 revoluciones por minuto, según fuera su formato y dimensión.

Nos atrapaban los sonidos de las guitarras retumbantes como ensordecedoras, de las baterías tamborileras y de los teclados electrónicos que imitaban pianos a la cuerda tensada. Todo ello se fundía como un calor vivo entre el oído de la rebeldía sana y el alma del solista anacrónico, conservador y añejo con su traje y su corbata ya pasada de moda. Eran nuevos conceptos y mentalidades diferentes, de nuevas tendencias y de una música de una creatividad infinita que estaban por venirse.

Casi nadie hablaba o entendía el inglés, y por lo tanto, no entendíamos las sinuosas letras interpretadas a nuestra manera: *na,na ni,ni, na na, no...* pero que ardían igual en nuestros entendimientos como entrañas de esencia de nuevos entusiasmos, pero sin saber muy bien lo que decían porque el inglés no era lengua que se dominaba. Los roqueros y los “poperos” iban arrinconando a las clásicas melodías poco vanguardistas, que sobrevivían como podían entre candilejas y luces de abril, de lentas melodías de carmín muy útiles para conocer chicas y arrimarse un poquito, poder tocar piel ajena y dejarse llevar en insinuaciones de sensualidad aliñada al sudor de la necesidad adolescente.

El Heavy Metal fue un rock metálico parido a la forja dura y rebelde del martillo, del golpe seco del ingenio, como una bola de fuego que dejaba una estela de brasas que filtraban las almas más roqueras. Sobre el estridente yunque musical se deslizaba bellamente por los tímpanos de nuestros oídos preadolescentes como un primoroso delirar. A los *heavys* les iban mucho los porros y la cerveza en formato de *litrona* golpeada a garganta directa al esófago que iba quemando. Pero como en la templada y poco comedida juventud casi todo se aguanta con indeleble estoicidad aquellos adolescentes se dejaban llevar. Eran criaturas en la cual imperaba todo nervio y vigor, toda pasión brusca y ruda que se escapaba en fieles resonancias metaleras de llama pura de la mayoría inhibida, con unos *atrezzos* y formas de vestir muy aparentes e irreverentes, de una España aún vana y en el limbo de posicionarse en corrientes de otros ritmos que se vendrían.

A nosotros nos gustaba mucho más Supertramp con aquellos inolvidables álbumes: *Crisis? What Crisis?*, y *Even in the Quietest Moments*. Los discos solían ser de los más mayores, de los que tenían dieciocho o más, de las motos y chavalas *buenorras* que se exhibían como leonas desinhibidas; casi con apariencia agresiva, de buenas cachas y muslamen a la vista, con un arte de abrir las piernas que consagraban con una estética ácrata y libertaria. Aquellas mujeres con figura de deidad alternativa femenina, se exponían como diosas griegas y de semejanzas maravillosas con una *Venus de Hohle Fels*, *redentoras* como un licor hirviente de juventud. Iban adornadas de abundante maquillaje y bisutería de la barata que les cubría sus magistrales jóvenes pieles sudadas y destiladas como un néctar exquisito. Desprendían un aroma que fermentaba y contrastaba con el fiero olor de la salvaje juventud, que siempre

implica contradicción embriagaba, como la salvaje y jugosa esencia de la rebelde lozanía de la adolescencia. Mientras nosotros, la chavalería, pensábamos que algún día como si fuese un sueño sutil pero de sano deseo, garbearíamos con una de ellas. Las chicas, como decía la canción, del grupo madrileño Coz, comenzaban a ser guerreras. Eran unas canciones con unas letras que quedaron en el subconsciente musical de varias generaciones de jóvenes, para tiempo después presentarse como creadores de la "Movida madrileña" y marcar el rumbo de las vidrieras opacas que tapaban las mentes más conservadoras y rancias. Pero todo aquello parecían paisajes imposibles y lejanos de alcanzar, como aquellas grandes alamedas que imaginó aquel socialista chileno Salvador Allende. En un principio también algunos críticos a todo eso lo llamaron la "Nueva ola". Coz, fue otra banda de rock formada a mitad de los años 70 por los hermanos Carlos y Armando de Castro, quienes después fundarían Barón Rojo:

“Desde el perfume a las medias de cristal las chicas son guerreras.” Decía la canción de la génesis del principio del cambio. Una melodía ideal que marcaría al cincel y como a mármol desnudo, aquellas mundanas y frívolas composiciones musicales que abrían la barrera de la esclusa estancada de una nueva época.

Cien lazos y cien nudos te pueden atar a la música para siempre, porque sin música no se puede vivir. Y como todo arte y manifestación artística que se precie y se distinga, de tersas armonías y de cambios aparentes, te acaban transportando a un Nirvana casi eclíptico de flotantes sensaciones, tan reales como quiméricas a la vez. La aguja del tocadiscos se deslizaba por el surco del disco de duro vinilo biselándolo como un cortafrío sedoso que recorría los

relieves. Esas pequeñas grietas estriadas de aquellos trozos de plástico gramofónicos que se movían como blondas perforadas en su baile de hendiduras rodadas. Aquellos nuevos discos, con nuevos y frescos autores, eran como un aire novicio del viaje en ese camino hacia el cambio social y político, que asomaba tímido y retraído, pero ligero como la puerta de la bisagra que se abría chirriando de una naciente democracia.

La primera vez que vi a una mujer desnuda en todo su esplendor, fue en la piscina reservada y apartada de la multitud y el gentío escandaloso de aquellos domingueros días de playa. Fue en los baños públicos y populares de los *Astilleros* de la playa de la Barceloneta de aquellos tiempos. Debía de ser una mujer de unos cuarenta años, muy entrada en carnes, muy maciza y lozana. ¡*Buenorra* que se decía! De cuerpo y virtud a sus húmedos olores de sutiles feromonas femeninas un mundo nuevo nos hizo descubrir. Un cuerpo mostrado al raso y del divino placer de la contemplación para unas pupilas afiliadas y ya casi adolescentes. Aquel maduro cuerpo desnudo como un espíritu puro, nos quedó grabado en nuestras infantiles y curiosas mentes como un principio de aprendizaje al son que marca la confusa pre adolescencia. Nos colábamos en esa piscina que era sólo para uso de las mujeres -como he dicho-, y como éramos más bien canijos pasábamos discretamente por menores de doce años. Pero la encargada de aquellos baños, que era una bigotuda cincuentona y rolliza con muy mala leche y con una casta púdica de exageradas morales, no se fiaba mucho y nos sometía a férreos interrogatorios:

- ¿Qué hacéis aquí niños?
- Hemos venido con nuestra madre.
- ¿Todos sois de la misma madre?

- No señora, tenemos madres distintas.

Mentir con los labios apretados e impertinentes era propio del niño de barrio canalla y murmurador. Aquél olor a mujer; a hembra curtida, a ese aroma de hembra fresca y de sensual desvergüenza que se respiraba en aquel apartado espacio habilitado solo para féminas, comenzaba a despertar los sentidos y las curiosidades más impúdicas de nuestras jóvenes vidas. La que latía dentro de nosotros para salir hacia afuera como un animal salvaje, y que hacia los instantes eternos de las dulces sensaciones vividas al disimulo y a la mentira piadosa. Aunque a veces, corriéramos riesgos como el que sube a la cima de la imprudencia y de lo desconocido. Mis amigos y yo, comenzábamos a desarrollar una libido preadolescente, un nuevo carrusel de sensaciones mágicas y asombrosas que nos sabía como la miel del panal de dulce néctar de elixires desconocidos. Pues aquella mujer que se mostraba en piel desnuda en todo su esplendor, desprendía el aroma de lo prohibido como un perfume hecho de aromas desconocidos que confunden a quien los huele.

Todo aquello era como un mundo nuevo por inventar y descubrir a la vez. Aquella mujer de maduras y sinuosas curvas, de pechos con pezones como fresas fragarias, casi se podían inhalar como el mismísimo fruto prohibido, pasando a formar parte del recuerdo confuso y evocado de nuestras infantiles conciencias que quedan ya demasiado lejanas. Nadie sabe en qué silencio lo llevé durante muchos años grabado en mis recuerdos.

Recuerdo también que había otra chica en esos baños públicos de los años setenta; ésta era mucho más joven. Era una chica que siempre iba con un bikini azul, de unos quince años, que se paseaba arriba y abajo de aquellos

baños populares como una ninfa encantada. Era una joven morena de suave y quinceañero cutis que iba saludando a la frescura de la virtud de la juventud con mucha impudicia. Su parpadeo gesticulado de ojos azules como zafiros cristalinos nos miraban pícaramente, y unas piernas de piel suave como el algodón andaban con una perfecta sintonía, y todos seguíamos embobados sus pasos andados mientras ella sonreía con una complicidad virginal, vigilándonos de refilón y mirándonos de reojo para que no la perdiéramos de vista ni un sólo instante. Era como una joven doncella de casta pura, virgen como una virgen, y que se aseguraba que la siguiesen como una sirena ondina la seguiría un marino. Se podían oír sus gemidos escondidos y callados, guardados y ocultos, se podía respirar su aliento virginal como un elixir vedado y prohibido a cada paso que su cuerpo daba. Nunca nos atrevimos a decirle nada, sólo a contemplarla como algo prohibido y fuera de nuestro alcance. ¡Pero qué bien lo pasábamos sólo maravillándonos con su majestuosa existencia!

También nos pasábamos horas y horas jugando y corriendo como posesos por aquellas playas de la Barcelona antigua. Un niño puede estar horas y horas jugando y brincando por la diáfana playa y no cansarse jamás. Aunque el astro sol quemase como el sentir del poeta o como el leño en la hoguera de las brasas de la infancia, donde al niño se le ilumina el mundo por muy poca y sencilla sea la cosa que le recree y le lleve a la opulenta diversión. Con trece años la vida tiene un olor especial, una fragancia que no es simiente de nada, que sale de dentro, y que se va llenando con las cosas más sutiles y discretas con los días que van pasando muy poco a poco, como un pensamiento en silencio.

La arena sucia y descuidada que cubría el litoral de aquellas aguas saladas barcelonesas formaban el entorno perfecto, el agua de la mar roñosa y tibia de aquella Barcelona de los setenta. La mugre de desechos y desperdicios expandidos por ese litoral poco cuidado y respetado, era como un paraíso de capricho fácil de alcanzar. Porque a la gente le daba un poco igual ensuciar. El reciclaje y la preocupación por el medio ambiente todavía quedaban un poco lejos en aquellas almas de dehesa y de mentes frenadas al piñón fijo del vivir el día a día. –Ahora le llaman *Carpe Diem*- Pero aquello era lo que conocíamos, lo que transcurría en nuestras imprudentes y poco previsoras infancias, era poco, sí, pero se saboreaba como un festín que nos hacían los días de verano muy agradables. Y para nosotros, aquellas pringosas arenas eran como un paraíso terrenal, un *Nirvana* infantil, un hedonismo para chavales de clase trabajadora que se engrandecía como la humilde levadura, muy lejos de los adinerados burgueses que veraneaban en lustrosas costas más bravas y más aseadas. Para un niño de trece años y de familia humilde, cualquier espacio lúdico y de juego indómito, de sudores compartidos que se rozaban al punto de la complicidad de la verdadera amistad, le llenaba de momentos agradables y lo solía transportar a una excitación de ansiedades tan sanas como vitales. Embutidos en la memoria y como enquistados quedan aquellos recuerdos candorosos de esos veranos setenteros. En esas edades todo parece que comienza de nuevo cada día, es la magia del misterioso prestigiador que mueve los hilos de la vida, que va abonando con buena fe sombras que se puedan reflejar tiernas y suaves en las infancias que transcurren pausadamente pero que no se escapan porque jamás han estado atadas.

En la misma arena comíamos bocatas y croquetas, empanadas y tortilla de patatas en fiambreras que nuestras madres hacían en casa con mucho amor y cariño. De unas madres siempre prudentes y previsoras que velaban con sus miedos y con sus densos silencios. Allí pasábamos el día, porque el merendero era un lujo inalcanzable en esos años setenta que no nos podíamos permitir. ¡Éramos pobres de cojones! La nevera de playa era artilugio del frío que poco duraba, acolchada con un tarugo de corcho en su interior que hacía lo que podía. Luego, al atardecer, volvíamos al barrio y dejábamos atrás aquellos momentos inolvidables. Salir del barrio era como una purga, una catarsis purificadora que nos sentaba la mar de bien.

En el Barrio Chino siempre había una excusa para la supervivencia. Y como otra página del libro de la vida, tratabas de no mirar hacia atrás y seguir hacia adelante por instinto natural. Te buscabas la vida como podías. En el barrio aprendías a vivir como un animal, a acostumbrarte a habitaciones sin vistas y a patios de luces grises que reflejaban siluetas inanimadas.

Los Chichos eran un grupo de música con aires marginales que se escuchaban con mucho primor y afición en el barrio. Aunque fuera un barrio de raíces catalanas la rumba marginal tiraba mucho, más que la de *Peret*, que era una rumba más catalana y autóctona. Pero la rumba de los presos, de los dolores, de los delincuentes y de los drogatas era como una religión y dogma más apegado. Aquellos delincuentes comunes del barrio tenían una necesidad de exteriorizar su dolor gritando lo más alto que podían, casi berreando como mártires condenados. Y en cada oído, en cada palmada, en cada taconazo clavado al acerado era dado con rabia y mucho furor, aunque en el fondo, aquellos personajes tenían un desprecio infinito a vivir de una manera

ordenada y trabajada al sudor de las frentes honradas El mundo de la droga iba muy ligado a esas canciones de dolores y agonías en *chavolos* carcelarios, tarareados detrás de unos fríos barrotes y de una filosofía muy machista de: *La maté por qué era mía*: que de algún modo intentaban justificar el delito más común y quinqui.

Los Chichos fueron un grupo rumbero español integrado, en sus comienzos, por Juan Antonio Jiménez Muñoz conocido artísticamente como el “*Jero*”, principal componente, compositor y vocalista del trío, y los hermanos Emilio y Julio González Gabarre. Se identificaron mucho con la música marginal y de ambientes delictivos para los presidiarios, que eran un poco como Arias de Bach pero sin demasiados erudismos ni aristocráticos refinamientos. En el barrio, el “loro”, -antiguo y magnánimo radio casete de toda la vida-, sonaba la música estridentemente por sus grandes altavoces, grandes como panes, grandes como catedrales, de músicas flamenquitas y de inquinas rebeldías sociales. Para luego todos comenzar a tocar las palmas como zombis mal organizados, donde iban desojando historias de dolor con tintes de delitos y experiencias carcelarias, de matar a la parienta a “puñalá” y al de: “*A chorar me dedicaba yo pero un día me cogieron a mí...*” Muy apartados de la “Movida Madrileña”, poco modernos y comenzado a ser anacrónicos de una parte de esa sociedad vulnerable que se ganaba la vida con pequeños delitos. Muy *Luteranos* (Del famoso Lute el delincuente, no de la religión de movimiento protestante) Esos malhechores pandilleros del barrio parecían poseídos por algún alma purgadora de sombras incitadoras de delincuencias asentadas como una forma de vida habitual y acostumbrada a no dar palo al agua.

Aquellas inolvidables cintas de “cassettes”, muy vendidas en gasolineras y bares de pincho de tortilla, cantaban a esa parte de la sociedad que no aparecían en las grandes fiestas de la nobleza y de aquella falsa *Jet Set* Marbellí que vestía el papel *couche* de las revistas del corazón de la época. Los Chichos, Los Chungitos y Bordón 4, fueron un reflejo de toda una generación de cándidos delincuentes que las drogas se llevaron a muchos por delante. De la chuta clavada en la vena picada como una flecha con pócima de muerte, del toxicómano que deambulaba como un muerto viviente camino en busca de su sucio y mórfico sudario. Música de la calle y del siempre cómplice delito, de colectivos menospreciados, música de un injusto subgénero que igual fue juzgada injustamente como tótem de la delincuencia común y más rastrera. Y que ahora, pudiera ser digna del recuerdo y de un antropológico estudio que explicaría las miserias y las penurias de aquél contexto social de la época. No eran letras de Neruda o de Rafael Alberti, eran más bien de esa parte de la sociedad que más sufría por su marginalidad y su mala fortuna de haber nacido en un entorno de conflictos y lucha por salir de la miseria y de la penuria diaria.

Eusebio Candelas los vigilaba por detrás de su visillo imaginario desde su balcón donde casi todo se veía. Se notaba en el resplandor de su mirada el desprecio infinito que sentía hacia esos delincuentes comunes. Los vigilaba como un farero avista el horizonte hasta que se resquebrajaba la noche en una honda mirada, él los veía como si fuesen almas en el purgatorio a punto de condenarse por sí mismas, sin ser empujadas ni arrastradas demasiado por nadie. Pero a Eusebio Candelas el camello, el drogata, el chorizo hecho a sí mismo; el pandillero, el macarra, la puta tísica y toxicómana no le interesaban en demasía ni tampoco les tenía un aprecio especial. Le daba un poco lo

mismo. Él, avistaba como un farero lo hiciera desde su atalayado faro para ver si calaba al pederasta que merodeaba por el barrio para darle el chivatazo a la policía -ese que andaban buscando- aunque en su cabeza rondasen otros pensamientos más justicieros que arañaban su sentido común y gangrenaba su bondad y su compasión, que rompía los pasados lamentables cuando recordaba el mal que a su hijo hicieron. Y que a veces, resonaba en su cabeza como una maza al golpear. A veces la memoria impide recordar nítidamente y la mente se desordena como un puzle difícil de volver a montar, para acabar fluyendo, una y otra vez, unos recuerdos miserables imposibles de darles sepultura definitiva. Pues ni mil engaños bondadosos hubieran anulado lo que en mala hora ocurrió. Y olvidar un dolor tan hondo y categórico con remiendos de circunstancias tan traumáticas era empresa difícil de ignorar. ¡Eso puede ser pura locura! ¡En eso no se salva ni Dios!

En verano por las tardes y después de venir de la playa, íbamos a jugar a los columpios y al deslizante tobogán. Había una plazoleta junto a un jardín absolutamente inútil que estaba un poco apartada del barrio, pero en el mismo distrito V, circunscripción con la que se denominaba las zonas de los diferentes vecindarios donde todo se mezclaba, donde se cubrían las vendas de la idiosincrasia para cobijar las escaseces, donde crecían las leyendas más míseras en un entramado de calles estrechas y sospechosas siempre de indiferencias. Mi madre nos llevaba a mi hermana y a mí, a eso de las cinco de la tarde, -La misma hora en que murió al infortunado torero de Lorca- Y así, ella también se desconectaba de mi padre, qué cómo no, estaba en el bar o de putas si había cobrado. Aquella plazoleta era de trazos biselados a la arquitectura fría pero con un alma de ilusiones infantiles, donde hacía nuevos

amigos separados del barrio. No eran amigos tan fraternales ni tan íntimos pero nos lo pasábamos la mar de bien con ellos. Aquella plazoleta era la puerta que abría los juegos, donde narrábamos en grupo nuestras secretas historias, donde cubríamos las conciencias rasgadas. Y sobre todo, espacio donde se construían nuevas amistades. Cualquier lugar donde lo pasáramos bien por unos momentos parecía ser nuestro hogar verdadero que vencía el sosiego.

En aquella plazoleta humilde y de tosca batalla al trote de decenas de niños de varias barriadas, recuerdo los columpios que nos bamboleaban con el fundamento del impulso estimulante de la propulsión mecedora que siempre estaban llenos cualquiera que fuese la hora, había cola para impulsarse como un ave que cruza un puente por debajo para ir hacia el cielo infinito. Recuerdo aquellos columpios mecedores como elevadores espirituales que aupaban a los cuerpos infantiles en esas tardes de estío. El vaivén de esos columpios con sus cadenas suspendidas que chirriaban como viejas ruedas de carro, colocadas en ballesta y enlazadas entre sí como juncos, que acompañaban al lastre de una sencilla mecánica al aire del disfrute y al goce trémulo que parecía que íbamos a echar a volar en cualquier momento. Por el tobogán nos tirábamos del revés, esto es; con la cabeza hacia adelante y mirando hacia el suelo. Más de un buen chichón nos llevamos a nuestras duras cabezas. ¡Otra vez de urgencias!

Aquél año suspendí el curso, me quedaron pendientes las complejas matemáticas y los saberes de las ciencias naturales de mares y océanos. Aquel par de suspensos dieron un punto avinagrado a aquél tórrido y divertido verano de 1978. Y al suspender el curso, mi “justiciero” padre, me castigó sin

poder tirar petardos aquella verbena de San Juan. Aunque ningún provecho merecido sacara de ello. Para mí, fue un castigo cruel y desmedido, algo despiadado y excesivamente injusto. Un niño sin artificios pirotécnicos en una verbena sufre como un tetrapléjico condenado en un camastro. Nadie ve crecer el odio de un niño como cuando los pensamientos solitarios e indefensos se ven cercenados por la incomprensión de su procreador por el que siente un desprecio infinito.

Mi primo el “Tato” quería ser bombero, y tal era su vocación que le pegó fuego al piso donde vivía. Sus padres, para más *inri*, estaban enfermos de bronquitis crónica, y había de verse todavía para ver cómo se sucedía la cosa: Mi primo amontonó unos viejos cartones de unos sobrantes de cajas de la tienda de ultramarinos que acumulaban en un pequeño desván en la cocina. Y les pegó fuego a ver qué pasaba. Al final acabaron viniendo los bomberos de verdad. Se armó un gran alboroto en el barrio, y a mi primo, lo acabó visitando un psiquiatra forense infantil para contrastar esto de las vocaciones y aficiones a los fuegos y a las pirotecnias provocadas por él mismo:

- ¡Pero hombre! ¿A quién se le ocurre? ¡Quemar tu propia casa!
- Yo, de mayor, quiero ser bombero señor doctor.
- De momento eres un potencial pirómano chaval. Te vamos a ingresar una temporadita, ¿eh guapo?

Recuerdo que era una mañana de domingo, y era también costumbre que las familias fueran al campo a pasar el día para inhalar los primeros suspiros de primavera. Tampoco no muy lejos de Barcelona capital, en sus modestas y llanas cercanías metropolitanas. Todo transcurría rodeado en un ambiente

familiar y popular, donde las gentes trabajadoras se divertían como podían y mejor entendían, riéndose y diciéndose cochinadas y todo tipo de barbaridades, Los mayores jugaban al fútbol amateur: casados contra solteros –un clásico-, y las mujeres solían encargarse de preparar la comida, aunque las más listas se escaqueaban y se hacían animadoras informales. Y del prolongado momento que tardaban en prepararse aquellas tecas vestidas de festín de costilladas y asados grasientos a las brasas de un fuego lento y pausado, nosotros íbamos haciendo de las nuestras con nuestros juegos de perdernos por caminos adyacentes o tirar piedras a algún gato solitario. Mientras, las envidias y las míseras críticas del vano y aparente cotilleo, estaban aseguradas cuando se arrejuntaban los pequeños grupos de algunas mujeres con sus lenguas vivaces y afiladas, que con el mucho trato se crecían, haciéndose despojos y críticas sin halagos, disfrutando de todo eso como si fuese el autor de los placeres:

- Mira la guarra de la Conchi: ¡Si no aguanta el futbol ni en pintura. No sé ahora que le viene tanta pasión por el futbol

Aquellos encuentros de costilladas y merenderos eran momentos de supuesta distensión, donde los vecinos del barrio intentaban hacer un poco de vida social satisfechos por lo sencillo. Como una burguesía descafeinada y, hasta a veces, de malas educaciones y críticas a la yugular. Se escupía al hablar, se soltaban tacos malsonantes, se peleaban entre ellos, se emborrachaban sin mucha piedad y las lenguas con la virtud de la crítica rebuscada calentaban el ambiente con comentarios de chacoteos ilustrados. Pero al final todo solía quedar en bendita paz y calmadas las ansias, para acabar normalmente la cosa bastante bien, porque todos quedaban cansados y

agotados al final del día. Mientras nosotros, los niños, nos inventábamos nuevos juegos que a peor tálamo se asentaban.

Unas semanas más tarde, como nos gustaban mucho las escopetillas de plomo y los disparates irrefrenados de ser alcanzados, tuvimos a buena idea y peor pensamiento organizar una salida a nuestra medida; sólo, por nuestra cuenta y sin costillada ni partido de fútbol de por medio. Mi primo Tato -el pirómano- también venía aquel día.

- Tato, y sobre todo no le pegues fuego a nada. ¿Eh?
- ¡Qué nooo! ¡Qué voy medicado!

De cómo fue el instante de aquella salida sólo Dios podía calibrarlo en su justa medida. La planificamos nosotros como si de un plan de misión militar estratégica fuese. Pues las locuras infantiles tienen casi siempre equívoco y necia irreflexión. Suele ser así. Nos hicimos planos con una libreta de espiral, apuntamos cotas y referencias claras, objetivos y puntos estratégicos; como el merendero o la caseta de los helados. Aquello parecía la preparación en guarnición, de una guerrilla chapuza y de niños mocosos que no sabían ni lo que estaban a punto de pifiar con sus barrabasadas y despropósitos, que ya de tan solo pensarlo saltaba la chispa de la inconsciencia que anulaba toda prudencia.

Llego el ansiado domingo por la mañana y armados con las lustrosas escopetillas de *plomillos*, con la imprudencia que da la infancia, y como no suele ser la costumbre y el gamberreo metidos dentro de la sien consejeras de la prudencia, aquello pareciera desembarco lastimoso miliciano al alba y por sorpresa. Bajamos del tren escopetas en mano, parecíamos un puñado de

soldaditos de garza guerrera y batalladora pero en niños un poco *taraditos*, haciendo patente el panorama de gamberros al punto de la granujada. En los niños los pilares de la trastada no se asientan jamás en el sentido común.

Hicimos dos grupos:

El Carlitos -que era un chaval canijo pero un elemento de cuidado en su extraña sien- decía: Disparamos hacia lo que se mueva. ¿Vale? Así, genéricamente. Nos separamos en dos bandos, a cual más de locuaz condición y de poca sesera, sin meditar en las malas ideas que se nos presentaban a cada rato que transcurría la expedición infantil de barrio. Comenzaron los disparos y a rezumar balines silbadores que se estrellaban en las sensibles pieles infantiles como postas de punzada ardiente ¡Caray! ¡Aquellos perdigonazos dolían de verdad!

Al final, que se veía venir como un canto trémulo, la cosa se nos escapó de las manos y acabamos pegándonos de tiros por el merendero, delante de las familias que allí estaban, entre las mesas puestas para el disfrute de aquellos comensales excursionistas de días festivos, ante la sorpresa de los tranquilos domingueros, amantes de picnics y desayunos camperos, que no daban crédito a lo que sus retinas veían y la que se les venía encima. Y como el descontrol es la manera más segura para comenzar una trifulca, se nos podía ver pegándonos de tiros entre nosotros. ¡Sangre en las venas y serrín en la cabeza!

En éstas, que a lo lejos, se dibujaba lo que parecía un coche con sirenas y destellos azules encendidos. Pero como pensábamos que la policía solía estar en la ciudad persiguiendo melenudos fumadores de porros y no chavalines en

verdes prados de domingo, intuimos muy a nuestro pesar que a por nosotros iba la montería de cazar delincuentes. Pues se conoce que ya tenían el aviso del jefe de estación que nos vio bajar armados del tren. Aquel jefe de estación resultó ser el chota confidente que siempre la gratitud no le vale, y se conoce que había dado aviso a los maderos de nuestra intención de traviesa y feroz gamberrada. Nos delató el muy chivato, que como se ha dicho, nos vio bajar escopetas en mano del tren y debió pensar:

- Estos *criajos* no deben de preparar nada bueno.

Al Manolito – el niño más débil y enclenque de la pandilla- le pegaron un perdigonazo en la pierna y comenzó a llorar como una nena. No como el Chichas, que era como un árbol de dura corteza y que resistía las embestidas como la piel de un crustáceo.

- ¡Eres una *nenaza* Manolito!
- ¡Qué me has disparado de verdad coño!
- Pues claro. A eso hemos venido, ¿no?
- ¡Ay! Sois unos brutos.

Al *Chichas*, -que era grande y gordo como un ganso para su edad- le podías pegar de tiros hasta que te cansaras, que él, aguantaba como una regia columna salomónica. El *Chichas*, solía decir una frase que sentenciaba con una especie de salmo casi evangélico: “De puto milagro”. Y también decía, que él, venía de un planeta verde y viscoso que no salía ni en los libros de astronomía del Universo. La verdad de todo, es que su padre acababa de pasar una sífilis de caballo cuando lo engendró; y así, salió la cosa. El *Chichas*,

aparte de tener una esquizofrenia diagnosticada de dos pares de cojones, se partía el lomo con quien fuera y se solía enajenar fácilmente:

- ¡A qué te *ahostio* hasta que me canse! ¡Por mis muertos!

El eco de un disparo suena hueco y resonante, suena a punzada de hierro forjado y rabia desmedida. Mientras, sentíamos rebotar el perdigón por la dermis de nuestra piel con rabia y mucho rencor de devolver el tiro.

- ¡Qué hemos dicho que disparar a la cabeza no vale! ¡Coño!
- ¡Es qué es lo único que se te ve *julandrón!*

En estas que la policía llegó a nuestra altura, no sabían muy bien ni por qué les habían llamado. Estaban como desorientados. Quedaron un tanto perplejos pero no demasiado, pensando que difícil de razonar era aquello, para acabar asimilando esas cosas que no salen en los manuales de criminología al uso de una manera transparente.

El Manolito, que era muy inconsciente de espíritu se le ocurrió preguntar a los policías:

- ¿Usted con quién va?
- ¡Pero qué dices atontado! – Le contesto el pasmado policía- A ver qué coño va a pasar aquí. Vamos todos documentados, ¿supongo?

Y entre nosotros saltó una lastimosa pregunta:

- Anda que si hubiéramos confundido a la pasma con el *Chichas*. La qué se lía, ¿eh?
- ¡Vaya!

Aquél día acabamos todos detenidos en la comisaría. Nos reímos mucho, y los policías, al final, viendo que la cosa era de chiquillos sinvergüenzas y no de entrenados y capacitados terroristas, nos hacían bromas y preguntas extrañas:

- ¡Coño! ¿De dónde habéis sacado estas insignias de la Legión?
- Nos las dio un legionario que buscaba droga por el barrio señor policía.
- ¡Qué furor de chavales! ¡Vaya perlas! Estarán contentos vuestros padres con vosotros.

Al final, el señor comisario que era hombre que no se quiso complicar la vida en exceso aquél domingo nos dejó ir. Eso sí, bajo sanción administrativa gubernativa y dando aviso a nuestros padres por ser menores de edad y potenciales cafres a tener muy en cuenta.

En el fondo aquello fue algo divertido y surrealista a la vez. Las escopetillas quedaron intervenidas por la policía, claro. Y puestas en fila apoyadas en una pared de la comisaria parecían un arsenal intervenido a una banda organizada. Aquellos policías, al ver que la cosa era de inocua criminalidad, se lo tomaron a buen cachondeo y verbena de maderos para matar el tiempo.

Unas semanas después llamaban abajo en el portal de mi casa:

- ¿Quién es? – Preguntó mi madre-
- ¡La policía!
- Es para el niño. – Dijo mi madre a mi padre.
- ¡Tú sabrás! –Le contestó mi padre.

Mi madre bajó corriendo las escaleras en zapatillas y con ansias vivas que le golpeaban el pecho de averiguar que había hecho su hijo de reputación traviesa y tirando a problemático. El policía le preguntó con una voz serena:

- ¿Está el niño?
- No señor inspector.
- ¿Y el padre del niño?
- Arriba, viendo la tele.
- ¡Ya!

Aquél inspector de policía que traía la sanción administrativa en la mano, debió de pensar que ya me cogería algunos años después. Y al ver la indiferencia de mi desinteresado padre, debió pensar también cabalmente para sus adentros:

- ¡Otro chaval que será carne de cañón! ¡Qué vamos a hacerle!

Era una tarde calurosa y en el interior del barrio se respiraban esos olores propios de la pobreza no apetecible, sino asumida por el despiadado destino. No eran precisamente las fragancias de frescuras perfumadas de los jardines del Parque de María Luisa de Sevilla capital. ¡No! Era un hedor mucho más empapado y rociado de sudores fríos, de gatos callejeros que se meaban en cualquier rincón, de arrabales enlatados como guaridas oscuras, de olores poco exóticos, picados y rancios que en otros lados no se respiraban y estaban muy lejos de ser alcanzados.

Era también una tarde de manifestaciones y desafíos al sistema español, de una transición política como soplos de viento que estaba mutando como el *Gregorio Samsa* de Kafka. Era una tarde como tantas muchas en la España de

finales de los setenta; de manifestaciones y reivindicaciones a pie de calle, de precariedades varias que nos abrazaban como míseros leprosos sin cura. En aquellos tiempos de difíciles mudanzas políticas y confusiones de ideales poco lustrosos, muchas almas invadían las calles derramando aromas que pedían libertad. Las cosas no se veían de color de rosa y las gentes se daban de palos con la policía anti disturbio que daba gusto verlo. Los cambios imponen carácter y algún palo que otro en el lomo curtido por ideales y aspiraciones de cambios deseados. Y para esconderse y huir de aquellos policías antidisturbios, que porra en mano perseguían las ideas casi transparentes de aquellos melenudos en contra del sistema, que deseaba una continuidad y que permitía pocas permutas de ensueños, nosotros nos escondíamos en los bajos portales para verlo todo en primera fila pero un tanto disimulados y ocultos. A aquellos manifestantes agitadores y revoltosos les solían costar sangre y un muy doloroso sacrificio sus hazañas con ansias de revueltas y subversiones, a aquellos mayores jóvenes que intentaban luchar por un nuevo cambio social y político en la España de finales de los setenta. Eran como sombras que iluminaban ideales venideros, de duros cuerpos como estatuas y pensamientos liberales que como esponjas absorbían unas intenciones amenas. Pero sobre todo limpias de nebulosas, de fascismo rancio, de incertidumbres, sí, pero sin castrar las libertades del tren que deseaban encarrilar en su esperanza de democracias y libertades. Para ellos no era una esperanza fallida, sino estar al pie del cañón para cambiar el mundo con la virtud de sus voces sin presente, pero con la ilusión y perspectiva de un mañana de más sutil esencia y libertades bajo el trocado voto que naufragaba en el torbellino de aquél sistema ya casi caduco.

Aquél día se lió bien liada en el barrio. La cosa pintaba al punto del desastre de crueles momentos, de la trifulca más barriobajera y traicionera que se tenía que venir. Porque uno de los manifestantes al pasar por delante del bar 4 Ases, puso la mala fortuna en su camino y su desgracia. Y no se les ocurrió peor cosa que provocar al José Mari, el más malo y cruel de los delincuentes del Barrio Chino de aquellos tiempos llamándolo: Quinqui, delincuente común y cobarde drogata. Y mientras piedras y botellas volaban como figuras vencedoras que iban rebotando en la bóveda del cielo gris y mustio de aquél día, el José Mari, que se dio por aludido y que siempre demostraba no asustarse por nada, arrancó su ira de cuajo como el ido o como el loco, que a nada suele temer por su condición de demente. Cogió un cuchillo *jamonero*, y dio con todo el fondo de su mal el incidente por cosa personal y de tomárselo como falta de respeto, de aquella provocación inconsciente del manifestante alocado y que estaba en caliente aire revolucionario, pero que desconocía vehementemente que el mal puede habitar en un hombre como el mismísimo diablo en las almas más oscuras y atravesadas. El José Mari acabó lanzándole el cuchillo como si lanzara un arpón con turbulentos y malintencionados instintos, porque él, solía apuñalar con manos de artesano, pues ya tenía maña en estos menesteres de dar puñaladas y rajar vientres a puñal desnudo. Tenía buen oficio en esto. El José Mari, volviendo los ojos y como tornándose de desorbita locura haciendo vicio de su maldad y del más que fatídico momento, que nada más se pareciera a la viviente imagen de la violencia manifiesta y más asesina, se lanzó contra él, sentenciador como el último clavo que cierra el ataúd. Y con la puñalada trapera que suele causar el sufrimiento, el iluso manifestante encajo con bastante deportividad tres cuchilladas bien baldeadas

en su estómago, pasando a ser víctima dramaturga de aquella tarde que por su ambivalencia quedaba al descubierto. Y mientras el José Mari desarrollaba a gusto la habilidad del baldeo, al otro casi a póstuma lo contó alrededor de un vecindario de público mezclado que todo lo vio pero que nada contó. Al manifestante hubiera sido mejor para su salud que le hubieran arrinconado entre cuatro o cinco grises y le hubieran zurrado a discreción a la oscura sombra de cualquier portal que tener la mala fortuna de cruzarse con el José Mari, que no era precisamente un caballero amante de los duelos clásicos al alba, sino a la trapería mal intención del puñal oxidado y traidor que suele venir por la espalda.

Mi tío Jordi que andaba por ahí, vio que yo estaba en medio de aquel fregado loco y de irracional violencia desmedida, en aquel festival de mamporros; insultos y ajustes de cuentas a la crueldad fiera del descontrol entre: policías, manifestantes, delincuentes comunes, vecinos cabreados y unos niños desorientados que se pensaban que jugaban a algo. Como en un juego dentro de un juego. Al final recuerdo que mi tío Jordi me dijo chillando como un poseso y alzando sus fuertes brazos me dijo:

- ¡Qué coño haces por aquí! ¡Venga corriendo para casa mocoso!

Recuerdo que me cogió de la pechera como si fuese un liviano muñeco de trapo. Entonces, yo empecé a correr como una liebre medio asustado pero medio divertido en el fondo por la delirante situación que allí se gestaba, para acabar corriendo hacia mi fiable y segura casa. Aquello salió en la televisión y todo. Aquella tarde se lio la de *Dios es Cristo* en el barrio. Hubo mucha violencia, mucho odio, mucha confusión, mucho disparate criminal mezclado

con fragancias de manifestación reivindicativa y protesta social. Era ya entrada la oscura noche en el barrio cuando la policía todavía batía las calles que simulaban una batalla campal, y dando los últimos palos que cerraron ese día de desvaríos y protestas a la indiferencia, más que a construir nuevas perspectivas de un futuro más progresista que se tenía que venir. Porque al final del día todo eran sombras heridas en el fondo de su mal y no cuerpos de pasión sobrante con sueños de metamorfosis política.

Aquel día Eusebio Candelas por proteger a un chaval amigo nuestro de un porrazo en la cabeza le dieron a él, y necesitó diez puntos de sutura en la cabeza. ¡Otro tipo de delincuentes deberían de perseguir! – Decía muy indignado.

“Por matar a un perro le llamaron mataperros”. “El que a hierro mata a hierro muere”... y que le vayan echando refranes a uno. Eso es lo que pensaba Eusebio Candelas:

- ¡Vaya! Diga usted que sí. – Le iban diciendo por el barrio.

Se puede matar a alguien en un sucio callejón o en una lustrosa avenida, aunque en esto, no hay muchas diferencias ni tampoco metodología que acabe de aclarar tal concepto científico y artístico a la vez. Hay muertos que ya están bien en su condición de muertos y hay que dejarlos tal como están, no moverlos ni hablar mal de ellos. En esto hay que ser muy prudentes y respetuosos. Hay muertos que van al cielo y hay muertos que se pierden por el espacio infinito y no van a ningún lado. Se pierden por el inmenso cosmos hasta que se volatilizan en míseros átomos y nunca más nadie volverá a saber jamás de su paradero. Los muertos que han hecho el mal en vida se acaban

viendo las caras con el diablo, frente a frente, y no saben siempre a ciencia cierta con quién se están jugando los cuartos.

Pasado el día de Navidad y antes del día de Reyes, abrían cada año el Salón de la infancia y de la juventud. Era una de las citas más atractivas de todo el año para los niños de la época, y de poder disfrutar de la mayoría de juguetes que no podíamos tener ni en nuestros más vanos sueños. Se hacía en la feria de muestras de Barcelona. Los pabellones se mostraban abiertos y de llano disfrute para la chavalería, exponiéndose con mucha plenitud todo tipo de stands y juegos de lo más divertido que un niño de barrio podía imaginar para sus tiernos y frescos momentos de entretenimiento. ¡Y sin pagar, por qué claro, nos colábamos! No había que dejar pasar la oportunidad de la aventura del azar que se nos ponía en bandeja, mientras creíamos sentir una felicidad y una paz interior por unos livianos momentos de nuestras vidas fuera del barrio. Las manos, los dedos, los pensamientos de aquellas pequeñas almas curtidas demasiado deprisa se relajaban un poco con aquellas actividades lúdicas y volvían a su ser natural de infantil inocencia merecida que marcaba muy diferentemente nuestros temperamentos.

Pero como la confusa educación y el aprendizaje de barriada que arrastrábamos como una estela que deja su huella, para llamar la atención recuerdo que íbamos como una tribu aullando para que se nos viera por aquellas callejuelas hechas de piezas de madera dentro del recinto cerrado de los pabellones de la feria, que rebosantes de juguetes se exhibían abriendo sueños e ilusiones y que a nuestra disposición estaban para que todos los cogiéramos y jugásemos con ellos.

El *Cola Cao* y su “juego del portero” eran una pasada. Consistía en chutar un balón a un portero de cartón con cara de gilipollas que se balanceaba de izquierda a derecha con un sencillo mecanismo. Era bastante fácil marcarle un gol si no te ponías nervioso ni insultabas al monitor que controlaba todo aquello. El Manolito, que llevaba gafas de culo de botella no acertaba jamás el pobre, porque tenía una miopía en contra que le dejaba ver menos que un muerto boca abajo:

-¡Coño Manolito! Mira que es fácil meterle un gol a este gilipollas, ¿eh?

- ¡Es qué no veo una hostia, leñe!

Las motos y los coches de policía se mostraban mucho más empáticos y más cercanos que nunca en aquél recinto, sin la necesidad de ir preso ni detenidos, ni siquiera amonestados ni reñidos. Aquellos policías parecían más humanos y todo, más cercanos. Aunque ellos tampoco se fiaban mucho si veían un grupo de chavales melenudos y desaliñados. De la policía no nos fiábamos en exceso ni cuando parecían ir de “guais”.

- ¡Qué chavales! ¿Queréis que os demos una vuelta? – Decía aquél buen policía-

- No, no. ¡Qué una vez dentro nos dan de hostias y nos llevan a comisaría.

- ¿Pero qué dices niño? ¿Qué maneras son esas?

- Si, si. Pero por si los casos.

Cuando nos dispersábamos y no nos encontrábamos por el recinto, quedábamos cerca de la furgoneta de la Policía Armada, como si fuese una zona de reunión y punto de encuentro. Al final, nos atrevíamos y nos metíamos

dentro del furgón policial que allí se exhibía y lo tocábamos todo. Metíamos mano a la sirena que zumbaba como una explosión de decibelios cabreados, como quebrando el murmullo y llamando la atención:

- ¡Niño! ¡Para un poquito con la sirena coño!

Al Fernandito, que había perdido al resto del grupo, se le ocurrió decir por la megafonía del furgón policial:

- ¡Estamos en el furgón de los *monos*!

Dichas estas provocadoras palabras, el policía que allí estaba aguantando mecha ya no parecía tan enrollado ni juguetón, y le dio dos hostias al Fernandito por pronunciar sus vanas y triviales palabras por el altavoz policial. Y le dijo cogiéndolo de los pelos:

- ¡"Mono", lo será tu puta madre chaval!

Ante la atenta mirada de un público lleno de prejuicios, de padres con niños más normalitos, comenzaron a esbozar miradas carentes de piedad y comentarios condenatorios:

- ¡Mira estos! Parecen delincuentes juveniles. ¡Contestarles así a la autoridad competente! ¡Delincuentes!

El Fernandito que era elemento poco juicioso y demostraba no temer a nada aunque fuese niño, robaba las pelotas de goma de la crema para manos *Nivea* y se colaba por debajo de los estantes para coger aquello que no se regalaba, sin más dilación que la que le daba su mente ya de acordes delictivos y de poco seso. Y como éramos bastante canijos de complexión cabíamos por casi

todos los lados y habitáculos imposibles de imaginar. Al payaso de la Casa de la Risa lo teníamos amargado, y su sonrisa se veía que era fingida y postiza de lejos; sonreía con un gesto invisible, como un beso tierno de prostituta que jamás existe. Al pobre payaso le echábamos agua en la cara, lo que desmaquillaba su estereotipada y extravagante imagen. Y más qué risa, acababa dando miedo a los demás niños más normalitos y los nervios todos perdidos de los padres. Aquél payaso había sentido caer en su yelmo y a luz natural la crueldad inconsciente de unos niños de barrio:

- ¡Hijos de puta! ¿De dónde puede salir tanta mala leche en unos mocosos? –Decía el pobre payaso desfigurado de cara, desempolvado y con muy mala pinta de clown-

Al Manolito al final lo acabamos vistiendo de niña en los talleres de las pinturas para niñas ante la sorpresa de la monitora. El Manolito acabó pareciendo una mezcla de hada encantada y travestí de viciosa mirada.

- ¡Sois unos cabrones! –Decía el pobre chaval mientras tosía como un tuberculoso por los efectos alérgicos de aquellos polvos de fantasía y purpurina impregnados en su rostro-.

A esa feria íbamos unos quince chavales todos juntos y revueltos, llamando la atención allí por donde pasábamos, como una marabunta que iba arrasando las lindes y los pasos de aquella feria de infantiles intenciones. ¡Barullo asegurado! Un frenesí de hiperactividad nos definía como la jungla desnuda de aquella película de *Charlton Heston*, difícil de detener y de enfrentarse a ella para parar su avance irremediable. Se nos solía oír venir de lejos, y eso

llamaba mucho la atención de la gente normal; con niños normales, con juegos normales, que solían echarse a un lado para no complicarse la vida.

- Mira qué niños, que sucios y que desaliñados van. Parecen quinquis.

Cuando uno es niño piensa mucho en jugar y no pegar palo al aire, y de lo demás, normalmente le está de más y le sobran obligaciones. La sonrisa de un niño feliz es transparente como el satinado cristal o como la medusa que se pasea soberbia por las orillas de los arenales confiados. Aunque tampoco, aquellos mayores bastante aburguesados y rancios de la época debieran de haber emitido juicios de valor por nuestro aspecto y apariencia; siempre inconsciente y subjetiva que pueda aparentar un niño por muy travieso que fuera en proporción con lo que veían. Porque el prejuicio puede ser el cinismo hipócrita que todo lo justifica.

- ¡A usted lo he visto yo irse de putas en el barrio! ¡Yo le he vigilado el coche mientras usted se follaba a la puta de la *Sevillana*!
- ¡Calla mamón!, que hoy voy con la familia. Tú a mí no me conoces de nada cabroncete.

El Manolito, como era costumbre de condición de niño enfermo, tuvo otro de sus débiles achaques aquél día, y se quedó atrapado en una especie de juego de escaladores con montañas hechas y moldeadas de liviano cartón. Un bombero voluntario que estaba por allí lo sacó como pudo:

- ¡Hijo!, es que eres canijo como un cuarto de pollo.
- ¿Qué quiere que le haga señor bombero? Es que estoy enfermito.

Al Manolito, a veces, parecía que le quedaba sólo un suspiro de su frágil y endeble existencia, porque la vida se le presentaba breve como el canto de un jilguero húmedo y de frágil plumaje en una rama quebrada. Siempre andaba a cuestas con sus indisposiciones y padecimientos varios, que se adherían como sufrimientos inmerecidos a su frágil cuerpecillo. Al Manolito la sal de sus propias lágrimas le irritaba su sensible piel y le salían llagas, solía ser más prudente y discreto que los demás porque siempre, cualquier situación normal parecía ponerle al borde del abismo. El Manolito, a veces, olía a niño muerto:

- ¡Qué mal hueles Manolito!

En aquél salón de la infancia y la juventud, lo mejor era hacerse el loco si hacías una trastada. Y si te llamaban la atención en exceso, decir que tu padre estaba por ahí tirándole los tejos a alguna monitora quinceañera.

Pero cuando regresábamos al barrio volvíamos a nuestro ser natural, a ver el delito de cerca como cosa normal y de trivial realidad, a esquivar la tentación y a perder el tiempo dando patadas a las papeleras y tirando piedras a los gatos callejeros. A veces veíamos a Eusebio Candelas medio dormido sobre la barra del bar con la cabeza gacha, como absorto y perdido en un desconsuelo eterno de encantamientos tristes y afligidos. A veces parecía que no estuviera allí. Eusebio Candelas a veces tenía pesadillas que eran como remordimientos que latían dentro de él, como remiendos que quedaron enquistados en su naturaleza sufridora y que le invadían su sesera en sus horas de apresumbrada soledad cuando se echaba en su cama cada noche al caer el día. Se quedaba destemplado y temblando como si estuviera en una estancia perturbadora y húmeda. Su mente inconsciente le jugaba malas pasadas, y los duendes de su

conciencia escondida le pinchaban como alfileres que se le clavaban como estiletes del florete del espadachín. Porque cuando uno está a solas consigo mismo brotan los ardores que conjuran los mil engaños y las mil angustias.

No hay corazón que abaste tanto dolor ni tantos abismos profundos que el de quitar una vida aunque sea por anchas verdades, porque acabas aplacando el llanto como un mal menor y doblado el cuerdo pensamiento con fértiles contrastes que no se dan a engaño. La piedad de un difunto tiene que ser siempre escuchada y atendida con buena voluntad y querencia de apego para atender sus últimas miserias, por muy canalla que sea el aspirante a difunto y que la muerte le ronde tan cerca que su aliento se refleje como en un cristal cóncavo buscando la súplica que no le asiste. Hay que tener una buena disposición para perdonar que suele emanar de la buena conciencia y de las sanas costumbres, y dejar aparte los turbulentos pensamientos para que no estorben ni entorpezcan la decisión tomada. La venganza debe ser amiga del silencio.

Los guardados muros contrahechos y desfigurados del recuerdo de lo que fue efectuado por manos artificiosas, no debe frenar el sentido común y las buenas maneras. Matar a un hombre siempre, a poder ser: dulce y escrupulosamente, tampoco hay que ser excesivamente cruel ni inhumano. De nuevo al buen oficio se debe al verdugo, no al criminal. Es recomendable para tal empresa al menos un pequeño sentimiento, un poco de empatía y darle cancha al muerto pero sin quitarle el ojo de encima. Y si es creyente dejarle que rece con buena voluntad. Pues no suele recibir el cielo o el infierno a muertos sin confesar. El oscuro vuelo del alma sucia y salpicada de males y

graves pecados, no necesariamente se volatiliza como la abstracta locura de una compasión incompleta.

Se detiene el reloj de la vida tan cerca y tan lejos de nuestro presente, que sólo la mirada compasiva y el silencio callado pueden parar el tiempo para hacerlo eterno. Conjugan el dolor suele servir de adorno para no caer en el abismo. Puede que sea más elegante matar con el filo de la hoja de una espada de corte limpio, que a boca de cañón de la burda pólvora que se expulsa por el cañón de una escopeta oxidada. Lo primero quizás quede más romántico y menos escandaloso, más entretenido y sutil, pero para mostrar las cosas como ocurrieron en verdad de lo que causó el tormento, la sucia caricia de la verdad acaba siendo la naturaleza de su ser, y como el perro rabioso que mendiga piedad o como el tumor maligno que se extirpa y se deja al raso de su siembra, el mal acaba en aquél lugar donde ya no se ve jamás crecer la hierba de su final súbito.

Recuerdo una tarde de principios de primavera. A mi padre le dio por hacer de papa enrollado y ejemplar. Ese día me llevaría por primera vez a pescar, como en las películas o las series amariconadas que veía por televisión, intentando dar esa apariencia de padre de rol encantador y enrollado. Siempre quise pensar para mis adentros que ese día no iba bebido.

Mi padre era hombre sin paciencia y muy nervioso, y si no bebía alcohol como pócima de su existir se sentía como confundido, desorientado y hasta cabreado por el vuelo de una mosca o porque pensaba que alguien le había mirado mal. Mi padre solía mostrarse mudo y sordo a la vez. Era difícil prever sus cavilaciones y ondulaciones mentales.

Recuerdo que traje una especie de equipo de pescar muy cutre, muy roñoso; un par de cañas carcomidas y unos anzuelos que había comprado de estraperlo a un quinqu toxicómano del barrio. Aquél día mi padre intentaba mostrar la aparente tranquilidad de un buen patriarca, pero yo no me fiaba mucho. Nos pusimos en el espigón como dos tórtolas; como un padre y un hijo de cómplices rumores. Pero al ver que aquello era lento de cojones y los peces no picaban ni por asomo -por ser la pesca oficio de pacientes-, mi padre empezó a calentarse como una cafetera en ebullición y comenzando a lanzar blasfemias al aire y a los cielos como un compulsivo pecador, a su modo de ser y brincando en su propio barrizal mental. Y si todo fuese verdad, y los niños solieran absorberlo todo e imitan a sus padres, aquello debería ser aprendizaje impío tan mísero como café.

- Si lo llego a saber me traigo la escopeta de perdigones. ¡Putos peces, que no pican ni con una bota de vino! –Decía mi padre muy enojado-.

Mi padre no era precisamente como Ernest Hemingway que digamos, y estaba muy lejos del estilo sobrio y minimalístico del prolífico escritor americano. Más bien, era de mollera dura como una piedra, y como mucho, hubiera hecho esbozos de pinceladas esenciales poco ortodoxas de: *El viejo y el "bar"* (no, el mar) De bares y tabernas sí que entendía, en eso era muy docto y erudito, y no tenía más renta del intelecto que la que el Señor le dio.

Se pasó toda la mañana escupiendo y blasfemando como un Judas colérico. Y al final, todo culminó en el fracaso que se venía venir; como se suelen ver tornarse las desdichas anunciadas y directas al mentón. La brisa fresca y pura del mar donde suele inspirarse la gloriosa paz y las raíces del silencio, no fue

suficiente porque mi padre no tenía el don del reposo, ni tampoco una sonrisa disimulada que se pudiera mantener toda la mañana. Al final se cabreó de verdad y lanzó las dos cañas al mar. ¡A tomar por el culo! – Dijo mi ardiente padre.

La verdad de un hijo suele estar en los ojos que miran, que sienten, que admiran tranquilo y apacible el aura protectora de su progenitor sin poner grilletes a su ejemplo y condición. Pero el pensamiento de mi padre era en esencia como un licor hirviente, de una mente compleja bajo el sol que le calentaba en exceso la sesera y que tropezaba consigo mismo, para dar esquivo al tranquilo y apacible momento cómplice que nos debería haber unido como padre e hijo.

Las cañas de pescar quedaron flotando a la vista de la superficie del lustroso mar aquél día de trémulas ondulaciones, en el agua transparente y nítida como un cristal, para sorpresa poco cabal de medusas y peces que pasaban por allí y que no esperaban tal barbaridad del humano civilizado. Quizás aquello fue una acción sin cabal pensamiento ni sutileza delicada. Extravagante quizás tal hazaña.

La tarde ya comenzaba a caer sobre el trémulo litoral barcelonés, el tiempo pasaba y no se avistaba ni un triste pez, ni un pescador de arrastre que mostrara sus artes ni ángeles marineros a la vista, ni tampoco sirenas ondinas que se mostraran cercanas a la ira grosera de mi padre.

- ¡Dime qué he de ver otra vez el mar de diferente modo! – Pensó mi mente infantil-

Aquello acabó triste como un funeral. Y para finiquitar toda aquella experiencia miserable e infeliz, apareció una pareja de la guardia civil que haciendo la ronda estaban, dando aquello por cosa extraña, anormal y de poco juicio, y de aplicar el régimen sancionador en estos extraños sucesos de la pesca furtiva con un punto simiente de toque surrealista.

- ¡Pero hombre! Estas no son maneras de enseñar a pescar al chaval. –
Le dijo aquel sorprendido guardia civil-
- ¡Qué quiere jefe! Es que soy muy nervioso.
- ¡Ya se ve ya! Le voy a sancionar *maestro*. Yo también tengo hijos y no voy pescando a tiros con el arma reglamentaria. ¡Hágase usted al caso!
En esto he de ser parcial. Vamos documentados: ¿Verdad?
- ¡Joder! ¡Qué puto día! -exclamó colérico mi padre-

Luego, al volver para la Barcelona que nos vio nacer, un tanto *nerviosillos* quizás por tan delirante experiencia, enseguida me mandó para casa y él se fue al bar. Ese era su entorno natural, su hábitat sostenible donde se sabía mover como nadie, era allí donde perpetuaba su presencia y su acomodo de su propio saber estar. La taberna sí era un espacio que conocía y latitud que le daba confianza, se sentía cómodo como pez en el agua; como fiera en la selva, como microorganismo en el lodo. Aquél día, mi padre sólo pescó un cabreo de dos pares de cojones y acabó contando su necia experiencia a los amigotes del bar:

- ¡No te jode!, saco al chaval a pescar para que vean que soy un padre cojonudo y me acaban multando los civiles. ¡Hay que joderse!

- Tu tranquilo Santiago, que tú has cumplido. ¡Qué sabrán ellos! ¡Voy con bastos y arrastro!
- Joder, que día llevo. Si es qué ni a los naipes pesco hoy.

Aquellos bares de la época eran como cómplices confesionarios de justificaciones y desatinos tan imprudentes como de insensatos hábitos. De padres de familia que no llegaban a hondas cavilaciones ni tampoco a demasiadas empatías hogareñas. De cosas peor pensadas y peor hechas, de esa cultura de barrio murmuradora que no hacía demasiados esfuerzos por esconderse de aquellas malas educaciones, que se destilaban a la sombra de la culpa, siempre alternada con la excusa y a la evasiva que confirmase la coartada de su mal aprendizaje.

Mi padre se afeitaba con brocha y cuchilla, usaba colonia *Varón Dandy* que olía como una especie de esencia purificadora de macho semental. Era una colonia muy recargada de etanol quizás. Igual, se creía un tipo duro y todo con aquella fragancia que decían que masculinizaba a los varones de aquellos entonces. Recuerdo que mi padre era muy presumido y, a eso de las siete de la tarde, se arreglaba un poco, se lavaba los sobacos en la pica de la cocina y se iba, no sé dónde, pero se iba de casa. A mí ya me iba bien su prolongada ausencia y sus escapadas miserables con las que intentaba engañar a su propio mundo, porque me importaba muy poco adonde fuese mi casi extraño padre. Probablemente se fuera a otras sábanas más sucias y pringosas. Cuando él se iba, desaparecían mis miedos y mi angustia disminuía como un viento sosegado. Estaba tan claro que mi madre intentaba capar mi indiferencia:

- Tranquilo hijo, son cosas de hombres. – Me decía mi madre.

Pero mi madre también se acabó cansando de esas descaradas escapadas y no solía esperarlo con la luz encendida, sino con la total indiferencia que alimenta el desprecio a penumbras oscuras que es prólogo del mal amor, haciendo como si no se diera cuenta cuando llegaba tarde, borracho y oliendo a perfume barato. Como en aceite hirviendo se solía lavar sus partes nobles en un barreño en la cocina antes de meterse en la cama, como para purificar y purgar su vil acción, y de paso, matar las ladillas que le pegaban a veces en los bajos aquellas mujeres de la calle que tanto frecuentaba. Luego ventilaba por la ventana sus calzones para que el mal vicio se lo llevase el demonio.

En casa no teníamos ducha por carecer de espacio físico donde asentarla, y también poco ingenio para el hábito del lustroso y pulido aseo diario. Por eso, nos lavábamos en la cocina en un barreño de esos de plástico -parecíamos nómadas- y con una manopla de rastras al apaño que hacía la virtud de suave esponja. Nos frotábamos el cuerpo sucio y desaseado en el frío suelo, entre el espacio que quedaba entre la pequeña nevera y la pica de piedra desgatada y deteriorada de aquél pequeño hogar. Y a las partes nobles, le dábamos aseo en el arte y ejercicio de lavarlas a pelo con el cuidadoso tacto del esparto que siempre rascaba. Daba *gustito* frotarse por los genitales y sentir la arisca caricia de la gastada manopla, que como una medusa áspera y viscosa nos daba apaño y arreglo para la higiene casi diaria y saludable. Y como en una balanza, el agua fría y la caliente, hacían simbiosis buscando el templado punto del tibio y tenue sentir de la caricia que nos aseaba. Todo se sucedía con mucha lástima, pero también con mucho ingenio. “Donde caben dos caben

tres”: ¡Qué refrán tan absurdo como de insensata sublimación siempre me pareció!

La *Teresiña* era una anciana que vivía en uno de los bajos de mi calle. La mujer tenía setenta y cuatro años y ya era, lo que se dice; mayor. Hacía y arreglada sillas de mimbre y cordelería para reparar muebles, cestos y otros objetos útiles de la casa que le traían los vecinos. Era una señora que defendía su vieja soledad con dignidad y decoro. La *Cadiraira*, -le llamaban en catalán- tenía una mirada de triste y de apenada soledad, como esperando el momento de dejar este liviano mundo sin meterse mucho con nadie y con prudente discreción.

Un día tuvo un descuido con la estufa de gas butano y palmo el marido que se quedó dormido en su sillón favorito para siempre. Se quedó dormido raso y libre de pecados; eso sí. Aquel hecho la dejó triste y aceleradamente envejecida, emancipada y excesivamente deprisa caminando hacia al desmantelamiento casi inevitable de su espíritu triste y compungido a aquella mujer desnuda de alma para arriba. Al morir su marido, y sintiéndose culpable por ello, su vida mudaba y transcurría como un pasatiempo, como un devaneo de la extensión de su existencia. La *Cadiraira* era muy apreciada en el barrio y todas las mujeres le solían encargarse remiendos. Mientras cada mañana, ella se postraba con su silla de mimbre en la acera de la calle, al sol caliente o al frío que destemplaba. Hacía el oficio de la cestería con la debilidad y satisfacción de ver pasar los días, sin más licencia que rendida y encadenada a su quehacer monótono y diario. Solía hacer volar la mirada en el oscuro recinto de la soledad que acompañaba con un halo de tristeza en su mirada profunda y afligida, una mirada de mucha lástima, de mucha misericordia. Porque detrás

de una soledad no deseada le suele seguir la desgana; la apatía, la aversión más desaliñada y más de inútil provecho que de práctica fructuosa. Y ahí, es donde se empieza a edificar el camino hacia el deterioro y el mal endémico que hace brotar el desaliño total. Ya que, era cosa maquiavélica y de mala leche de la muerte, que se presentara por sorpresa y sin aviso en esos barrios dejados de la mano justa y divina de un Dios que no solía aparecer mucho por el barrio. La muerte en los barrios marginales se pasea con una chulería y una prepotencia fuera de todo protocolo y pundonor. Como un ladrón sin misericordia en el oficio de llevarse almas a otros lugares más arcanos. La tristeza de esa vieja mujer de oficio de cestera se podía cortar con un liviano filo de desamparo, casi adornado con un estado piadoso y misericordioso.

- Te he venido a buscar *Cadiraira*. Tranquila buena mujer. No te apures, no hay prisa. -Le dijo la muerte- Yo os doy licencia para despediros:
- ¿Ya?
- - ¡Ah, mujer mortal! Has de saber que esta es tu casa, y yo, el huésped que va de triste y funesto paso. Tómate tu tiempo que prisa no tengo.

Aquella mujer tampoco hizo esperar mucho a su verdugo natural, ese que va barriendo las existencias del paso por esta vida de natural caducidad y vencimiento. Aquella vieja mujer de oficio de cestera se fue probablemente al cielo abriéndose paso entre las lejanas nubes como una estrella apagada. Igual odiaba con toda su alma a aquél barrio embarrado y problemático de la diaria desventura y hastiada de todas las miserias que veía día tras día. Y como los sonidos recatados y sinuosos del fuelle de un acordeón, se fue para otros mundos tranquila y reposadamente, con la conciencia tranquila y su espíritu manso como una belleza delicada. Pues el alma, al final, suele abandonar el

cuerpo por su imperfección nutrida de abominaciones para darle la debida satisfacción a su libre sustancia:

-¿Vamos? – Le dijo la muerte-

-Cuando disponga.

Cuando la *Cadiraida* dejó el barrio para irse a otros lugares, dijeron que aquella noche una luz de fabuloso resplandor brilló como si fuese el sueño de otra naciente vida en aquel gris cielo barcelonés.

En el barrio cuando llegaba el verano se sacaban los colchones al balcón. De testigos residían aquellas balconadas atalayadas de miradores insípidos, de paisanajes más que de paisajes, y de visualidades indiscretas del vecino de enfrente al delirio de la mirada siempre viciosa y entrometida. Y el poco aire que arribaba como un frágil hálito airecillo de trepadoras enredaderas y de urbanas brisas, entraba por la ventana como un disimulado descuido, cómplice y murmurador como la llave que entra en la cerradura oxidada. Nosotros nos solíamos quedar dormidos abrazados a la caricia de nuestra suave almohada, que guardaba bamboleándose y meciendo las cabeceras de nuestros catres, un tanto destartalados por el moho del paso del tiempo y de la vida que pasaba entre mojudas destrezas y que se mecía en ellas. Se resbalaba por las paredes un vaho remojado que se filtraba por aquellas habitaciones de verdines y empapelados imposibles, donde se filtraban las aguas residuales como regueros de un licor rancio con olores fermentados. A veces soñábamos que éramos felices y dichosos, sintiéndonos acariciados por ese aire cumplidor y veraniego que sobre el viento murmuraba las voces cercanas que venían de la calle, con esencias empapadas de penurias urbanas de barriada intensa y que

nos despertaba los sentidos; las sensaciones escondidas, las emociones atrapadas, y que solía engañar a la trayectoria condenatoria infantil que mullía nuestras oscuras noches donde se empapaban los sudores por miedos y desconfianzas. Dormíamos velados por un imaginario Ángel de la guarda misericordioso y piadoso, puro como el corazón de una madre, que nos mantenía amarrados a la costura bordada y delgada de nuestras livianas almohadas. Era como otra página del ilusionista iluso que creíamos que existía en otros lugares más lejanos de nuestro barrio, todo soñado en paralelo del pasar de la noche pero vivida clara y real en el inconsciente sueño, que todo lo suele mezclar y que todo lo suele confundir. De madrugada el aire se alejaba y nos dejaba la brisa fresca y tierna de una Barcelona grisácea y trabajadora, para seguir soñando profundamente con una escalera de peldaños de frágil cristal y de ensoñaciones de espejos sosegados, siempre difíciles de reflectarse nítidamente en nuestros infantiles sueños utópicos e imaginarios.

A veces íbamos al zoológico y echábamos cannabis a los monos que parecían criaturas muy cachondas y alocadas. El “Manolito” - hay que recordar otra vez que era niño enfermito-, se quedó encerrado en la jaula de un gorila vegetariano y con cara de pasmado. Y tuvo que intervenir un domador y un vigilante del parque que ya nos conocía y que también era del barrio; el señor Diego, que era amigo de nuestros padres y cómplice cooperador de partidas de cartas y cañas de cerveza engullidas al embuche del terrible embudo, de las malas costumbres de unos hábitos de barriada poco saludables.

- ¡Coño! ¿Es qué no hay manera con vosotros? ¿Qué coño estáis haciendo por aquí?

- Señor Diego, saque al Manolito de la jaula del gorila. ¡Qué se lo va a comer!
- ¡Pero qué dices desgraciado! ¡Me cago en vuestra puta existencia! Que me van a echar del trabajo por vuestra culpa mocosos.
- ¡No se enfade señor Diego!
- ¡Señor cojones! Cuando vea a vuestros padres se lo choto todo para que os den un buen repaso.

El señor Diego, aunque fuera de tipo duro y perdonavidas, era hombre noble y muy campechano, sobre todo con los niños, en eso se le escapaba la fuerza por la boca. El señor Diego era bajito, un poco encorvado de espalda y con una calva prominente que brillaba como un lustroso culo de mandril. Un día, en la víspera de los Reyes Magos, trajo un burro al barrio que se lo dejó en prenda el zoo donde trabajaba. Lo adorno con fabulosos ornamentos navideños y todos los niños lo pasamos la mar de bien y fuimos felices aquella tarde de cabalgata como angelitos armoniosos y muy dichosos.

La víspera del Día de Reyes, dejábamos nuestros roídos zapatos apañados con cola que pegaba nuestras suelas gastadas por el bruto trotar con toda la ilusión del mundo. Al despertarnos, mucho o poco, aquellos Reyes Magos de lejanas tierras de Oriente, nos dejaban en el sencillo y humilde comedor discretos pero seguros y dadivosos regalos. Luego, bajábamos a la calle a jugar y nos intercambiábamos los juguetes, que por muy sencillos y escuetos que fuesen, llenaban nuestras ilusiones y ganas de divertirnos. Era como algo que detenía el tiempo de las miserias aunque fuera por unos breves y livianos instantes.

Eusebio Candelas el hombre que mató a otro hombre – ya se sabe de sobras por qué- cuando nos veía jugar con nuestros regalos el día de Reyes Magos se le dibujaba una anhelada sonrisa en su cara. A él, le satisfacía mucho vernos felices por unos sutiles momentos y le servía como bálsamo espiritual para olvidar la herencia de todo lo vivido, con la esperanza en la puerta del alma de que le llegara algún día el total olvido. Porque la esperanza por ser esperanza nunca caduca. Toda aquella visión de niños jugando inocentemente le motivaba anchamente y le hacía sentirse bien. Se sentaba en un taburete en la calle que sacaba del bar, exhibiendo su muleta y su muñón a la vista de todos para que se le viese bien. El muñón de la pierna de Eusebio Candelas daba risa verlo, parecía un taco de carne adobada, parecía carnada mal cercenada a la amputación de su infortunio. Eusebio Candelas tenía a veces su mente frecuentada por malos pensamientos, esa sensación de culpabilidad de venganza imparcial que suele ser extraña aliada de la rabia y del odio infinito. Con estos sentimientos siempre juegas a perder y acaban atrapándote como el halo de los alientos fermentados, para acabar arrastrándote como una mustia hoja de cedro en el margo barro.

Un muerto no olvida quién lo mató, ni tampoco el momento y el lugar. Los muertos suelen tener buena memoria y también suelen ser rencorosos, porque son conscientes de ello hasta que el alma les sale del cuerpo con un dualismo confundidor bajo el cielo; bajo el sol, y como testigos mudos acaban convirtiéndose en ciudadanos deambulantes del limbo, lugar donde residen las almas de los injustos. El derecho incorrecto de matar a otro hombre puede quedar conmutado por esa justicia que no está escrita, y que tampoco debería de plasmarse en código o seno de obligado cumplimiento. A Eusebio Candelas

su dolor, como el tiempo y la ausencia de su hijo, parecían estar guardados en un papel en la mesita de noche al lado de su cama o en un viejo cajón olvidado. Y al final, como un secreto de sensibilidad de tejidos vivos, de sensaciones y emociones secretas; cómplices y discrepantes a la vez, no le dejaban sino ver las tinieblas como en un breve ritual de la locura fuera de su contexto, de esos sentimientos hirvientes y contradictorios que arden como el incienso. Y si se queman las notas imputadoras escritas de mano temblorosa en una sartén con aceite hirviendo, un poco de vesícula biliar de culebra viperina y vinagre bien fermentado, se mezcla todo en una olla al *Baño María* durante dos horas, luego se esparce todo por el tejado de una iglesia para que se las lleve el aire que hace flujo y comunión con el viento. Pues el viento siempre acaba arrastrando las cenizas volátiles y las miserias dadas que fueran escritas a la mala hora de la conciencia desorientada sin más alardes ni espectáculos que enterrarlo todo en el hondo pasado.

El muerto de Eusebio Candelas estaba a punto de cerrar los ojos cuando este le disparó. Luego, lo remató despacio con una soga cercenando el aire que inhalaba moribundamente hasta que dejó de respirar. La maldad por ser maldad se suele ceñir a embuste y a esconderse por semánticos fundamentos que liberan las iras más feroces. Es entonces el modo en que el alma se manifiesta en todo su esplendor y efervescencia. Porque el muerto con ser muerto ya cumple. El mal suele ser poco cultivado, instintivo y tirando a acariciar la ignorancia de la bondad qué, jamás, se cruzó en su camino. No siempre, pero casi siempre. En esto muchos pontífices y doctores bregados en mil pensamientos profundos no han llegado jamás a comprenderlo.

El muerto que mató Eusebio Candelas cinco minutos antes de expirar puso una mirada que parecía de arrepentimiento. Pero las ofrendas que se mellan en el crimen tan bajo y tan ruin, quedan palpadas y sin perdón en las huellas de las manos ejecutoras y acaban matando a la fuerza. Y no hay piedad que mate a su sombra tan comprensiva ni transigente que anule el momento, pues las lágrimas de arrepentimiento del ruin abusador infantil no son puras como las gotas de agua que caen del cielo. Cada minuto del día se niega un tipo de indulto que no hace suficiente justicia con la concesión del perdón. Porque en según qué casos, la gracia del perdón es refugio de cobardes y alimañas que sólo dan lugar a la desconfianza y a la repulsión.

El *Bocanegra* era uno de esos personajes de peculiar y singular andadura que solían anidar en todos aquellos barrios de penurias oxidadas; un borracho nato y con naturalidad. Al Bocanegra, normalmente con el alcohol se le hundían las ideas y le fermentaban las malas intenciones, como el combustible que arde como una luz nauseabunda en las almas más negras. El *Bocanegra* era hombre que vivía a la sombra de su sonámbulo pensamiento, un pensamiento que le martirizaba, que se encendía con la bebida y le animaba para seguir adelante cada día de su triste vida, el que le señalaba el camino en las tardes solitarias y mustias del Barrio Chino. A veces, tenía una mirada perdida y ausente como un zombi, y parecía que iba cerrar los ojos de un momento a otro para no volver a abrirlos jamás. La muerte de un alcohólico en aquellos tiempos no tenía más mérito que el ver pasar la vida y las miserias cerca de el puro desperdicio del alma gangrenada, que es lugar donde verdaderamente se siente el dolor y se expresa la envergadura de la criatura.

Los borrachos suelen escuchar el canto lento y grave de la astuta y hábil demencia que se adhiere a sus almas como un magnetismo que les acaba atrapando antes de que les abandone la total cordura, que les despoja muy despacio y lentamente de su lucidez más clarividente. El Bocanegra se creía que se sabía todas las ciencias del mundo, pero lo que sabía de verdad, eran todas las letras de la partitura que llevaban camino al infierno. El Bocanegra tenía una media novia puta y drogadicta que no siempre le cobraba por acostarse con él:

-Niño, otra cerveza. Una para mí y otra para la puta. ¡Qué no decaiga esta asquerosa vida!

El Bocanegra era un borracho que probablemente deseaba despojarse de su triste y amargada soledad. Un borracho que caminaba sólo hacia la ruina de la necrosis del alma, ese dolor que no es visible; pero qué existe y se halla, y que suele acabar dominando las bajas pasiones para perder dignidades y darle mucho mal al cuerpo. Y es entonces cuando se presenta el camino de la autodestrucción, que es senda que se suele recorrer en solitario:

- ¡Bocanegra!, ¿me das un duro?
- ¡Una mierda os voy a dar golfos! Qué os lo gastáis en los futbolines.
¡Mamones!

Al Bocanegra no le gustaban los niños, ni el trabajo, ni el compromiso, ni el deporte si no era ver el futbol apoltronado en una silla de taberna puesto delante de la televisión acromática y en blanco y negro de aquellos bares de mala reputación y que peor estampa tenían. Vivía sólo en un piso del barrio, una estancia escayolada debajo de terrado que en invierno calaba el vanidoso

frío enmohecido, solo disimulado por una estufa de gas vieja y oxidada que no conseguía engañar al astuto invierno que se colaba vivo por todos sus huesos gastados por el reumatismo. Sólo a veces se veía brillar el cristalino y vidrioso mirar de sus ojos cansados, ya de mirada amarillenta, y castigado como una venganza el hígado camino del sufrir eterno, para mudarse probablemente de una vida que en el fondo odiaba, en donde enloquecer era sucesión de momentos. Vivía apenado y abatido en un maldito rincón donde iba envejeciendo entre aplausos de su verdugo que era la mortificadora bebida. Igual estaba ya muy cansado de aquellas historias de mil tristezas, de mil melancolías, de mil miserias del Barrio Chino. Toda criatura necesita un rincón donde el alma se pueda desintoxicar para que pueda acabar con la oscuridad que la martiriza. Al Bocanegra le costaba un infinito esfuerzo encontrar el camino que le llevara a su triste morada cada noche al caer el día. Y sus pasos se asemejaban al de un carro viejo y destartado. A solas no gritaba ni blasfemaba, porque sabía que nadie le escuchaba.

El día de San Valentín de aquel año hubo una gran redada policial en el barrio. Vinieron los de la policía secreta y bastantes grises uniformados. Unas doce furgonetas llenas de maderos y agentes judiciales acotaron la calle como un corredor sin salida. Con su gran despliegue que parecía un instrumento de conquista bizantina, y como una ceremonia solemne de grandes apresamientos tomaron el barrio como si fuera una guarnición. Y como si de soldados de infantería fuesen, tomaron posiciones como escuadrón de piqueros para levantar actas y oficios de que allí la ley era de efímero cumplimiento. ¡Hombre, pues claro! Cerraron nuestra calle por arriba y por abajo. Y hasta por las azoteas, donde habitualmente nos la meneábamos o tirábamos piedras a los

gatos distraídos había policías apostados. Se conoce que eligieron ese día porque es fecha donde se declaran amores y pasiones, aunque sean a presuntos sospechosos habituales y delincuentes venidos a menos de su oficio de villanías y de apariencias dudosas. Las hostias de las porras de los policías llegaban a todas partes, a veces con una precisión absoluta y sin demasiados escrúpulos diligentes a la hora de dar estopa. A golpe de porra y cinto con artefactos anti disturbios le iban dando a él Galiano entre tres policías bien cachas y bien fornidas como armarios empotrados. ¡Aquello parecía de todo menos amor! Al Galiano, que le zurrara la policía a traición le quemaba por dentro y le consumía las entrañas como a un poeta le aflige el celo de su desamor. Aquél día de los enamorados hubieron más tortazos que azucarados besos, y las trancas de los policías dejaban su dulzor en las pieles de los camellos y las putas contestonas y entrometidas, que a cada palo recibido saltaba por los aires una barrita de *chocolate* del bueno, o unas bragas mal olientes y húmedas. ¡Qué desperdicio! Aquél día todos los niños nos lo pasamos muy bien, menos el Galiano, que le dieron de hostias hasta en el carné de identidad. Aquél día fue tan injusto como innecesario, y algunos policías parecía que orgasmaban de gusto dando palos a diestro y siniestro a los delincuentes más perennes del barrio. ¡Carta blanca y caña al mono! -Decía un policía de paisano que parecía que tenía mando-. Igual se apretó demasiado la cosa, porque al final hubo mucha contundencia y un vano resultado.

A las seis de la madrugada -era oscuro todavía- la policía seguía dando caña hasta a los gatos callejeros y a los mendigos que solían dormir al raso que se escabullían como podían de esas redadas y batidas hechas a la confusión, y

parapetándose como podían en el limbo de un completo desconocimiento de lo que allí se fermentaba. Algunas cabezas sangraban todavía al alba mientras se iban pasando sus manos temblorosas por el rostro sangrante. Aquellas redadas de la Transición española, eran excusa para realizar apresamientos policiales regularmente de orden político, espantar al pueblo, y de pasada acosar un poco a los clientes puteros y viciosos. Pero en su fondo real era para frenar el progreso democrático que estaba a vuelta de tuerca, pues las autoridades de entonces tenían el miedo de que se les volatilizase su pragmático “mando y ordeno”, de una dictadura que se podía ver aún por el retrovisor que todavía reflejaba la horma y matriz de las autocracias fascistas que quedaron medio encendidas en el candil. Mientras, se resquebrajaba la noche poco a poco en enésimas estrellas que esperaban cansadas las miradas humanas de poner fin a esas redadas hechas al disimulo de aliviar las quejas de autoridades residuales del franquismo.

Pero a veces, en el barrio, también degustábamos de unas acciones tan graciosas como surrealistas, igual de calado inútil y sin demasiado provecho. Pero eso sí, nos íbamos descubriendo nuestras virtudes de casi muchachos adolescentes. Unos empezaban a fumar y otros comenzaban a descubrir sus primeras pajas como criaturas ansiosas y compulsivas, como mi primo el “Tato”, que no fumaba tabaco. ¡Sólo fumaba porros! Esa era su religión. Y también decía qué Jehová era testigo de él. Mi primo el “Tato” estaba un poco tocadito de la sesera, porque de pequeño había pasado la meningitis y no lo curaron a tiempo. Vamos, que no lo curaron bien. Y le dejaron, lo que se dice; efectos residuales en su cerebro atalayado que arrastró con orgullo y como pudo toda su vida. Era de talante bastante torpe y no sabía ni leer ni escribir.

Pero como el trabajo no le asustaba y rendía como una mula, se ganaba la vida como panadero. En eso estaba bien mirado. Mi primo el “Tato” también era boxeador amateur infantil porque ya tenía los quince años. Bueno, digamos que practicaba el noble deporte del Marqués de Queensberry con más desatino que fortuna. Mi primo el “Tato”, de nueve combates había ganado sólo uno; eso sí, a los puntos y por los pelos. Pero aquél día fue el chaval más feliz del mundo, y aquella victoria quedaría gravada en su mente “border line” para toda su vida. La felicidad, a veces, es como un breve chispazo o como el vuelo de las gaviotas; libre y de evasión de éxodo como una reluciente emoción, como algo de mágica invulnerabilidad que no se puede fingir ni disfrazar a modo del engaño. Aquél día que ganó su único combate, mi primo Tato se fue a dormir poseído por el alma de Rocky Balboa y tarareando aquella canción de la banda sonora de la película: “*Gonna Fly Now*”, que actuaba como un dogma magnetizado entre los espíritus de superación y gentes de raíces competitivas.

Mi primo tuvo su primera eyaculación por el noble y altruista acto de la sana masturbación a los quince años, sin más discreción y liberación que el meneo natural y la dicha de darse gusto a uno mismo. Para pasárselo bien en estas aficiones hay que ir a un ritmo constante pero fluido. ¡Poco a poco y buena letra! Para que la cosa florezca y salga espumosa como las pompas de jabón. Todo de forma noble, sin perversa intención. Mi primo el Tato, al rato de experimentar tal gozo y deleite de la fricción fálica a mano desnuda, me vino a buscar a casa corriendo la mar de contento y me dijo:

-¡Mira, mira primo! Ya saco leche.

- ¡Ostras, que guay!

Yo, por aquél entonces, por mucho que le diera a la “manivela”, todavía no había de llegar la hora del gratuito placer del erudito onanismo obrado por uno mismo. ¡Lo confieso y digo verdad en esto! Mi primo el *Tato* tenía un cipote muy grande para la media y edad habitual, y se la solía menear cada día dos o tres veces con mucha afición. Él, sabía que la masturbación solía ser un buen bálsamo para no caer en la melancolía y aplacar los nervios.

Mi primo, también, tenía una frase que siempre iba diciendo a todo el mundo que no conocía como una profecía personal, como una entradilla de lo que iba a querer representar si se metían con él sin razón ni causa aparente. Igual era como un mecanismo de defensa para dejar las cosas claras y marcar las distancias. Porque aparte de pelársela como un mono también era bastante anti social:

-¡Cabrón, no te tendrías que morir nunca, toda la vida en una silla de ruedas! “Me cago en tu padre...” También era para él, como una especie de catarsis y purificación emocional, un repertorio de escénica presentación para que se fijaran en él y mostrar de qué palo iba. Presumía también de manejar bien un hacha que tenía siempre debajo de la cama, y unos *lunchacos* a imitación del canijo *Bruce Lee* que los manejaba como si fuesen los boliches del malabarista. Eso asustaba a las chavalas que claro, solían coger miedo:

- ¿Este chico tan agresivo va con vosotros?

- Si, es mi primo. Pero en el fondo es inofensivo.

Mientras Eusebio candelas limpiaba el cañón del arma miraba fijamente a quién tuvo que dar muerte. Su cadáver parecía que dormía al lado, quieto y sosegado, sólo y con el aura del gélido aliento del diablo entrando en su espíritu. No se oía ni un murmullo más que el ronroneo de un gato callejero que por allí pasaba, testigo mudo de la vida y de la muerte. Una vida se iba y otra era vengada. ¡Qué quieto estaba el muerto que mató Eusebio Candelas!

En aquél lugar apartado donde se dio muerte al cruel criminal que abusó de su hijo, se podía verse el partir del alma canalla de aquél desgraciado como un negro camino, dejando una estela de sus escabrosas y turbias huellas para irse de esta miserable vida por la puerta de atrás sin ser visto de nadie. Todavía están como algo indeleble los rastros de sangre ya secos por el paso del tiempo, que no se borran ni disipan ni con lágrimas de azufre. Aquél muerto no se fue como un mártir, sino como un cobarde apocado y achantado, con el alma corrupta y podrida entre las piernas, sembrando un campo árido de semillas infecundas que no brotarán nunca más por ser vástago su tallo en florestas de ramas ya incineradas, que antes de su brote ya hubieran de nacer muertas. Y al llegar al infierno nadie le saludó ni le dio más novedad que su fuego eterno. Allí es donde sus andanzas terminaron lo que jamás madre imaginó lo que en su vientre llevaba.

El José Mari era lo más peligroso del Barrio Chino en aquellos oscuros tiempos de confusión social y política como se ha dicho. El José Mari era hombre de alma destemplada y más peligroso que el Galiano. Decían que había matado a un negro en una pensión sólo por mirarle fijamente a los ojos. Aquella tarde era un poco aburrida en el barrio, no había mucha actividad ni malicias fructuosas ni oportunas que realizar. El José Mari tenía varias órdenes

de busca y captura, pero como estaba bastante loco y desequilibrado, él se escondía en el barrio como el que se confina en un convento, sintiéndose como protegido por unos callados muros de cómplices maldades y al acogimiento de sus compinches y amigotes en el bar 4 Ases.

Horas después la policía lo estuvo buscando por todo el barrio por el asesinato del pobre negro que pringó su vida en una mugrienta pensión. En éstas, que el José Mari se encontró con un coche patrulla de frente, le dieron el alto, él salió corriendo, los policías salieron disparados detrás de él también corriendo, y como el José Mari corría más que ellos, dio la vuelta a la manzana, llegó a la altura del coche de policía, se montó en él. ¡Y se lo llevó el tío! Riera Alta abajo con la sirena encendida y todo. Al final dejó el coche policial abandonado en el barrio portuario de la Carbonera. Y ni corto ni con vergüenzas que le asustasen, acabó llevándose del coche policial, dos subfusiles con munición y todo, y también la emisora de radio. Aquello fue muy sonado, muy tremendo por qué él era de una malicia consignada y sellada por el demonio. Mil veces había engañado a la muerte, mil veces la había esquivado, para al final convertirse en una historia y leyenda desgarradora del Barrio Chino más negro y criminal.

Al final lo detuvieron al amanecer en el bar: “Los 3 Tombs”, - Un bar cercano al barrio- aunque unos momentos antes había atracado a un tipo en la calle para pagarse el desayuno. Cuando el mal se revela y se transmuta adquiere una conciencia podrida y devastada como una estatua de azufre. El delincuente criminal se hace a su alma que le abriga oscuramente como una toga y le protege de su bajeza de forajido, cubriéndose con su villanía como lo haría un manto con el desnudo cuerpo.

Cuando el inspector que lo detuvo le mostró la placa para identificarse, a éste le temblaba la mano, porque sabía con quien se estaba jugando los cuartos. El José Mari les dijo a los policías que si le dejaban acabar de almorzar tranquilo se entregaba y todos en paz. Y así fue. Se conoce que ya estaba cansado de hacer el mal del crimen por aquél día y decidió ir delante del juez bien comido y bien bebido. Aquello pasó a los anales de la historia más oscura y negra del Barrio Chino.

Los puteros habituales y los muebles del barrio formaban parte de la historia antropológica y arquitectónica de la barriada. Aquellos edificios servían como una falsa moneda de cambiar sexo por dinero, que disfrazaba con bajos instintos lo que se intentaba adornar con curtidos cuerpos que se ofrecían al postor del putero merodeador y buscón de la renta más mísera a cambio de un rápido polvo, para pasar unos momentos de fornicación que arrastraban unos besos agrios como el vinagre y que parecieran que pidieran caridad viciosa de la prostituta que pocas salidas tenía. En aquellas pensiones se ofrecía la ocasión favorable de las sucias caricias del oscuro vicio, de aquellas pieles femeninas curtidas al raso callejero que se dejaban acariciar por unos cuantos duros. El putero habitual solía salir del mueble entre una rara simbiosis de cara de plena y radiante satisfacción y un punto de sentimiento de culpabilidad, notando en sí mismo la plenitud y el placer más vulgar del vicio que se expulsaba por el canalla prepucio. Mientras, a la prostituta barata y marginal, se le derramaba algo parecido a una lágrima de rabia clemente por la mejilla, como si estuviese pidiendo compasión. Y un lazo de niebla difuminada y tristemente desdibujada parecía que la envolvía en su sucia y pecadora alma como una culpa inmerecida, como un error desacertado que le marcaba el

alma a fuego y miseria; que olía a azufre, a sulfato y a ácidos menesterosos que le corroía las costras de su alma. La marginación duele como el filo punzante de la navaja oxidada. Mientras, a veces, desde las vidrieras sucias y mugrientas que daban a la calle, se escuchaban los sollozos de un trémulo pesar de aquellas mujeres llamadas: “de la vida”, fríos en invierno sus cuerpos como un mármol desnudo, de unas mujeres que nunca fueron tratadas con la benevolencia que da la bondad de la comprensión.

- ¡Serán putas! ¡Yo a éstas las espabilaba rapándolas como a perras sarnosas!

Nosotros nos poníamos delante del mueble “La Paloma” para contar los clientes y las putas que subían a las habitaciones a fornicar. Hacíamos apuestas a ver qué puta se hacía más clientes. Había una de Sevilla; una morenaza de unos veinte y pocos de años con un cuerpo macizo como el alabastro, como ese canto pulido que suele vestir las estatuas y los monumentos más hermosos. Aquella andaluza de mil sabores sevillanos y de olor a azahares no daba abasto en su menester diario, y tenía una cola de espera que le aguardaba para saborear por unos momentos – previo pago, claro- su cuerpo de ninfa callejera deambulante y fornicadora.

- ¿Qué te apuestas a que la *Sevillana* se sube a más de tres tíos en una hora?
- Pues yo creo que la portuguesa rubia, que es más guarra y la chupa sin condón y más afición; le gana.
- Te apuesto veinte cromos de *Mazingher – Z* a qué no.
- ¡A ver esos cromos, listo!

Aquella tarde perdí veinte cromos de *Mazinguer-Z*, y todavía me tuve que endeudar con un surtido de lustrosas canicas. Hay putas que te pueden fallar. Yo no lo sabía.

Mientras tanto la policía de paisano iba preguntando muy discretamente en el barrio por aquél sujeto que se acercaba a los niños para quitarles sus infancias de colores. Aunque todavía no habían sacado nada en claro, ni tampoco ningún hilo demostrativo del que tirar para llegar al depredador infantil que mutilaba las inocencias. Mientras, Eusebio Candelas parecía que ya tenía alguna pista para la policía que sabía que andaba un tanto despistada. Sospechaba de un sujeto merodeador que ya había visto en algunas ocasiones escondido detrás de una máscara perenne de normalidad, pero que le daba muy mala espina. ¡El maldito señor de los caramelos! Pero le faltaban pruebas y más que evidentes conjeturas para darle cacería. ¡No se podía equivocar ni errar en su intuitivo y sagaz cometido! Y pillarlo *infraganti* tampoco era de su voluntad, pues eso querría decir que ya se encontraría con el mal; otra vez, cara a cara, y esta vez no habría lugar ni excusa que como un credo propio ejerciera la mano justiciera porque ya avisado estaba por la policía. Tenía su miedo por si antes de su andadura por el sendero del tiempo, irremediablemente podría volver a ocurrir lo que no debiera; quitar una vida como compulsión de otra. Eusebio Candelas sabía que la constancia y el empeño voluntarioso ayudan a que se descubran las verdades que se esconden como males embalsamados. Y como los cuatro puntos cardinales todo tiene un rumbo y un destino, una penumbra y una luz, él no se daba por vencido ni su tiempo mal empleado. La metamorfosis de la salvación es impía, un cambio poco probable, porque las almas negligentes y malvadas que

perturban gravemente al semejante acaban siendo un día poco diligentes y excesivamente confiadas. Entonces es cuando quedan al descubierto como el pellejo de una sombra visible y desnuda que ni el vigilante de las tinieblas podría ocultar los pasos que pisaba. ¡El abusador de niños estaba al caer! Esta vez la justicia debería reparar la máquina defectuosa del pederasta vil y de maldad tan irracional como una esponja que llora sangre inocente y candorosa, para que el deseo de venganza se vaya infecundo y se olvide esa voz tiránica y séptica de difuntos que clama revancha. ¿Ley es ley y había que cumplirla!

Aquél año vimos por primera vez la película: “El Exorcista”, mítico filme del género de terror, y nos acojonamos como unos críos mocosos y miedosos. Aquella película daba miedo de verdad. ¡Qué caray!

- ¡Hija de puta la niña! ¿Has visto como rebota en la cama la cabrona?
- ¡Coño, y vomita mierda y todo!

-Yo creo que el Bruce Lee le daría caña al demonio. ¿Tú qué piensas?

-Hombre, no sé yo, ¿eh? Que esta niña se parece a la hija de la Carmina -la puta- de la mala hostia que tiene.

El Padre Karras –el de la película- se parecía un poco al cura de la parroquia del barrio y, un día, le gastamos una broma de esas pesadas. Le pusimos zumo de tomate en la pila bautismal y el pobre hombre se pensó que era sangre de verdad. Al final tuvo que venir la ambulancia y todo. Y claro, la policía, por antonomasia, también se presentó:

-¡El demonio está aquí, el demonio está aquí! ¡Ven con nos, ven con nos! –
Decía atemorizado el pobre hombre en un culto latín-

-¿Pero qué dice hombre? ¡Ande, ande, que ya tenemos una edad jefe! -Le decían los grises que se reían por la bajini-, mientras introducían al pobre párroco en la regia ambulancia para una cura de primera intención.

- Eso qué es: ¿Agua Bendita?

- ¡Qué dice hombre! Es agua oxigenada de toda la vida. –Le contestó el enfermero.

Mientras la ambulancia se llevaba a Don Vicente -así se llamaba el cura del barrio- nosotros nos llevamos el dinero del cepillo, más que nada, para que las monedas no cayeran en manos del demonio, que ya vimos en la película como se las gastaba el pollo.

En la calle de San Antonio Abad -que también era calle principal del barrio- había un estanco. La estanquera que lo regentaba era de joven parecer pero ya tirando a madurita granada, de unos treinta años; rubia y con porte de jamona de la época. La verdad es que estaba buenísima. Nos vendía tabaco porque en aquellos tiempos la ley del menor no estaba muy desarrollada, ni tampoco se daba mucha importancia a que un mocoso niñato echase humo de vez en cuando; sobre todo en bodas, bautizos y comuniones, donde los mayores se reían como cafres viendo como acababas tosiendo como un tísico. Todo era mucho más permeable y de porosa tolerancia al punto del ambiguo sentido común de aquellos mayores que se reían de todo. Aquella estanquera excesivamente bella y siempre bien vestida y perfumada como una ninfa descarada del estanco del barrio, era el sueño prohibido de muchos fumadores compulsivos y viciosos. ¡Daba gusto verle el escote a la estanquera! Siempre dibujaba una pícara sonrisa en su sinuosa boca de sus labios pintados de

carmín rojo putón, e iba con unos jerséis muy apretados y ajustados, marcando y moldeando sus deseosos y abultados pechos de ninfa de barriada. Aquellas tetas parecían unas dunas de terciopelo creadas por la sabia naturaleza, como si fuesen el néctar sabrosísimo de la mismísima dulzura y amarga a la vez. La estanquera era mujer maciza y muy agradecida de culo; de esas que se decían entradas en carnes, pero muy firmes y prietas como un melocotón de tacto de terciopelo. ¡Verla era todo un espectáculo!

Había hombres que no fumaban, pero con tal de ver el escote de la despampanante estanquera, le compraban una *Farias* o una caja de mixtos y decían que era para regalo. Seguro que más de un hombre de aquellos, casado y responsable padre de familia, almacenaba tabaco en su casa para la sorpresa de su esposa que sabía que no fumaba, o que igual, pensaba que se dedicaba al contrabando. Aquellas esposas crédulas y confiadas, amas de casa a la fuerza, con las que sus maridos hacían el amor por cumplir y consumir con la tradición obligatoria, pero pensando y fantaseando en su cachonda mente sin que se notase mucho en aquella rubia y sensual estanquera dispensadora de sellos; postales y labores del tabaco. Aunque al final, al ver que no era la despampanante estanquera la que tenían en su alcoba habitual hicieran gatillazo.

- ¿Ya está cariño?
- Disculpa nena, es que vivimos en unos tiempos de transición. Serán los nervios.
- ¡Qué triste, pero qué triste! ¡Ya no me quieres cómo antes! Seguro que estás pensando en otra.
- ¡Qué no mujer! Que tonterías de decir. ¡Por Dios!

En aquel pequeño y estrecho estanco de barrio humilde la tentación se presentaba a cada rato. Corrían aires de seducción un tanto palurdos e indiscretos, de miradas libidinosas que no se disimulaban demasiado, de piropos groseros poco elaborados y alguna mano en el bolsillo para tocarse en directo y, en primera persona, la polla fálica y escondida por detrás de la bragueta del pantalón. Aquellos hombres casados, cachondos y un poco sinvergüenzas, eran sombras de su propio vicio, porque tenían un frío y breve desvío lascivo calentorro y desenfrenado que les recorría todo su vicioso pensamiento. Y fumar en aquellos tiempos se entendía que no era excesivamente malo para la salud, sólo si tenías la tuberculosis o gangrenado un pulmón. Y el mismo médico del ambulatorio, -que solía fumar en la misma consulta con toda naturalidad- te aconsejaba que lo dejaras por ser hábito pernicioso y nocivo.

- Y si no fumo, ¿qué hago doctor?
- Coma pipas o chupe regaliz. ¡Y yo qué sé!

En aquellos tiempos muchas mujeres trabajaban de: “sus labores”, que se decía, mientras la mitad de ellas, a escondidas de sus maridos, se ganaban unos cuartos fregando suelos a escondidas para que no las vieses y poder llegar a final de mes con mucho esfuerzo y dolor en sus espaldas. Las mujeres de esa época intentaban casarse bien, para contentar a aquellas familias de estructuras católicas, asegurarse un futuro más o menos decente y de sobrevivir a la fuerte crisis mundial que empujó fuerte en aquella década de los años setenta.

En el Barrio Chino cuanto menos sabias de los demás mucho mejor. En estos barrios y entornos se aprende rápido a ver, oír, y callar. Y al chivato, al asqueroso y arrastrado “chota”, le hacían un corte en la mejilla con una navaja muy afilada y le decían:

- ¡Esto es sólo un aviso! La próxima vez te cortamos los huevos y matamos a toda tu familia. ¡Avisado estás!

En el cine Padró -ese que se podía fumar y comer bocadillos traídos de casa- se proyectaban las películas de el *Vaquilla* y el *Torete*. Después del canijo de Bruce Lee, estos dos fenómenos de la época eran nuestros héroes más cercanos. Superman y Spiderman eran como héroes mucho más tecnócratas; cómo más pijos y abstractos. Y todavía no existía la figura de Indiana Jones, ni tampoco la de el Matrix paranoico y medio lelo de hoy en día, que parece que vayan puestos de alucinógenos con historias de disparates futuristas y paranoicos que ni la mitad entienden. Aquellas películas de delincuentes juveniles, para nosotros, eran puro arte, eran el reflejo de nuestras frustraciones y nuestros miedos incomprendidos, eran la cercanía a una subcultura poco cultivada que se mostraba dura como la propia realidad. Eran la bandera de la generación de la heroína, de las drogas duras, del reciente naciente SIDA del que muy poco se sabía todavía. En aquellos tiempos, el fenómeno social de las bandas juveniles estaba de moda, y las persecuciones policiales detrás de un coche robado eran pura adrenalina, donde todos apostábamos siempre por el perseguido y deseándole mil males al perseguidor, - que solía ser la policía- atrapados probablemente por un condicionante de imitación y sucedáneo de la parodia social del momento. Era la época del cine “quinqui”, muy lejos de la línea de Scorsese o Stanley Kubric.

Decían que el Vaquilla «*tenía mucha labia y solía guiñar el ojo*». Un día se pasó por el Barrio y fue todo un acontecimiento, todos los chavales estábamos muy nerviosos y alterados por su inminente presencia. Aquella tarde nos pusimos nuestras mejores galas de pintas a nuestro anhelo, al vistoso pantalón de campana y al pelo greñado y de pelambreras desaliñadas. Todo ello combinado con un attrezzo de objetos y enseres para la ocasión, y mucha puesta en escena como una representación al molde de conjugar lo más cerca posible la caracterización del delincuente de barrio hecho a sí mismo y moldeado al aprendizaje del momento. Aquél día limpiamos nuestras navajas para que se notara que éramos delincuentes pulidos y muy aseados, agradecidos y de buen corazón; muy aplicados con el dogma manipulado y adulterado que representaban aquellos delincuentes mediáticos, que parecían adoctrinados con lecciones eternas de una manera de delinquir casi erudita. Para nosotros, era como si nos visitara alguien de Wald Disney o algún cantante panoli y medio lelo infantil amariconado y famoso de entonces.

El Vaquilla comenzó su carrera delictiva a los once años, cuando su familia se trasladó al Campo de la Bota, un barrio marginal de la Barcelona barraquista que los políticos intentaban normalmente tapar y esconder. Yo lo recuerdo. El Vaquilla se hizo famoso por robar coches y burlar con ellos a la policía de entonces a gran velocidad durante largas persecuciones, utilizaba almohadas y ladrillos para llegar al volante, pues por su corta edad y su baja estatura no le permitía llegar a los pedales con comodidad. ¡Criatura! Un buen delincuente siempre está formado por dos partes: una que hace y otra que le mediatiza para forjar su leyenda.

Los Chichos, Los Chunguitos y los Bordón 4 eran para nosotros como Arias de Bach o como Nocturnos de Chopin, pero en marginal transgresión de sus letras siempre de exclusión social y música marginal, muy separados del glamour de los pretenciosos liceos o palcos de butacas señoriales. Y los palmeros tradicionales, por imitación de los moradores de un cantar que sonaba con dolor y que solían estar en los bares sentados al revés de las sillas, eran para nosotros músicos de cámara con melena agitanada y peine detrás del pantalón ajustado. La fachada del bar 4 Ases era un escenario representativo y figurativo, mostrándose con un aire de noble canallería, pero como si fuera la mismísima puerta principal de Brandemburgo pero en marquesina calé de basto metraquilato.

Las puertas de entrada del cine Padró solían estar medio abiertas para ventilar la humeante sala producto del humo del tabaco, que como un fumadero descontrolado se asemejaba a una chimenea de antiguos tejados. Los tortazos y mamporros de nuestros héroes corrían por los aires de una manera y propiedad que casi se podían sentir en nuestros rostros. En el fondo, aquellas películas de delincuentes juveniles fueron un error, una falacia mal presentada al espectador urbano y crédulo que se dejaba llevar por lo mediático y popular de entonces. Pues Juan José Moreno Cuenca -El Vaquilla-, jamás supo vivir como un hombre libre y autosuficiente. Condenado desde muy joven a ser carne de prisión y de reformatorios, necesitaba de su apodo y de su estigma para sobrevivir a las presiones de su propia leyenda. El problema de Juan José Moreno Cuenca fue llamarse el “Vaquilla”, y flaco favor le hicieron aquellos periodistas y directores de cine de la época, que explotaron su imagen y sus destrezas hasta su alma a base de reportajes, qué, a veces, rozaban la

cooperación necesaria, haciéndose cómplices de su desdichada infancia. Para al final de sus días, morir de una miserable cirrosis con el hígado deshecho en la fría sala de un hospital, y acabando siendo caricatura de sí mismo. El “Vaquilla”, fue un icono que no se sabe muy bien; si fue héroe o villano. En eso siempre hay un doble filo por donde se pueden cortar las leyendas y los falsos ídolos.

Los bares del barrio solían estar bastante sucios y poco presentables por la clientela habitual acostumbrada a pocas ostentaciones y suntuosidades. Aquellos bares estaban inundados de colillas y restos de berberecho que olían mal, y sus embaldosados suelos apestaban a rancio y a un avinagrado aroma de los residuos de vino tinto y del barato. Residualmente se resbalaban por los cantos de los vasos cubiertos con una fina capa de grasientos restos de morapio peleón, que desprendía un hedor parecido a un estercolero urbano muy poco aseado. Hasta la lejía parecía un placebo inocuo e inofensivo para tanta mugre adherida a unos azulejos que, probablemente, jamás vieron la luz brillante del sol. En aquellas tabernas no había ni una pared blanca ni buenamente pulida, y ni mil espejos puestos en simetría hubieran reflejado un punto de aseo y pulcritud. Los lavabos eran auténticas cuerdas, sucios y con regalitos insospechados, de báteres oxidados y cristales incrustados en las paredes llenas de gotas de pintura de tiempos muy arcanos. Era aconsejable estar vacunado del tétanos por si acaso. Pero en el fondo, los usuarios de esas deslucidas viejas letrinas sentían como una extraña y tolerada comodidad, como un amor del ser y de su gusto por ampararse en esas condiciones anti higiénicas de la época. El papel de limpiarse el lustroso trasero era papel de periódico usado, mientras la bombilla que iluminaba aquellos retretes

mugrientos era cándida y apagada como una alma en pena. Por las tardes la luz indirecta que asomaba como un tímido haz de candela miserable del crepúsculo que daba a entender que dejaba caer el día, deslumbrando en el rostro de los habituales alcohólicos y borrachos que vagaban por las barras aceitosas y pringadas del barrio. Quizás absortos por olvidar sus enquistados malos recuerdos, caducos y viciados, que les consumían día tras día por dentro de sus almas moribundas y de sus corazones podridos y fermentados. No eran sino como un rastrojo del forraje del disimulo que tapaba las impotencias miserias crudamente y carentes de una perfección subcultural, de creencias y comportamientos que dominaban en aquellos hombres de taberna de aquellos años, de mondadientes en la boca y cigarrillo apagado en la oreja, como si fuera de reserva para en caso de necesidad encenderlo con un mixto raspado en la cremallera de la bragueta:

- ¿Chulo yo?
- ¡Anda que no!

En aquellos tiempos los bares y las tabernas cochambrosas del barrio eran cultura, eran filantropismo asociado a la virtud del hombre hecho y derecho, del macho español como una máxima universalmente aceptada y bien vista, de unos machos que se vestían por los pies, y se decían a sí mismos: hombres hechos y derechos. ¡Con dos cojones! La vida en el bar era como una existencia presente y autóctona, invadida de frustrados recuerdos o de un trozo de unas vidas amargadas que no daban para más. Lugar habilitado para la autocompasión donde las penas se compartían pero no se olvidaban. Como mucho se reciclaban. Como poco se tapaban o se cubrían las penas con un vino de la casa peleón o cerveza al punto de la cebada más drenada y

fermentada. Y de fondo espiritual, cientos de historias tristes y póstumas de delicadas vivencias personales que muy poco interesaban a nadie. Si hablabas de poesía te podían llamar maricón o medio mierda. Y la palabra soez, junto con la clásica irreverente blasfemia poco respetuosa, rebotaba por todos los rincones de aquellas tabernas como sentencias vaticanas salidas de aquellos labios alcoholizados y sarnosos. Allí se alcanzaba la plenitud de la criatura ebria y amargada por las circunstancias, actuando como la metamorfosis del borracho transmutado que nunca quiso dejar de serlo.

En esas tabernas de los años setenta se desplomaba una especie de neblina de humeantes sumideros. Eran como miradores de humeantes aires viciados. Mientras, las bombillas grasientas y pringosas iluminaban las sucias mesas y la pegajosa barra de curtida madera añeja castigada por el paso de los años. El deslizar de los vasos de chatos de vino y la bayeta que se pasaba por encima más por instinto del curtido tabernero que por la condición de la pulcritud. Era costumbre jugar a las cartas, al remigio, al siete y medio, al tute y al dominó. Se apostaban cinco duros (de los de entonces) para dejar pasar tristemente las tardes vacías y desocupadas y, con suerte, llevarse unas pesetas ganadas a la hueca fortuna. Eran hombres que no solían estar mucho con sus familias, con sus mujeres dóciles y obedientes, cuya profesión eran sus labores. Eran hombres que no enseñaban a pescar a sus hijos, que no daban tiernos besos en las mejillas, que no mostraban sus nublados sentimientos delante de sus amigotes. A veces acababan a hostias entre ellos mismos, en el bar o en cualquier callejón del barrio para ajustar cuentas de ofensas barriobajeras y desafíos varios:

- ¡Si eres hombre sal a la calle!

A veces se apostaba a ver quién aguantaba más bebiendo y retando al tope del límite hepático de la bilis del sabor más amargo, como si fuera un parachoques del hígado que era castigado tarde tras tarde como un púgil tísico y quebrado, abofeteado con golpes letales y directos al mentón. Nada era lo que se intentaba aparentar al momento que se le prestaba, y sus máscaras se mostraban disfrazadas de una arrogancia que rozaba lo ritual y que no les dejaban ver sus verdaderos rostros, mostrando sólo la visión tibia de la vida buscada por los rincones de algún taburete vacío, contando historias que a casi nadie interesaban pero que les diera algo de sentido a sus vidas prácticamente vacías de savia y esencia que les atrapaba como un nudo corredizo a la embriaguez casi diaria:

- ¡Que donde hay un bar hay vida!
- Que sí hombre, que sí. -Le decía asentando con la cabeza e infinita paciencia el tabernero de turno mientras lavaba los vasos sucios con una bayeta más sucia que el vaso en sí mismo.

Aquellos hombres llenos de duros rostros pasaban las horas eternas, que sólo el alcohol podía acortar, como una máquina del tiempo, que actuaba como una destilería natural y fermentada al inherente vicio. Se paraban a contemplar el pasar de los momentos perdidos y lisiados por sus malas cabezas de frustradas voluntades que sabían que con el tiempo que se les prestaba les iban matando poco a poco. Así transcurrían aquellas tardes de los hombres ya maduros del Barrio Chino barcelonés cuando acababan sus jornadas de sus pocos remunerados trabajos resignados y amoldados a sus limitadas habilidades y oficios. Los borrachos del Barrio Chino quedaban tapados por un manto de misericordia que evaporaba el alcohol ingerido como el agua sin

destilar: en silencio, en leve pausa, en un no se sabe qué estado de patética embriaguez. Nosotros, los niños, pensábamos que les había sentado mal aquel licor que por la garganta se embutían para esterilizar su alma. A veces se quedaban acostados como muñecos de trapo en un rincón de cualquier silla del bar como momificados, y parecía que sus abrigos llenos de parches al apaño hilado del zurcido les tapaban los remiendos por darles disimulo envolviendo sus cuerpos como si estuviesen cubiertos con túnicas santificadas, y que poco a poco, sin mucho fingimiento, desintegraban y hacían polvo sus castigados hígados por el vil etanol ingerido a diario. Los borrachos formaban luego unas extrañas figuras en forma de volteretas, eran como de una borrasca de viento furioso que parecía que iban y venían dando tumbos como un vendaval triste y desorientado. Se reían de casi todo, y cuando les daba por su parte más tierna y casposa, escupían al hablar y nos salpicaban con sus falsos y sucios abrazos.

Los chavales del barrio leíamos tebeos de Mortadelo y Filemón, del Capitán trueno y, si podíamos, alguna revistas subidita de tono de las pocas que había por entonces. Las tetas de Bárbara Rey eran muy veneradas y adoradas en aquellos tiempos, muy respetadas y alabadas, como si fueran un dogma o néctar sabrosísimo que todo hombre hubiera deseado saborear como fresa salvaje en sus impúdicos labios. En la calle Príncipe de Viana había una librería donde se podían cambiar los tebeos usados que teníamos por cinco pesetas. Llevabas el tuyo leído y lo cambiabas por otro que todavía no habías ojeado. El dueño de la librería era un cincuentón hombre de barba blanca con aires de erudito ilustrado solía fumar en pipa, que le daba un aire distinguido. Siempre nos miraba por encima del hombro. Aquella librería estaba llena de sabiduría,

de obras de sutiles calibres literarios, algunas de lomos nobles y preciosos, y de revistas eróticas de la época medio escondidas que en aquel entonces causaron una revolución de las libidos y de los instintos que hasta entonces estaban tapados como ásperos secretos que deberían llevar a la perdición. Aquella librería era una mezcla extraña y curiosa de mercadillo y ágora fermentada de colecciones biográficas desordenadas y sin clasificar pero a la vista de lo basto y chabacano de unas miradas de poco cultivarse. Probablemente no era lugar de la búsqueda de la cultura más erudita, sino más prosaica, pero nos servía para rellenar nuestra delirante infancia, como buscando un lugar de sueños lejanos y apartar nuestros malos pensamientos que se podían conjurar en un instante de distracción.

Leíamos también historietas de Anacleto agente secreto, de Zipi y Zape y del corto de vista y graciosísimo Rompetechos, un hombre bajito y miope cuya mala visión generaba numerosas situaciones cómicas y surrealistas, uno de los tantos y varios personajes del genial Felipe Ibáñez, un maestro del cómic más agudo de la época.

Aquel librero siempre nos miraba por el rabillo del ojo porque creía que lo íbamos a engañar o a robar, y siempre solía hacer extrañas muecas y ademán de desconfianza perenne. Casi nunca hablaba, como si fuese él el perfecto de los elegidos. Solo a la hora de cobrar te dedicaba unas secas y toscas palabras, cogía el dinero y no decía ni un Adiós. Yo creo que ese hombre, en el fondo, nos despreciaba profundamente; no por lo que éramos, sino por lo que aparentábamos ser. Aquel librero de barrio era un hombre desconfiado hasta la médula de su miserable existencia.

Siempre pensamos que aquel librero con aires de erudita fanfarronería escondía alguna tara de sombras oscuras que le quemaban por dentro. Quizás algún vicio de esos inconfesables y canallas que suelen pasar de largo a la parroquia que siempre suele ir a la suya. Aquellos libros se amontonaban como suspiros envejecidos, desordenados y sin clasificar, partícipes de su destino más banal y sin más orden de meticulosidad que cuando se hacía una limpieza profunda una vez al año. Ese librero se dedicaba a cobrar su duro con mucha avaricia para luego depositarlo en un viejo cajón de madera que siempre tenía vigilado como un cáliz sagrado en estado puro, y cerrado con su clausurada llave. Era un frío trueque entre un adulto y un niño, unos momentos de tiempos muertos y vacíos, de desconfianzas mutuas y de miradas por el rabillo del ojo:

- ¿Me cobra jefe?

No contestaba, sólo cobraba y nos miraba con un desprecio infinito bajo un barniz de indiferencia. Un día, para sorpresa de todo el barrio, se presentó la policía y le puso la librería patas arriba. Traían una orden del juez. Se comentó por el barrio que detrás de la trastienda tenía una extensa gama y colección de pornografía infantil. A veces, las apariencias vestidas de erudiciones de fanfarronería y chulería, eran como un manto que protegían la vileza escondida y encubierta por la falsa apariencia de algunas de sus gentes, de aquellos barrios peleones difíciles y hasta bizarros de convivencia plausible. Las miserias no suelen ser saludables y casi siempre atrapan al canalla rastrero por mucho que se esconda entre los oscuros y abrasadores escaparates de opacos infiernos. En el cristal de la apariencia murmuradora y de falsa beatificación se reflejan las degeneraciones disfrazadas del puritanismo más engañoso; pasan del patio immaculado de la hipocresía a las rejas selladas de

una cárcel donde harán memoria viva de sus falsedades purgando sus desveladas y descubiertas perversidades. La miseria y el vicio suelen ir cogidas de la mano. No siempre, pero casi siempre. Y estos sujetos con la fuerza con la que se les arrebató su libertad, por ser de justicia privarles de ella, a cada vez más alto y resonar de su miseria gritan su falsa inocencia. Pero el tiempo y las evidencias, que todo lo confirma y todo lo acredita, se encarga de poner las cosas en concordancia con la verdad. Y conocidos los defectos que avinagran sus almas, éstos se aminoran y se disipan como una acuarela bajo la lluvia, como un cuenco de sabores desagradables y para acabar refugiándose en su falso sufrimiento.

- Sólo soy un enfermo. Pido perdón.

Pero a Eusebio Candelas estos sujetos no le podían engañar, no le podían dar gato por liebre. Ni la más sentenciadora sabiduría popular del refranero le podía convencer de que sus actos eran hechos con la benevolencia y el bautizo del mal. Eusebio Candelas presentía que estaba bastante cerca de aquel pederasta que buscado estaba por la justicia y el barrio entero. Estaba tan cerca de él que podía oler su podrido aliento, estaba tan cerca que podía presentir su alma oscura y cobarde; tan cerca que deseaba su apresamiento y encarcelamiento que otra cosa no rompiera el desenlace. Eusebio Candelas sabía que los recuerdos se mueven y se encienden sin medida que les frene sin encontrar el fin de tantos daños y de tanto dolor adyacente, tan cerca como el fuego que quema a la lumbre de aquel mal que está presente en el árbol de la vida y que con sus raíces se vuelve otra vez, buscando un poco de sentido a su patética existencia.

Eusebio Candelas era capaz de patear todas las enredadas e intrincadas laberínticas calles del Barrio Chino barcelonés para dar una pista fiable a la policía que pudiera servirles para el presto arresto del pederasta, y que pudieran servir a disposición de la toga que debía juzgarlo con la benevolencia de la potestad de la norma. No la que se recibe del cielo sin saber de qué arte se ha pecado, sino por tan cercana desusada parte terrenal y que se pudiera aplicar con el oficio de los justos y no el de los evangélicos. Para eso siempre hay tiempo futuro, para que se les reciba como se merecen.

Un día el Galiano se presentó en el barrio con una ambulancia. ¡Sí, con una ambulancia de verdad! Eso sí, tuvo la cortesía de dejar al pobre y enfermo tullido en una silla de ruedas en la acera y le dijo:

- ¡Perdone jefe!, es que me he de buscar la vida.
- Haga, haga. Pero por favor, ¡no me quite el suero que me jode vivo!

Aquél día nos lo pasamos muy bien viajando en aquella ambulancia robaba. ¡Muy cierto! Fuimos dando vueltas a la manzana por todo el barrio, y cuando enfilaba por la calle San Antonio Abad -que era la más larga y transversal- pisaba el acelerador a fondo y ponía la sirena a toda hostia. La gente se apartaba con trémula aprensión y de aquella sorpresa folklórica que les desorientaba, abriendo las ventanas de par en par de la situación más surrealista y de cómico acontecimiento. Mientras nosotros nos partíamos el pecho de la risa que nos entró.

- ¡Que chavales!, ¿disfrutáis?
- ¡Y tanto, eres la hostia Galiano!

- ¿A que sí? Pues mañana haber si me “hago” uno de bomberos.
- ¡Con mangueras y todo!, ¿eh?

Al final, al Galiano se le fue la dirección dando un volantazo por esquivar a una vieja gitana que en esos momentos cruzaba la calle, y acabó estampándose y estrellando la ambulancia contra la farmacia de Doña Luisa, que era la farmacéutica del barrio. Entonces tuvo que venir una ambulancia con sanitarios de verdad. Aquello daba un poco de risa verlo y hasta rozaba lo surrealista y kafkiano, porque se veían dos ambulancias: una estrellada y la otra recogiendo seis niños partiéndose de risa, meándonos de satisfacción y alborotando a todo el personal que allí sorprendido estaba.

- Pero hombre, ¡A quién se le ocurre! –nos dijeron los policías ¿Es que sólo entendéis la ley del palo? Es que siempre tenemos que venir por vuestras trastadas. ¡Que tenemos faena de verdad!

No nos hicimos mucho daño, solo algún rasguño aparente, para acabar todos declarando en la comisaría de Doctor Dou, que era la comisaría del distrito, y que ya estaban acostumbrados a estas travesuras y peripecias de gamberradas al uso del medio delincuente poco hecho y medio aliñado todavía por hacer.

- ¡Un día de estos se me van a hinchar los cojones y os voy a enviar a un reformatorio a todos! –Nos dijo el señor comisario-

El Galiano pudo darse a la fuga y estuvo más de quince días escondido en su casa hasta que se enfrió la cosa. Vamos: esperando a que un clavo quitara a otro clavo. Se tiñó el pelo para que no lo reconocieran y cambio su manera

de vestir para dar esquivo a la pasma que lo buscaba por robo, desperfectos y daños en vehículo sanitario.

Recuerdo como si fuera hoy que como no siempre teníamos dinero para comprar o alquilar tebeos, nos hicimos socios de la biblioteca del barrio. Aquella biblioteca era un espacio lúdico y de acomodado refugio de recogimiento infantil. ¡A fe que sí! Yo creo que la construyeron para que no estuviéramos vagabundeando por las calles y haciendo maldades todo el día. En aquella biblioteca debías de permanecer en silencio bajo norma estricta y disciplinada. Pero claro, unos niños cafres de trece años y de barrio era misión difícil que se estuvieran eternamente quietos, y mucho más en monacal silencio. Empezábamos leyendo más o menos tranquilos historias de Tintín y de Julio Verne, y acabábamos jugando al escondite en la misma biblioteca. El conserje, que era hombre de autoridad y con muy mala hostia, había sido guardia civil de los antiguos, y acababa casi siempre persiguiéndonos por toda la diáfana biblioteca echando toda clase de maldiciones por la boca, e impotente hasta el agotamiento de su propio combate personal por no poder darnos alcance debido a una minusvalía en la pierna que le retaba al correr.

- ¡Dadme los carnets cabrones! ¡Os voy a expulsar de aquí para siempre!
Esto es para chavales que quieran cultivarse y aprender de verdad.

Aquel conserje ex guardia civil también había sido sereno de noche, tenía muy mala leche y un muy mal perder. Era hombre muy recto y disciplinado, poco empático con los niños y casi siempre iba por la vida cabreado. Tenía también una úlcera de estómago que lo estaba corroyendo por dentro, y su

dolor lo somatizaba dando capones de vez en cuando al primer chaval que le tocaba los huevos:

- ¡Os voy a *hostiar* a todos, mamones! ¡Estaros quietos de una puñetera vez!

Nosotros le solíamos alzar el vuelo de su cabreo potenciando su ira desmedida. Después, salíamos corriendo como almas gamberras y de traviesas fechorías, porque al final los tebeos de Tintín acababan volando por el aire como confeti al viento. Jamás recuerdo a nadie haber cogido un libro de matemáticas o de física básica. Aquella biblioteca era para nosotros como la tasca infantil, la taberna de criaturas inmaduras que suplía a la de nuestros alcohólicos padres, un lugar de encuentro y congregación de niños traviesos pero sin alcohol de por medio ni ejemplos taberneros a imitar.

La señorita bibliotecaria era una mujer solterona de unos cincuenta años, sufría de los nervios y le daban ataques de ansiedad si los decibelios de los niños superaban el máximo permitido de sus oídos. Un día, le explotemos un globo de esos de broma por detrás de donde estaba sentada en su dilatada mesa habitual, para hacerle burla y no el mal, mientras la pobre mujer estaba concentrada en su silencioso mundo de reposo. Tuvo que venir la ambulancia y todo del susto que se llevó la pobre señora María, -que era el nombre de la sufrida bibliotecaria- y que estaba en tratamiento psiquiátrico por lo que ella decía: “los nervios”. Se rumoreaba, que en la guerra civil cayó una bomba cerca de su casa, y eso le produjo un efecto post traumático que la martirizó durante toda su estresante y nerviosa vida. Se hizo bibliotecaria por no hacerse monja Franciscana Clarisa que era oficio más austero y fuera de juego de

libidos y tentaciones varias. Aquella mujer sólo deseaba saborear la delicia del silencio y de la paz dentro de su sien. Pero no contó que los niños, a ciertas edades, suelen tener una golfería y crueldad innata que prima sobre la mente infantil que no acaba de meditar del todo. Y la explosión del inocente globo le hizo rememorar el momento fatal de la explosión del obús que cerca de su casa cayó en plena Guerra Civil. Aquella mujer clamaba al cielo lo que iba a pagar con el tributo de su salud:

- ¡Ay, otra bomba! ¡Otra vez, que me da!

Aquel día, el conserje ulceroso y enormemente retirado del benemérito cuerpo militar iba a por nosotros de verdad, parecía que deseaba nuestras cabezas como valiosísimos trofeos. A veces pienso que si nos hubiera cogido aquel día por la pechera hubiera habido una desgracia o infanticidio consumado de esos que salían en los periódicos. Hubiéramos acabado saliendo en primera plana como víctimas colaterales de un ataque de ira irremediablemente descontrolado; unos niños estampados contra la pared y empalados con las ganas del verdugo vengativo infanticida que clamaba a los cielos maldiciendo nuestras infantiles almas. Aquello superaba su sano juicio y su límite de la paciencia más estoicista.

Aquel año era de mundiales de fútbol, de amantes del deporte nacional por antonomasia en la España que se iba remodelando como un cubo de Rubik en manos de permutadores políticos, de las muchas caras y colores que aspiraban a llevar las riendas de una sociedad con aires democráticos medio recientes y recién llegados. El fútbol solía catalizar las preocupaciones y todos enmudecían por unos livianos momentos. La mascota de ese mundial

fue *Gauchito*, y la pelota oficial sufrió un cambio revolucionario con la aparición de la Adidas Tango. ¡Una pasada! El matador Kempes -que también jugaba en el Valencia-, biselaba por la cancha como un ángel maravilloso con sus regates y sus goles casi imposibles. También en aquel mundial participaron consagrados futbolistas internacionales de la época como: Johan Neeskens, Zico, Dino Zoff y Mario Kempes, además de Michel Platini, Karl-Heinz Rummenigge y Paolo Rossi. Eran los primeros partidos de fútbol que veíamos por una televisión en color. Aquello parecía pura magia acromática, pura prestidigitación de la tecnología más avanzada, y que comenzaba a evolucionar como la libertad o como el que se revela de una tirana sumisión, dejando al televisor en blanco y negro arcaico y primitivo, para conmutarlo como la evolución del capullo a mariposa por el de nuevos vivos colores cromáticos de libertad. Nos reuníamos en el bar 4 ases y, como éramos del barrio, nos sentábamos en un sofá poco cómodo que estaba en la entrada debajo del televisor. La chiquillería del barrio –como se ha dicho- estábamos bastante delgados y cabíamos hasta doce chavales juntos, uno casi encima del otro, amontonados en aquel mugriento sofá del humeante bar apretado como los labios de una adolescente cachonda. ¡Pero cabíamos! En aquellos tiempos España era eliminada a las primeras de cambio, no como ahora que ganan a veces y todo. Después nos íbamos a hacer nuestro propio partido de fútbol infantil animados por las ansias e ilusiones de parecernos a aquellas estrellas del fútbol. Íbamos a jugar a la Ronda de San Antonio que era espacio abierto y de acerados dispuestos al entretenimiento del balompié callejero. En aquella ancha acera dábamos margen a nuestra imaginación infantil, intentando imitar a aquellas estrellas del fútbol del momento y de aquel inolvidable mundial de

Argentina en 1978. La gente, normalmente, después de su equipo solía animar a Brasil, ese fútbol samba que tanto encandilaba por aquellos años setenta. Jugar a pelota en la calle era costumbre muy arraigada y de común tradición entre la chavalería de entonces, sudábamos como pollos asados y corríamos como liebres acosadas por un cazador torpe y zopenco. Antes no había videoconsolas ni ordenadores personales donde apoltronarse e ir ganando peso paulatinamente como un gorrino. Para mí, que quemábamos calorías noche y día, igual por eso todos estábamos tan delgados y la obesidad infantil no se daba, porque a la que comías una tostada con *Cola Cao* o un poco de pan con aceite lo quemabas corriendo y saltando como una rana cansando aceleradamente nuestros nerviosos cuerpos. Gracias a nuestras madres no pasábamos mucha hambre, pero había que ver como las pobres se las apañaban e ingeniaban para poner algo caliente y con fundamento en la mesa cada día, estirando sus discretas economías como si fuesen contables de un capital familiar casi ilusorio y muy discreto.

Arriba de la montaña de Montjuic de Barcelona había una fortaleza militar, más conocida como Castillo de Montjuic. Durante la represión franquista fueron ejecutados más de 4.000 presos republicanos y catalanistas en aquel castillo. El más conocido fue el presidente de la Generalitat de Catalunya, Lluís Companys, el 15 de octubre de 1940. Y no muy lejos de aquél castillo fortificado y de muros de testigos mudos de fusilamientos y barbaridades políticas históricas pasadas por las armas, estaba el parque de atracciones más modernas y clásicas de aquella Barcelona gris y pragmática que se resistía a olvidar los pasados fermentados, que ni la furia del viento apagará el odio que quedaba enquistado como un drama que no se perdonaría ni olvidase

en el tiempo. Las balas del fusilero es lo que devora la carne quemada del pecho del ejecutado por el fusil cómplice siempre a la orden del que ordena la ejecución, normalmente castrense, invulnerable a la piedad y al sublime perdón que en ningún manual de piadosa milicia aparece. El parque de atracciones de Montjuic lo debieron de poner allí, supongo, que para compensar los fusilamientos y otros ajusticiamientos en nombre de la patria y de otras barbaridades de años pasados. Como era costumbre por nuestra condición de niños pobres y marginados, no podíamos pagar la entrada y por eso nos colábamos. Nos metíamos entre el enrejado que rodeaba al recinto y nos deslizábamos por debajo de la verja como lagartijas, alcanzando casi siempre nuestro objetivo de ser moradores infiltrados sin pagar tributo de aquel ahora desaparecido parque de atracciones de Barcelona capital.

Nos gustaba mucho “La casa de los espejos”, porque nos empezábamos a perseguir unos a otros y nos acabábamos chocando y dándonos un tortazo contra nosotros mismos o sea, contra el espejo. Al empleado del tren de la bruja lo teníamos medio amargado, y cuando intentaba asustarnos en el túnel-ese era su oficio-, le decíamos:

- ¡Pringado, travesti!

Aquel hombre caracterizado de bruja muy a su pesar, con más intención y voluntad que gracia y fortuna del oficio de ridícula imitación de expresiones, mostraba gestos casi cómicos y poco asustadizos. Se encendía como una llama avivada por su mal carácter y su largo cansancio llamándonos “hijos de puta” en voz alta. Así, en seco. Y en vez de darnos livianamente con el cepillo de la escoba nos atizaba con el palo con rabia y con infinita ira, nos apaleaba

hasta rabiar y con la frustración desmedida de su curioso oficio. Un día, le quitamos la escoba en el túnel de aquel trencito de feria y acabó perdiendo totalmente los nervios, y comenzó a perseguirnos por todo el recinto fuera de su lustroso tren de mentira. Más que una bruja, aquel hombre parecía un psicópata que se le habían fundido los fusibles y presa de los reflejos que mostraba su patético rol, dejándose llevar por un instinto animal de voz doliente y de venganza infinita:

- ¡Maldad, mucha maldad es lo que tenéis. Cabrones!

En la montaña rusa nos lo pasábamos en grande. Aquella troqueladora de grandes toboganes de hierros retorcidos y endemoniados ascendía hasta llegar a su cima, para después siempre caer a plomo e inercia de su lastre. Escupíamos a los que estaban abajo, que parecían marionetas en pausa de su real existencia. Parecían personajillos de figuritas de juguete. Los estómagos se contraían cuando aquello iba para abajo y el Manolito, “el niño enfermito”, que también tenía problemas de lactosa para añadir a su extenso cuadro patológico, vomitaba al aire y salpicaba a los de atrás.

- ¡Manolito, coño!
- Es qué no me he tomado el Primperan.
- ¿Pero qué dices? ¡Qué asco de pavo!

Pero las escopetas de aire comprimido, como se sabe, eran nuestra debilidad y delirio. Esas escopetillas de feria estaban tan tramposamente manipuladas que apuntabas a la diana y el perdigón se estampaba dando en la de al lado, porque estaban manipuladas como naipes marcados y tramposos. Eso nos cabreaba y para no aburrirnos tanto, acabábamos disparándonos

perdigonazos entre nosotros, como aquella vez en la montaña que nos detuvo la policía. Una vez, el Manolito –el de los problemas de lactosa-, se llevó un disparo en la cara y, a poco más, le sacamos un ojo. El pobre Manolito, que solía recibir por activa y por pasiva era el pupas del grupo. Y como también tenía asma, para completar su cuadro patológico de niño enfermito y delicado, cuando nos perseguían era el primero en ser trincado porque se ahogaba como un pavo cuando corría. El Manolito, dos años más tarde murió de un sarampión mal curado. Descansa en paz Manolito. Jamás te olvidaremos. ¡Te recordamos con lástima!

Las calurosas tardes de verano del barrio, tan calurosas, tan húmedas como brisas de calimas, como besos del Eros más cachondo y vicioso se abastecían en el tiempo que duraba el estío para el disfrute sencillo y muy tosco que a veces rozaba lo ordinario. En los tejados se subía a tender la ropa o a tomarse una cerveza o refrigerio, comer unas anchoas o unos callos del bar del gallego, a hacer charla o tertulia, y a ver a las mujeres en camisón enseñando lo que se imaginaba y a más de uno se la ponía dura. Era ceremonia para celebrar lo digno de la pobreza y del salir para adelante día tras día. Aquellos tejados eran espacios ideales para el chafardero y el arte de murmuraciones varias, como si todo ello lo disfrutaran en tribuna, como en una gracia elevada de la indiscreción desde donde podían contemplar como un bello espectáculo al resto del vecindario, que sin siquiera proponérselo, estaban desnudos al murmuro y a la exposición de sus escaseces casi aceptadas.

Mientras se tendían las ropas en aquellos tenderetes apañados con cuerda de sobrantes de alambre o cuerdas de persiana, aquellas mujeres de profesión sus labores tarareaban el rumor de un cante claro con sonido de inocente

espontaneidad, sin saber de cual arte les iba a transcurrir su futuro con ganas de cambios y libertades ¡Soñaban con ser mujeres libres e independientes! Las sábanas lavadas a mano y exudadas de sus pecados y secretos de una alcoba compartida, a veces por obligación más que por verdadero amor, eran secadas por el aire poco claro y viciado de la barriada barcelonesa que se mostraba como un incomparable privilegio de ver la pobreza de cerca, de un lugar, de un momento, de unas miradas que no sabían engañar a la verdad.

En el fondo aquellas mujeres de los años setenta buscaban un rato de felicidad, un espacio de reflexión suyo y propio, no muy lejos de aquellas estructuras sociales que las convertían en hembras sumisas llenas de defectos, pero lo suficiente para olvidarse unos livianos momentos de su status de obreras caseras y obedientes hembras y buenas esposas del momento. Aquellos tejados, para ellas, era como una isla que les exiliaba por unos instantes de lo que habitualmente estaban rodeadas: de mucho machismo y de miserias vistas casi a diario.

Algunas tardes de esos veranos nos íbamos a jugar al Mercado de San Antonio, porque a esas horas las paradas de abastecería estaban casi todas cerradas. Y para nosotros aquello era como un parque temático de los de ahora, pero en curtidos tenderetes y superficies bastas de unas paradas con tejadillos como anfiteatros ruinosos, a plano esbozado de matizadas sombras de: pescaderías, charcuterías y fruterías de aquellos comerciantes de avituallar al personal al por menor. Con gomas elásticas de esas de pollería que cortaban el aire nosotros las hacíamos apañar como operativos tirachinas. De munición usábamos unos pequeños clavos en forma de gancho, porque

solíamos jugar a cualquier cosa que no nos costase dinero. En aquellos tiempos nos las teníamos que ingeniar dándole a las rebuscadas neuronas y a la infantil imaginación, pues las rentas de un niño del año 1978 eran muy discretas y limitadas. Los juegos de calle urbanos y callejeros eran de lo más diversos: la *charranca*, el clásico escondite, el “polis” y “ladras”. Eran juegos con infraestructuras y operativas muy básicas y sencillas, pero muy gratificantes y entretenidos que oscilaban entre lo lúdico del juego callejero y un tanto de crueldad asumida. ¡Todo quede dicho! La imaginación de un niño puede ser infinita e inagotable fuente de trastadas varias.

Aquellas inolvidables tardes en el mercado municipal endurecían y curtían nuestras infantiles pieles a golpe de munición de papel prensado o pedrada dada al afino del juego. Y de vivaz rojo amoratado quedaban nuestros pellejos que sufrían las virtudes de la travesura. Triunfar en la batalla de la infancia no siempre es fácil, porque cuando eres niño no sabes cuánto vas a durar, y el alma suele sorprenderse por cualquier cosa. Después, con el transcurrir de los años, te das cuenta de que la liviana infancia pasa deprisa como el viento, o como la quietud que al final acaba navegando apresuradamente por las venas del niño travieso y aceleradamente activo, escapándose y cerrándose en claustro sobre sí misma para siempre, abriendo paso a la desorientadora adolescencia, que es otra dimensión totalmente distinta en medida de su periodo y desarrollo. Confundidora y turbadora -eso también es verdad- que desorienta al niño que comienza a huir de su infancia virgen y candorosa camino de la edad adulta, que se avista con un horizonte borroso.

Cuando llovía en el barrio las gotas de agua se estrellaban en los duros adoquines del suelo de la calle como trozos de un cristal decorativo. Las gotas

de agua se posaban irremediablemente en el duro suelo, para repetir y volver a repetir el suave sonido chispeante y agudo más alto que el tosco sonido de los agrios desagües. Para nosotros, ese aroma casi fermentado que olía a humedades y a aguas acumuladas era olor y vida, era como asomarse a un rocío urbano y vecinal. A veces, cerrábamos los ojos y sonreíamos como pensando: ¿Qué pasará dentro de treinta o cuarenta años?

Por caminos de lodos y sabores cannabinoideos la fragancia de aquel barrio era de húmedos alientos, de turbadas intenciones y de inconscientes ideas huidizas de malos pensamientos y de ardua malevolencia digna para mirarse por dentro y pulir sus cantos. Cuando se abrían las ventanas de los balcones y vidrieras que asomaban al Barrio Chino más popular y folclórico, casi todo se veía como entre bastidores medio disimulados; de opacos resentimientos y dudas, transparentes y nítidas esperanzas a veces. Las intimidades quedaban un poco al descubierto anulando algunos secretos, y como un paisaje de mosaicos desdibujados se mostraban las fachadas sucias e inacabadas, ya apagadas hace mucho tiempo por el olvido de restaurarlas o de darles un rostro engañoso más aseado y de pulcra apariencia. Macetas de flores, algunas hermosas y venturosas, se exhibían en los discretos balcones como un hermoso pensamiento. La ropa tendida en los tejados –como se ha dicho- de irregulares y de asimétricos embaldosados era secada por el húmedo viento; las antenas de televisión se alzaban como atalayas plantadas que se asemejaban como cruces clavadas a semejanza del Cristo Redentor. En esos terrados se escuchaban murmuraciones varias al punto de la severa crítica condenatoria para detener la palabra que a veces ofendía por ser parcial y

subjetiva. Gentes de barrio y murmuradoras sencillamente desorientadas que espantaban sus males como podían y como les dejaban.

En el barrio se interpretaba con la falacia del disimulo el ver lo que allí se cocía y desarrollaba con desafiantes miradas. Era como un lenguaje no verbal de significados expresivos intolerantes y pendencieros. Los andares chulescos y vacilones al caminar en forma del vacile más tendencioso, las *chupas* de cuero adornadas con mil anagramas e insignias desconocidas, los pantalones tejanos ajustados de chulescos ajustes al tobillo tubular de pitillo, zapatillas de marca para correr más deprisa, porque correr en aquellos barrios, era una virtud tan capaz como el son del juicio de valerse por uno mismo a cada momento, y no una vileza del sutil acobardamiento, porque tampoco no había muchos honores que manchar. Escapar siempre era una alternativa y no siempre huir hacia delante era mala idea, porque “darse el piro” no iba ligado a la cobardía ni tampoco al peor designio, sino a la supervivencia y a quitarse el *marrón* de encima.

Esas fachadas grises y a veces tristes del barrio mostraban un reflejo parecido de nuestras almas sufridoras y asustadas. Los portales estaban abiertos como una falsa confianza, mostrándose diáfanos como una iglesia, como un portal satinado de idiosincrasias particulares que cada cual interpretaba a su modo y a su ser. No todas las puertas se cerraban como fortalezas, no todas las cerraduras echaban la llave, no todos los visillos se escondían detrás de los revestidos balcones. Las sucias esquinas orinadas y manchadas de vomitivos purgantes formaban mugrientos paisajes perfilados al desdén de la carencia. Se mostraban rancias como raíces oleaginosas, donde podías hallar casi de todo: algún preservativo usado del putero que salió

deprisa de su acción fornicadora, alguna jeringa hipodérmica ya chutada por la vena del toxicómano moribundo que se balanceaba en su propia ruina del musgo verdinegro que lo decoraba. Era lo que la vista alcanzaba ver a la poca distancia del mirar indiscreto y poco mesurado, que se jactaba de poseer la verdad por un sueño que estaba muy lejano, de las hondas transformaciones que todavía se mostraban lejanas, de yonquis desaliñados consagrados a las drogas como si un dogma fuese la sustancia, como rezando en un altar vacío y sin imágenes a las que arrodillarse de leyendas imposibles, y con cadencias de mezquina ignorancia que matizaba todo aquello.

Bifurcando entre dos calles que transcurrían paralelas a su equidistancia transversal, en forma de hache, en nuestro barrio estaba la calle más pequeña de España: la Calle de la Duda. En la Calle de la Duda había sólo una fuente de dos caños de los que emanaban limpia, pura y sana agua. Era una callejuela de unos veinte metros de largo por unos dos de ancho, y no había en ella puertas ni entradas, ni umbral que marcara un principio y un fin. La Calle de la Duda estaba separada entre otras tres principales: Riera Alta, Príncipe de Viana y Cendra. Ésta última era donde vivía yo. La pequeña fuente que había en esa callejuela estaba empotrada en la regia pared de donde emanaban dos caños como única forma de vida, como una alusión a su presencia. Se llamaba Calle de la Duda porque nunca supieron de dónde procedía el agua que emanaba de la fuente y que creían que venía de lugares misteriosos. Nos subíamos a la pila de antiquísima piedra corroída por el moho de esa pequeña calle —el moho ya se sabe que es medida del tiempo— y nos mojábamos entre nosotros como si fuese una lluvia bajo ningún paraguas. También llenábamos globos hinchables con agua y nos los lanzábamos entre nosotros mismos. Los

estrellábamos en nuestras suaves pero curtidas pieles de niños de barrio trabajados al duro pasar de la infancia maquillada por una ilusión que nos hacía reír cien veces con cualquier entretenido juego. Hacíamos hogueras de escandalosa y avivada lumbre utilizando maderas roídas que encontrábamos por las calles colindantes, aunque no fuera fecha ni verbena, ni fiesta señalada en el calendario. También jugamos al “hijo puta”, que era juego de mayores, donde apostábamos nuestros más que discretos capitales. Parecíamos jugadores viciosos de un círculo infantil de apostadores resquebrajados por el vicio de la tosca avaricia que habíamos aprendido de nuestros ejemplares padres:

- ¡Cabrón, has movido el cubilete!
- ¡Que no, que te jodan! Que tienes un mal perder como tu padre.

Aquello a veces podía acabar como trifulca de fatal principio de pelea callejera. Sólo en nuestros juegos más intrépidos y de roles embravecidos, podíamos escaparnos de aquél entorno conflictivo y hostil que nos envolvía como un perverso manto. Nos abríamos de brazos para soltarnos al vacío de la imaginación y al agudo ingenio infantil. En ensoñaciones muy profundas solían dormir nuestras cándidas inocencias. Andar por el aire con la creatividad y la fantasía era como intentar escapar de nuestras duras infancias, de la vara injusta que mide la niñez enviciada y adulterada que se manifestaba sin culpa ni excesiva consciente transgresión. A veces, estábamos sentados en el borde de la acera como palomos con los ojos cerrados para no ver las desgraciadas realidades que, en el fondo, nos asustaban y nos mutilaban por dentro como el óxido lo hace al duro hierro. Ser niño en el Barrio Chino no era tarea fácil ni

empresa tan majestuosa como cuando de adulto se avista con otro prisma mucho más de sueños sin estrellas.

Recuerdo con una nostalgia agradable que había en especial una canción de un cantante francés que nos cautivaba en especial. Hasta nos aprendimos la letra de memoria y todo. Francis Cabrel era un cantante gabacho con una voz ronca pero de timbre armonioso, y aquella canción en especial, de lentos compases y letra muy pegadiza de románticas intenciones, nos cautivaba y nos transportaba a los más hondos primeros sentimientos infantiles de ansiosos amoríos. Aquella canción nos hacía sentirnos como grandes amadores y cortejadores de barrio. El poder de hechizar a las niñas del barrio era incitación para consuelo de nuestras nacientes libidos, y para tener nuestros secretos más íntimos en la medida controlada, que se iban adhiriendo sensaciones capaces de perturbar nuestros sueños. Era algo nuevo y de dejarnos llevar ante la idea de unos despertares que nos dieran más alegrías que frustrantes miedos.

En el barrio estábamos siempre a la defensiva, siempre a la “guait”, siempre al “loro”. La desconfianza era un mecanismo de defensa bastante efectivo por esos confines canallas de ciudad, de un barrio de temerosos secretos en la medida que se intentaban disimular. En el Barrio Chino barcelonés no era aconsejable bajar la guardia ni decir mucho en lo que pensabas, había que protegerse de la tentación de contar la verdad y del mirar para otro lado sin fijarse demasiado en las malicias que allí se sucedían. Lo que aprendes de niño queda permeable y grabado al fuego imperecedero, en canto y alma para toda la vida, y marca y remarca insistentemente vivo como un caudal de la ría que se lleva las aguas por caminos que desembocan en la desorientación

hasta llegar a la permeable memoria, que como una esponja porosa luego libera cual sombras evocadas recapitulando dentro de las mentes añiñadas e ingenuas que no suelen olvidar jamás aquellos tiempos vividos de la Transición española.

Había casi cada día, en un banco sentado de la ronda de San Antonio, donde solíamos jugar al fútbol como se ha dicho, un indigente tísico y tuberculoso con sus enseres y su carro destartado como única compañía y propiedad. Solía echar por la boca verdes escupitajos ensangrentados que salían como proyectiles de sus podridos e infectados pulmones. Aquel indigente enfermo y fastidiado tenía una mirada de luctuosa piedad, pero olía a muerte segura, a alma del otro mundo, a mártir de estructuras sociales desmontadas y vergüenza del sistema, que no acertaba en su praxis de tolerantes políticas sociales y convivencias. Antes no había tantas ayudas sociales, algún *Monte Pío* y Caja de Piedad, algunas monjas de derechas que les hacían comulgar sus pecados a cambio de darles de vez en cuando y bajo promesa de redención que por lo bajo les llamaban sustanciosos alimentos.

Si aquel indigente llevaba un esparadrapo en la mano, sabíamos que aquella noche la había pasado en urgencias de cualquier hospital tirado en alguna camilla maloliente. La miseria y la enfermedad siempre solían abrazarse en las almas más débiles y delicadas. A veces, a ese indigente, le dejábamos alguna peseta en su letargo, cuando se quedaba dormido por el cansancio asqueado de su existencia. No nos metíamos con él, porque nosotros éramos niños traviosos pero no de crueles nosológicas criaturas. Había una especie de nobleza en nosotros difícil de comprender, como un pacto de caballeros, que

actuaba como un placebo de natural esencia como soporte y creencia de que hacíamos el bien.

Cuando miro hacia atrás en el tiempo, un manantial de emociones me inunda el alma perenne y perdurable. Oigo como si me llamara una lejana y misteriosa voz afónica y sigilosa, y un regusto de aromas con sabores que no saben a nada, que son insípidos, que no son jugosos ni de succulentos recuerdos. Entonces se me reseca la garganta. Es el olor del pasado que te atrapa y que te estigmatiza la memoria, que no seduce ni anula la marginalidad y degradación que allí vivimos aquellos niños con necesidades aparentes de cariño y amor puesto en efecto. Solíamos ser gentiles y estar expuestos al abandono de nuestros mayores que a veces no daban más de sí. A veces teníamos que hablar con nosotros mismos, como en un triste monólogo que acariciaba la soledad más triste y afligida. Quizá era como una cura o remedio de supervivencia, una introspección infantil que no hacían más que recordarnos el espacio donde transcurrían nuestras existencias. A veces la vida pasa breve y deprisa, como una conquista efímera. Invariables son los destinos y crueles a veces los recuerdos del pasado, de a quien urge con el pretexto de esconderlo en algún rincón secreto de su alma, lugar seguro donde nadie le pueda dar alcance ni aprese para hacerle ningún mal. El presente nos hace un guiño con un ojo y seguimos hacia adelante como el tiempo cómplice que protege los muros más indiscretos. Sombra sobre sombra. A veces nos quejamos demasiado, a veces somos unos exagerados y unos histéricos. Para acabar escribiendo la última estrofa de nuestras vidas es necesario mantener el recuerdo, vago y solemne, que nos abastezca del temple preciso y vital, hasta que llegue la fortuna vestida de verdad al indeleble futuro, que nada ni nadie lo

puede gobernar ni dirigir a su deseo ni antojo del capricho. ¡Qué lástima que sea verdad!

El bar Cuatro Ases, templo y basílica del delito, comenzó siendo un bar familiar para acabar convirtiéndose en uno de los guetos más canallas del Barrio Chino. Aquel antro fue lo más prestigioso, célebre y académico de camellos, toxicómanos y habituales delincuentes más peligrosos del momento. En 1978 las drogas pegaron fuerte en la ciudad de Barcelona, en especial la heroína, que llegó a transmutar a la mitad de nuestros amigos en dependientes y peregrinos de la terrible y maldita sustancia, convirtiéndolos en zombis mutantes y en putos dependientes toxicómanos; por vía parenteral, o sea, por la vena, o sea, picándose, como más se conocía en el argot barriobajero, decenas de adolescentes caían en las garras del caballo, el jaco, el potro, el polvo... Tenía tantos análogos y argots como adjetivos desalentadores. Pero una sola manera de destruir, como el martillo pesado cuando cae sobre el yunque macizo del frágil mineral, frágil como la calcita efervescente. Cientos de vidas preadolescentes no llegaron nunca a la madura longevidad medio asegurada del adulto. Chavales que se consumieron como cirios que se dejaban arder como almas dormidas y olvidadas, sin haber podido vivir la fragancia de la flotante adolescencia, de la primera novia, del primer polvo juvenil que es el más hedonista y placentero. La policía tenía el barrio controlado y cercado como una fortaleza. Aquello parecía la Troya de Héctor, controlado y vigilado a la fuerza ajena de sus moradores. Patrulleros policiales que iban dando vueltas y vueltas, rondas y rondas al vacile y al quite del sospechoso habitual aunque no hubiera cometido más delito que el de criarse en aquellas calles de supuestos delincuentes arrastrados más por leyendas

que por punibles acciones. Por esta cuestión en forma de efemérides y trances circunstanciales de contenido injusto e irracional, a veces, en las redadas y batidas que se hacían habitualmente en el barrio por la policía, pagaban justos por pecadores, porque a todos nos veían casi igual y con la misma vara de medir, porque todos parecíamos sospechosos de algo, cómplices de alguna maldad ilícita que había que justificar en las estadísticas que fluctuaban en verso, que no rimaba ni con el trovar de todas las sílabas tónicas y romanceros del mundo. En el fondo, todo aquello nos daba mucho miedo y respeto, aunque nos camuflásemos con las máscaras del disimulo de niños duros y de falsos atrevidos valientes. A veces algunos policías nos intentaban utilizar como confidentes; putos chivatos con muy poco futuro y longevidad en esos entornos conflictivos, en aquellas calles medio oscuras y con olor a rancio, que se alimentaban de la delincuencia y la criminalidad. El perfil del delincuente común era de lo más miserable y desdichado, avalado por leyendas a veces falsas y a veces ciertas como manuscritos bíblicos. Todo era un injusto estigmatismo que daba por sentado la potencialidad del todo medido por la misma vara. Eran los elementos tóxicos que corroían como ejércitos de infantería por nuestras jóvenes vidas. El bar 4 Ases era peregrinación de muchos chavales inconscientes y alocados por el flipar y las ganas de ir colgados, que venían a adquirir sus cien duros de costo; de la barrita de cannabis aceitosa y aromática; del gramo de coca blanco como la cal y adictivo como el beso de una adolescente cachonda; del pico diario de la heroína que se metían sin demasiada aprensión por la castigada y hurgada vena del llamado jaco, mórfico y letal opiáceo, aletargante y mortal narcótico semisintético donde los hubiera. Aquellos chicos forasteros y no autóctonos del barrio venían de todas las

demás barriadas de Barcelona y alrededores, algunos del acomodo de las buenas familias, de la vida bien encarada y de la engañosa sana burguesía barcelonesa. Pero ellos luego se marchaban y nosotros nos quedábamos. Habían apostados los *aguas*: sujetos muy útiles y demandados por los camellos, que daban aviso de la llegada de la *pasma* por un discreto tributo que ellos se tomaban en forma de salario ganado al esfuerzo y a la total dedicación del estar a la que salta como un farero por si aparecía la policía. Todo estaba medio organizado y orquestado al punto del crimen medio planeado, a base de aprendizajes canallas y conformistas vidas al siempre arriesgado y expuestas al punible delito. El sucio dinero de la droga del barrio circulaba como un remanente de ratio financiero, que siempre alimentaba los mismos bolsillos de aquellos camellos con plaza propia y tenderete asentado, como si fuera un título o escritura de propiedad adquirida sin demasiados escrúpulos. El resultado era un cash-flow de entradas y salidas de caja en efectivo de economías delictivas rentables, resultantes del fruto y la liquidez miserable y barriobajera de las largas ganancias que solían dejar los malditos estupefacientes. Sin duda, aquellos pequeños traficantes de la época no debían hacer la declaración al fisco. Cosa insólita y de imbecilidad manifiesta hubiera sido tal acción.

El bar 4 Ases se acabó convirtiendo en el núcleo y símbolo de la delincuencia más despreciable y marginal de aquella Barcelona que luchaba por sobrevivir día tras día, noche tras noche, momento a momento, pero sin importar demasiado a las autoridades de entonces. Estaban preocupados por otras de desviaciones más políticas y de transiciones que les iban haciendo jaque a su propia jugada del tablero cuadrículado gubernativo que venían

empujando, para el pesar de aquel sistema endémico y enviciado que se iba apagando de su totalitarismo, y de sus recuerdos todavía tiernos y poco tolerantes de fascistas y de algunos militares con melancólicos recuerdos acostumbrados de dictaduras a golpe de sable.

Aquel cálido verano de 1978 la tragedia se vistió de triste y brutal luto. El 11 de julio de aquel año, un camión cargado de un fatal líquido inflamable y que olía a muerte segura de lejos en la carretera, al acercarse a un camping que estaba emplazado al límite de la Tarragona más estival y entretenida, donde tuvo lugar un gravísimo accidente por la explosión de este camión cisterna, que transportaba propileno licuado. El resultado fue de 243 fallecidos, más de 300 heridos graves, y la destrucción de la mayor parte del camping. Aquel hecho detuvo todo el país como si se hubieran parado todos los relojes del mundo. Veíamos por televisión las terribles imágenes. Recuerdo que estábamos alrededor de la mesa del comedor viendo las noticias, y cómo el presentador de informativos iba relatando los hechos que allí se produjeron con el horror y paso fugaz de la muerte, acompañándolo todo de terribles imágenes reales como la verdad más absoluta; de cómo habían quedado las pieles abrasadas y despellejadas de cuerpos estivales y desnudos como títeres abrasados, aquello fue un dolor inimaginable que penetraba como un alfiler de finísima angustia por nuestras retinas infantiles. En aquellos tiempos la información era a su hora. Ni antes ni después, a su debido tiempo. Aquellas estampadas y desoladoras imágenes quedaron grabadas en nuestras infantiles mentes como el sometimiento y la liturgia de la noticia catastrófica y más funesta. Y los relatos – como he dicho-, que los acompañaba al narrar del locutor, eran tan escalofriantes como espeluznantes. Luego, nos reunimos los chicos del barrio y

lo comentamos entre nosotros. A los trece años uno no tiene los conocimientos del perito ni del competente evaluador de desgracias y calamidades. Pero de alguna manera, ese triste hecho nos hizo despertar un sentimiento de solidaridad ajena hasta entonces desconocida en nuestras conciencias adolescentes. Unas emociones recónditas y profundas de nuestro ser natural e infantil. No eran emociones huecas, sino verdaderas sentidas con el sano corazón, del sentir más real.

En la calle, sentados en el acerado como palomos, lo comentamos entre la chavalería:

- ¡Vaya putada, te vas de vacaciones súper “guais” y acabas quemándote vivo!
- ¡Hombre! Pero eso no pasará siempre.
- No sé, mis padres nunca me han llevado a un camping.
- ¡Jo!, ni a mí. Siempre nos vamos al pueblo con mi abuela que es sorda y le tiemblan las manos porque tiene Parkinson.

Los niños de aquel barrio marginal también tenían emociones y sensibilidades. Y la palabra empatía, que no se utilizaba ni se conocía por aquellos tiempos aludidos, era sustituida por la ingenuidad y el venir de la aprehensión del mal, del otro lado más compasivo y caritativo del ser humano, que no siempre se degustaba al punto de la sensación normal del que ve sufrir al prójimo. Y tampoco estaba bien visto mostrarse excesivamente sensible porque te podían llamar *nenaza* o *julandrón*.

Pero aquel fin del verano iba a dar de un giro dichoso y de felicidad más amorosa para mi turbada infancia. Como la llave que abre la cerradura a la

intensa juventud; esa parte más viva y aguda que recorre todo el cuerpo, como un infinito deseo de pasión: se siente en carne y hueso como una electrizante y punzante sensación: El momento de besar a la primera chica de mi vida.

Se llamaba Gloria y tenía doce años, uno menos que yo. A estas tiernas edades los besos en los labios son tan inocentes como de discreta ternura. Recuerdo que nos metimos en un portal escondido por esas estrechas calles del barrio, subimos unos escalones de madera roídos por el moho hasta llegar a lo que sería un primer piso. Había otra pareja a nuestro lado. Primero se besaron ellos y después llegó nuestra magia, nuestra pasión, nuestro momento de libidinoso pero inocente placer. La ingenuidad y el candor de dos preadolescentes cuando se rozan sus cuerpos, cuando juntan y funden sus labios por primera vez como el clímax soberano de la gracia más amorosa que empuja el comenzar de los despertares.

El suave corazón de un niño de trece años cuando besa por primera vez, se acelera como una locomotora descontrolada por los raíles de la inocencia. Hacia la nada suele ir la mirada prohibida que busca el primer placer infantil. Aquellos tiernos labios se acercaron con timidez y algo de desconfianza mutua, con nerviosismo y aceleradas respiraciones de unos alientos que estaban ansiosos como retoños recién nacidos. De repente se juntaron, se fundieron como los azulísimos cielos con explosión de ansias juveniles que parecen inventadas solo para su comienzo y desvirgo. Si miro hacia atrás siempre recordaré aquellos primeros labios sedosos y sabrosos como un néctar de alquimia que siempre calienta. Aquello fue algo mágico y descubrí una nueva sensación difícil de explicar, de aquella verdad que ocurrió. Sentí un placer húmedo y sabroso en mis labios, que me invadió todo el paladar de

sensaciones impregnadas de deseo, de desnudos y diferentes sabores desconocidos hasta entonces. El primer beso es imposible de olvidar, es el autor cómplice de los placeres de un despertar desconocido. Es delirio. Aquella noche me fui a mi casa sintiéndome el chico más afortunado del mundo; era una sensación maravillosa y cándida que salía de la experiencia del alma más sana. Me sentía afortunadamente dichoso y extremadamente feliz, casi como invencible e inmortal. Nada me asustaba, pues no presentía peligro ni purga ni amenaza que pudiera hacerme ningún mal. Aquella noche, minuto tras minuto, fue cayendo la noche, me metí en la cama con una ilusión desbordante hasta quedar dormido como el metal que se funde en el núcleo de una increíble energía pensando en esa chica de nombre Gloria y que ya forma parte de mi memoria viva y como marcada a fuego.

Recuerdo que cada principio de mes, venía a casa un señor vestido de negro y con cara de no ir bien de vientre. Tenía un aspecto tétrico y de siniestra apariencia, que vestía todo su plante. Aquel hombre parecía que viniera del más allá escaldado y como zombificado en su alma oscura y gris. ¡Aquel hombre tenía un aspecto funesto que asustaba! Era alto y delgado, vestía siempre traje y corbata negra y tenía la cara como pálida y de aspecto cadavérico. Parecía un alma en pena mal purgada. Cuando llamaba al timbre de las casas ya tenía su frase elaborada, que proyectaba como una oración maldita y condenatoria:

- ¿Quién es?
- ¡El de los muertos!
- ¡Voy! Ahora baja el niño.

Recuerdo que bajaba las escaleras de mi casa con el dinero del recibo en la mano. Luego, subía con ese recibo que se lo entregaba a mi madre. Lo guardaba en una carpeta negra. Negra como el rostro de una sombra sin su opaco cuerpo, negro como un alma carbonizada de los malditos infiernos. Ese hombre cobraba en metálico, igual por ser desconfianza del posible difunto ser insolvente una vez muerto y partiendo pululando tranquilamente hacia el más allá. ¡Y las cuentas claras! Se conoce que también es dicho aplicable cuando uno se muere. Aquel cobrador, una vez al año, nos dejaba un catálogo de ataúdes y cajas de muertos que se veían la mar de lozanas y bien trabajadas a la madera artesana. Aquel catálogo era muy entretenido de ver, y mostraba las últimas novedades y primicias del gremio de sepultureros:

- ¡Estos son de serie estándar! En caso de necesidad o capricho – del vivo que paga, no del muerto ausente se entiende- se pueden hacer a mano artesana y a buena conciencia a cómodos plazos. Misa siempre aparte, ¿eh?

Aquel hombre de aspecto mortuario exponía su mercadería narrándolo todo como una presentación del feriante tratante y negociante pero con menos gracia. Y luego se santiguaba con la señal de la cruz y decía Amén o frase fúnebre en latín con no poca aprensión:

- ¡Por Dios! No llame usted al mal fario – Le decía mi madre
- Es para estar prevenido señora. En estos casos la prudencia y la anticipación suelen actuar como mejor cura.
- ¡Qué cafre es usted, por Dios!

Esto de cobrar futuros sepelios por anticipado y a cómodos plazos la inevitable y segura muerte, da como un poco de aprensión como si se fusionaran los llantos horribles con sudores fríos. Estas cosas siempre solían dar mucho respeto entre los vivos, pero nosotros, como éramos niños traviesos y con ideas de canalla lucidez, recortábamos con una tijera las fotos de los ataúdes del catálogo y las íbamos dejando por los buzones de correo del barrio con su nombre escrito en bolígrafo. Y cuando miraban en el buzón para ver si tenían correo ordinario que atender, sus caras reflejaban una desdibujada fisonomía de semblante temeroso, y se acababan santiguando muy solemnemente y rezando un Padre Nuestro. ¡Por si acaso! Luego, nosotros salíamos corriendo como almas que llevaba el diablo. Siendo niño se puede ser un poco canalla y cruel que tampoco pasa nada.

Un lema del escritor austriaco Stefan Zweig acompañaba a sus tarjetas de presentación de aquel cobrador:

“No basta con pensar en la muerte, sino que se debe tenerla siempre delante. Entonces la vida se hace más solemne, más importante, más fecunda y a veces más soportable.”

- ¡Viva hoy y pague mañana!, ponía en sus tarjetas de visita. Parecía un lema y entradilla de una película de James Bond. Aquellas tarjetas de presentación como un icono del seguro expirar tenían seragrefiada una cruz negra, negra como la muerte, negra como la oscura mancha del alma que alimenta el maldito trance.

Recuerdo como si fuera ayer a una actriz de finales de los setenta que desenterró tabúes y falsas creencias sexuales de aquellos entonces: la actriz Silvia Kristel. Era moza holandesa de muy buen ver, lujuriosa y lasciva hasta la

médula de su esencia. Fue un icono de nuevos despertares libidinosos, deseable y ansiada por la mayoría de varones cachondos de la Transición española. Aquella mujer era para nosotros, nuestra fuente de inspiración y fantasía más inocente pero de pícaras murmuraciones entre la chavalería:

- ¡Ay, qué buena está!
- Yo de mayor quiero casarme con ella.
- ¡Calla!, qué sabrás tú, enano.

En los cines donde se proyectaban esas películas clasificadas “S” de la diva holandesa de los Países Bajos los pajilleros se lo pasaban en grande, mientras los discretos gemidos del pecado se escuchaban como arias de carácter cantáble al final de la sala, también conocida como la “fila de los mancos”. Mientras, la Kristel hacía un númerolésbico que a todo hombre le como volvía loco y poseído, camino de la senda del oscuro vicio. El vicio ya se sabe que tiene un escape muy poco improvisado, suele ser poroso y acaba devorando los entendimientos y las buenas maneras.

Esto de masturbarse era cosa que afectaba a libidos de toda naturaleza y condición. Ahora, con esto de internet, se ha perdido un poco la magia y la imaginación, y cualquiera se la puede pelar sin más mérito que el momento que se le presta en su propia casa, sin necesidad de protocolos ni rituales, ni más búsqueda asociada que la mente más freudiana nos daba con la imaginación al punto del ingenio y del ensueño de la actriz holandesa y también de aquella estanquera cachonda del barrio de pechos agradecidos y labios pintados al rojo putón.

Recuerdo con ilusión las fiestas de mi calle, que eran también comienzo de libertades y de nuevos horizontes y proyectos sociales en el barrio, aunque se desconociera tal intención de noble envergadura. En la Barcelona de finales de los setenta comenzaron a celebrarse las fiestas de la Merçè, que es la patrona de la ciudad. Las comisiones de fiestas adornaban las calles con más pericia que arte alguno, vistiéndolo todo de menesterosos tejidos artesanales hechos a mano y con la gracia del zurcido que ya se olvidó. Eran nuestras primeras puestas de gala, nuestras primeras puestas en escena de pre adolescencia medio inocente y medio candorosa. Nos vestíamos con la poca ropa que guardábamos en nuestros humildes y más que necesitados y sufridos armarios. Puliditos y bien limpios, nos aseábamos como podíamos y nos echábamos colonia *Heno de Pravia* para oler muy bien y atraer a la conquista a las chicas del barrio. La calle estaba iluminada como una memoria fantasiosa y soñadora, donde la luz brotaba y brillaba como un jardín alumbrado por candiles de capuchina de mariposa. Puede que la cosa quedara muy cursi, cierto, pero el barrio parecía de diferente condición y manera. Parecía casi mágico, casi hechizado. La marginación y la delincuencia habitual que allí se deslizaba como un acto habitual día tras día, se camuflaba por unos efímeros momentos en el breve tiempo pasajero que todo lo puede desfigurar y llevar a engaño de verbena embaucadora, y que iba escondiendo las miserias y las penurias por unos livianos momentos. Los *yonquies* ya estaban flipados a esa hora y tampoco molestaban en exceso, ya iban andando al retiro como zombis atontados y bien chutados con sus brazos llagados por la aguja hipodérmica condenatoria que les introducía el letal mórfico. Pero los que querían bailar a “el baile del farolito”, o marcarse un atrevido rock and roll cutre y poco

glamuroso expuesto a las diáfanas miradas del personal que todo lo criticaba no tenían excesivos problemas para mostrar su arte. Era el momento ideal donde podían desmadrarse y dejarse llevar por un instante de feliz magia soñadora:

- Mira, mira como baila. ¡Pedrito parece maricón!

Los de la Comisión de Fiestas del barrio solían acabar a hostias entre ellos cada año, porque al final no salían las cuentas de los dineros y solían faltar pesetas y bienes raíces. Esto de estar en permanente conflicto era como una costumbre arraigada, pero al final, acababan saliendo bastante bien con las cuentas y todos finalizaban zanjando sus diferencias entre abundante cerveza y chatos de vino peleón.

Éramos casi adolescentes, casi medio hombres, casi a punto de caer del fruto del árbol de la vida, pero con la pura esencia del infante, de niños que merecían una oportunidad como cualquier otro niño ingenuo, de efervescencia y maldad sobrante de este mundo de locos. Nuestros primeros inocentes besos estaban mezclados con la canallería del barrio que no se despegaba del todo de nuestra condición de habitantes del Barrio Chino. Aquellos primeros besos eran de un néctar de sabores diferentes, de un festival de emociones, de un comienzo de despertares hacia un delirio desconocido de emociones agitadas y de nuevos fluidos espumosos como lo son burbujas en el mar.

En esas fiestas venía a tocar al barrio una orquesta con su entarimado y todo. Solía ser una del montón, que a duras penas se les podían pagar por sus bolos y canciones casi disonantes escenificadas a gritos y a una lírica pelada. La cantante no afinaba mucho, la pobre, pero solía estar bastante buena y

jamona. Los chavales del barrio le tirábamos escupitajos al batería que nos la tenía jurada. Éste era un tío bastante feo, melenudo y con aires de Ringo Star pero en bajito y barrigón. Luego, en la avanzada madrugada, alguna pelea callejera comenzaba como colofón y cierre de la orquesta, y empezaban a volar sillas plegables de madera por encima de las cabezas y botellines de cerveza por los aires que a bien se tuvieran que esquivar males mayores. Eran momentos peculiares e irrepetibles, de sensaciones sutiles y de deleites bailongos, que a poco que se entraba en su alma, se arrancaban con un baile pachanguero al son de aquellas gentes del barrio.

Esas fiestas eran momentos de luces mágicas que nos hechizaban. Eran la mermelada que endulzaba nuestros habituales grises días del resto del año. Con las suelas del zapato íbamos caminando de calle en calle con un porte casi distinguido, mientras íbamos mirando a las chicas que se exhibían como princesas sin reino. A veces, la verdad de unos chavales de trece años está en los ojos que miran con parsimonia y mesura de la bulliciosa plácidez que suele dar la juventud. Todo aquello era como una riqueza sin felicidad, porque nos conformábamos sin tener demasiadas suntuosidades y satisfechos por lo sencillo. Para sacar a una chica del barrio a bailar nos acercábamos con disimulo y una timidez que era casi de segura seducción. La gran felicidad solía venir de pequeñas alegrías y deseábamos hacer el instante eterno. Imprescindible eran aquellos perfumes de olor a pachuli, y cuando una chica nos sonreía era como un pequeño triunfo, una adolescente picardía que abría las puertas de nuestra imaginación. Una sonrisa de aquellas jóvenes chicas era como una caricia que iluminaba nuestro mundo, como si fuera un confeti de

dulce azucarado. Con la imaginación vivíamos intensamente el suave, sereno y acompasado tiempo que abría las puertas de las tiernas infancias.

En aquella fiesta de barrio de 1978 conocí a la que mi primera verdadera novia sería. Era una rubia de mi edad, amiga de una amiga y de ojos azules. Recuerdo que tenía un excesivo tabique nasal, que destacaba en su adolescente rostro. Era un poco como Barbra Streisand, pero con un cuerpo de seda adolescente que me parecía un conjunto de contrastares mágicos y velados por la ilusión del momento. Aquella chica torneaba su figura, que cubría con un ajustado vestidito con el que se le intuía toda su inocente juventud con un cierto toque muy sensual y de lujuria infantil. Un cuerpo que me parecía a medias entregado: lengua, boca, dedos..., casi todo. Como he dicho, nos conocimos a través de una amiga común: la Isabelita, que tenía las tetas más grandes del barrio. Eran unas tetas con potente proyección y con mucho futuro y porvenir. Recuerdo cuando me pasaron una primera nota escrita por ella, era la primera poesía que una mujer escribía para mí. Sentí la pasión del amador trémulo y sublime, porque aquellas eran unas letras escritas a mano en un papel de libreta de sencilla espiral cargadas de mágicas y fascinantes palabras. Aquel trozo de papel lo llevé encima durante dos semanas en el bolsillo. Lo leía por las noches en mi sencilla habitación a escondidas, y me imaginaba que nos casábamos, que teníamos niños, que formábamos un hogar con cuarto de baño y todo. A mí me gustaba mucho al principio, luego fui perdiendo el interés para volver con los amigotes y las travesuras de mi ser natural. Al final aquella relación acabó en nada porque decidí que no podía dejar a mis amigos en su solitaria suerte. Igual es que un

niño de trece años todavía no está preparado para hacer grandes planes de una vida matrimonial.

Recuerdo caer el atardecer en el remanso que se prestaba tenue y fresco en el Barrio Chino de Barcelona. Aquella tarde de frío otoño no había ningún amigo mío por la calle con el que entretenerme. Me puse a jugar sólo y resignado en un coche abandonado que había en la Calle de la Duda, aquella calle más pequeña de la Barcelona más rancia y gris de esa época. Jugaba a “conducir”, acompañado con mi soñadora imaginación y apuntando a mi fantasía infantil deseosa por ser un niño normal. O igual, lo que deseaba era dirigirme muy lejos de ese escenario marginal en ese barrio de conflictos permanentes y continuos que iban quebrando mi diminuta alma. A veces pensaba en estar muy lejos de aquellos confines siempre conflictivos, siempre trazados a la beligerancia de la rencilla. Quizás deseaba huir hacia adelante y dejar atrás aquellas viejas fachadas de piedras trazadas a la gris mezquindad que se alimentaban del aroma rancio de ciertos olores fermentados, que se nutrían del miedo que se percibía como un abismo sin fondo, como un fuerte arraigo en la cartografía que lleva al camino de la miseria. Y en esas esquinas biseladas desnudas y vulnerables, cuando caía el crepúsculo allá hacia el fondo de la tarde rebotaba en ellas con sus miedos y fantasías arrancadas de cuajo un temor a lo conocido, como un fuerte arraigo que me atrapaba. El vehículo abandonado con el que me puse a jugar era un SEAT 124 sport, de color rojo, coche muy de moda en la época. Recuerdo que tenía los asientos destartalados y mugrientos como venados revolcados en el sucio barro. Ese coche estaba averiado para siempre y sus ruedas deshinchadas como balones perdían aire para nunca más correr en carretera alguna. Yo jugaba a que

conducía dejando liberada mi imaginación, abandonándome a mi libre ingenio de la sencilla iniciativa que de la mente del niño suele surgir como un mágico encantamiento. De repente sentí como una presencia detrás de mi espalda, y una mala y extraña sensación invadió mi infantil alma. Percibí que algo dañino iba a ocurrir aquella apesadumbrada y triste tarde de otoño. Un hombre salió de entre las silenciosas sombras de aquellas callejuelas de recónditos secretos como un lobo solitario. Era oscuro en aquella tarde de avanzado otoño. Era un hombre de unos treinta años que mostraba su rostro descubierto y sin un ápice de temor en su mirada. Enseguida me di cuenta de que podía ser aquél hombre que estaban buscando. Ese que perseguía y atacaba a los niños. Y que cuando sus alas desplegaba como un ave negra y maligna oscurecía el cielo con la sombra de su maldad y de su perversión latente.

Se me acercó por la espalda, y sin darme yo cuenta ya lo tenía encima de mí. Me dijo que era policía. Yo no me lo creí, porque conocía a los policías del barrio, sabía cómo procedían y se las gastaban, pero con la chavalería no solían meterse en exceso. Me cogió con sus fuertes brazos, que apretaban como tenazas, sentí miedo, sentí pánico, sentí como un temor repugnante que se apoderaba de mí ser infantil. Sentí un fuerte pinchazo en el estómago, un miedo insuperable que nunca antes jamás había percibido en mi frágil cuerpo. Sabía que aquél hombre que se quería hacer pasar por policía no traía nada bueno en su oscura y podrida alma. Sabía que ese hombre quería hacerme daño porque lo llevaba grabado en su alineada y segadora mirada. Desprendía de su curtida piel maloliente el olor de una fétida colonia de las baratas. Parecía un macarra proxeneta al uso de aquellos tiempos, con sus patillas y sus anillos de falso oro y de artificios que brillaban como barata quincalla. Su

sombra delataba sus intenciones como funestas consecuencias profetizadas del mal hecho a sabiendas. Permaneció en silencio durante unos eternos instantes, como testimonio futuro inmediato de sus intenciones, y alrededor de mi cuerpo sentía el suyo con ese olor que caracteriza a la sonámbula fechoría y como se iba adosando al mío. Oscureció el rostro y su mirada era de miserable y libidinosa intención. Sentía su nauseabundo olor a sudor como exhalaba de sus poros sin piedad. Era el momento en el que los lobos comenzaban a dar caza a los corderos, era la hora donde aparecían los malditos secretos en medio de aquellas calles sucias y de desventuradas barriadas, que se encerraban sobre sí mismas como el escollo aislado de una mazmorra. Un mundo encerrado en su propio mundo. Por un instante reconocí a aquel hombre, recuerdo que le llamaban el Chuso – un marino mercante apodado "El Gallego" –. Recuerdo también que llevaba un tatuaje con una serpiente que enrollaba a una mujer desnuda, clavada con una flecha y un corazón que sangraba lágrimas de sal en forma de ancla de navío. Entonces comenzó una lucha agotadora en la que un niño siempre lleva las de perder, y que fue anticipo de la desgracia y de la desventura de lo que tenía que ocurrir en mala hora y peor momento.

El miedo de un niño es perenne y frágil como el cristal, débil como el suspiro de un colibrí húmedo y mojado en la rama de un árbol de hoja perenne cuando es presa y trofeo de un depredador tan inclemente y desmedido. Mi respiración comenzaba a ser débil, casi asfixiante, sólo salió de mi garganta un halo de temor angustioso mustio y sombrío. Me sentí acorralado, acosado y perdido, indefenso por aquel hombre, que como el mal tenía una inscripción de astuta

malicia. Y yo no veía la hora de que aquello acabase y no poder llorar porque no podía.

Me puse muy nervioso: mis piernas y mis manos intentaban escapar de aquel viejo coche abandonado y de ese hombre con olor de sudor de azufre que comenzaba a hacerme daño. Intentaba escapar pero no podía. Y en el forcejeo y revolviéndome como un auxilio sordo que parecía que nadie oía, encontré lo que parecía un revolver viejo y oxidado dentro del vehículo. Estaba escondido debajo del asiento. Era un treinta y ocho especial, como aquél de la canción de “Pedro Navaja”. El arma estaba cargada con su munición del proyectil sentenciador a punto del disparo. Lo cogí entre mis pequeñas manos. Yo sólo quería tirársela en su rostro como un objeto inanimado para liberarme de sus fuertes manos que me estaban agarrando con la fuerza de un aire de garra ¡Yo estaba muy asustado! Pero el arma se me disparó por accidente. El miedo y la torpeza de mi inocente terror infantil lo causaron. No había intención de matar. El arma se disparó y el proyectil de ese revolver desahuciado y negligente impactó en el pecho de aquél demonio como si fuese un fuego fulminante y sentenciador. Unos segundos después, y como si aquello hubiese sido un castigo divino, aquel hombre cayó a plomo como un árbol talado y sesgado de su propia raíz maligna y picada de rancia maldad.

Me asusté, lloré, temblé, me aterró. Notaba una sensación de frío que casi me paralizó por completo. Sentí un aliento de honda exhalación que me impedía casi respirar, como en los casos probados de miedo insuperable, y sucumbí como cuando se derrumba un castillo de frágiles naipes. Mientras, aquel hombre agonizaba en el suelo por el disparo recibido, y sentí como se iba frenando su respiración. Era un aliento maldito y tóxico como el cianuro encima

de mi frágil cuerpo. Aquel vaho de hondas exhalaciones repugnantes me pareció eterno hasta que dejó de respirar. ¡Entonces supe que había matado a un hombre por primera vez!

Aquél revolver justiciero, probablemente, alguien lo debió dejar allí después de un atraco, una reyerta, un ajuste de cuentas. ¡A saber! Había tanta maldad a la que se daba cobijo en esos barrios que tampoco fuera de extrañar tan hallazgo casual.

Por aquello de que nada ocurre sin causa ni razón, y por la casualidad del azar que suele llevar al momento del cambiar las realidades, pasaba por allí Eusebio Candelas, el hombre que mató a otro hombre igual que yo, hacía ya muchos años, por hacer justicia sin más escrúpulos que buscar su propia salvación y la venganza a la caliente diligencia. Eusebio Candelas lo vio casi todo como cosa del miserable destino, del que pone las situaciones en el escenario vivo como lo pusiera la escarcha que levanta la mañana. Eusebio Candelas vio sólo como mataba al hombre. El resto de la desgracia acontecida se la conté yo entre un trémulo llanto.

-¡Pero qué has hecho hijo! - Yo convulso y asustado le conté la historia.

Eusebio Candelas me tranquilizó y me acogió en sus cálidos brazos casi piadosos. Yo estaba temblando como una liviana hoja de papel, como un pájaro indefenso de plumilla en su trino. Entonces Eusebio Candelas se acercó a la escena del crimen: dejó sus curtidas huellas en el arma y limpió las mías, de mis pequeñas manos temblorosas y manchadas de una sangre que no era la mía, sino de aquel pederasta. Para implicarse él, modificó el escenario del crimen: movió y revolvió, cambió y trucó las evidencias, todo con la intención

de dejar pruebas falsas que desorientasen a los investigadores y que le implicasen con toda seguridad a él. Eusebio Candelas, en aquel momento de espanto y desorientación, creyó firmemente que estaba haciendo lo correcto y actuando de justa medida.

Por el estruendo de la detonación del arma y el aviso de algún vecino llegó la policía. No se sabe qué vecino avisó, tampoco importaba mucho. La policía estaba allí en diez larguísimos y eternos minutos. Cuando vieron el cadáver enseguida supusieron que era el pederasta que buscaban. La policía dudó, vaciló, desconfió, receló, pero como tenían el culpable muerto -el pederasta- y un verdugo más que confiable que dijo hacer justicia por su cuenta -Eusebio Candelas- tampoco se investigó más de lo saludable y necesario aunque sus serias dudas tuvieran. Ellos, los policías, también les tenían sus particulares ganas a ese capador de vidas infantiles que andaba deambulando y haciendo el mal a sabiendas por el barrio. Se la tenían jurada a los pederastas y a los pedófilos que abusaban de los chavales indefensos por muy pobres que fueran.

El inspector de policía de aquel distrito, que ya había hecho tratos con Eusebio Candelas por si era acreedor de alguna pista, le dijo a éste sin demasiada riña ni excesiva amonestación:

- Pero hombre Eusebio, ¿qué has hecho? Ya te dije que no quería marrones ni ajustes de cuentas en mi distrito. - Le dijo aquel inspector de policía curtido y versado en maldades.

Eusebio Candelas bajó la mirada, frunció el ceño, miró hacia el suelo, miró hacia la nada aceptando una culpa que no era suya. Y mientras lo esposaban y

lo conducían al coche policial me guiñó un ojo y me sonrió muy cómplice. Me dijo susurrando al oído:

- Tranquilo hijo, yo me encargo de todo. Tú no digas nada, no has visto nada. Déjame hablar a mí.

Uno de los policías que investigaban el caso en aquél escenario recuerdo que dijo por lo bajo:

- Un hijo de puta menos en el mundo. Y escupió en el sucio suelo al lado del cadáver del pederasta que se mostraba ya rancio y camino irreversible del rigor mortis habitual que a cada muerto atiende.

El cadáver de ese hombre quedó tendido en el suelo boca arriba y con los ojos abiertos, como una lechuza. Era el final del mal remendado al mal. El pederasta estaba muerto, la policía quiso cerrar rápido el caso aunque muy claro no lo tuvieran. Eusebio Candelas se confesó culpable de aquel involuntario homicidio y con eso les bastó. Aunque en el fondo flotaran dudas razonables del crimen en el aire viciado y desconfiado de aquel barrio de oscuras maquinaciones.

Lo más importante de lo que allí se aconteció es que muchos niños indefensos e inocentes por naturaleza se librarán probablemente de la garra violenta y viciosa, vil y mezquina de aquél pederasta que se mostraba muerto como un ángel de la muerte, que nadie lloró ni se apenó por su ausencia. Y que ya estaba prácticamente en el ardiente infierno: lugar y hospedería para los desalmados, trazando su propia ruta vil y atravesada por el limbo, negándosele el purgatorio y menos el apacible paraíso, ese lugar que dicen que es un jardín extenso y bien arreglado, que se presenta como un lugar bello y agradable. ¡No

hay paraíso para los malvados! Solo un antes y un después hasta que llegan a ese espacio de inframundos de mil engaños y de mil tormentos, donde serán recibidos en proporción a la maldad con la que sus almas negras hicieron en vida, sin más referencias que el miedo y el dolor perpetuo donde se purgarán las culpas eternamente y para siempre.

El juez condenó a Eusebio Candelas -porque de que había sido yo no lo tenía muy claro-. Aunque dudó un instante como la policía, pero al final se remitió a las pruebas, confesiones y evidencias. Aquel togado magistrado debió de pensar que la cosa ya estaba bien, que la cosa estaba atada y bien atada, y que tampoco le hubiera de dar más vueltas a la tuerca del perno de la justicia, porque de fiable y único testigo verdadero ese día sólo estuvo el asfalto y sus calladas fachadas. A veces miente el espejo donde se refleja la justicia. A veces no dice verdades que se quedan en un perpetuo secreto por los tiempos de los tiempos escondidos como falsas verdades.

Mi padre nunca se enteró de estos hechos porque estaba, como es costumbre, en el bar con sus amigotes. Como casi siempre, no se enteraba de nada si la cosa no iba con él. Sólo mi madre, mi sufridora y estoica madre sucumbió a aquél dolor por aquel hecho cerrándolo hacia adentro de su yo. Aquello fue un gran disgusto para ella, acostumbrada tanto a sufrir, acostumbrada tanto a que la vida la tiñería de reveses y desdichas endémicas en ese Barrio Chino de pesares y de convivencias hirvientes. Una madre por muy bien que haga las cosas siempre pensará que ha hecho algo mal. A partir de entonces mi madre ya no fue nunca la de antes, se volvió introvertida y tristemente afligida para siempre. Yo la veía envejecer día tras día como una mustia flor, rápida e irreversiblemente hacia un rincón de su ancianidad que iba

avanzando irremediabilmente. Luego siguieron pasando los siguientes años con el disimulo de la parsimonia prudente y discreta al tacto del silencio cómplice que lleva al olvido.

Después de eso, mi infancia transcurrió entre sombras y miedos casi imposibles de esquivar, entre voluntariosos psicólogos y entregados monitores infantiles que intentaban borrar lo que el destino dispuso con injusta ventura. Llegaría la sutil adolescencia unos pocos meses después, con sus cambios inesperados y como cosa normal de la evolutiva infancia, dejando las marcas del pasado de un muchacho de barrio como lacradas y selladas con un sigilo de olvidos y ausencias que arrastraban el tali3n de mi dolor. Mi vida sigui3 transcurriendo en el barrio con la discreci3n del dif3cil olvido del dolor, y casi nadie se enter3 de la fatal verdad. S3lo sab3an que aquel pederasta me dio un susto de por vida de calado indeleble e imborrable, y que Eusebio Candelas hizo el resto para compensar la justicia natural. ¡Nada m3s! Porque en aquel barrio las desgracias se sol3an olvidar r3pido por sucederle alguna otra en el breve espacio del momento vivido. En el Barrio Chino de 1978 los problemas no eran imaginarios, sino tan reales como el r3o que recurva a cada afluyente de su corriente natural hasta llegar al mar.

Acab3 mis estudios primarios, luego me puse a trabajar como aprendiz de la farmacia del barrio donde mis d3as transcurr3an con la parsimonia en el letargo de aquello que nos quema por dentro. Todo parec3a transcurrir con normalidad. Pero cuando matas a un hombre de ni3o, aunque sea en leg3tima defensa y causa punible que lo justifique, nunca jam3s se olvida mientras vives. Porque la mente es un camino laber3ntico y de callecitas misteriosas que el miedo y el temor no acaba de esconder. Y esa sensaci3n de repulsa sentenciadora que se

aplicó sin quererlo para defender tu propia vida te va consumiendo un poco cada día. Días que van transcurriendo con el pesar del recuerdo lacrado a fuego que no se llega a olvidar jamás.

Eusebio Candelas ingresó en la cárcel a la edad de setenta y un años por el crimen que dijo cometer. Dicen que una vez en su celda, se le dibujaba en la cara una cómplice sonrisa, como si estuviera en estado de gracia, como si hubiera cumplido una promesa de un secreto que sólo él y unos pocos guardaban como un cáliz sagrado. Eusebio Candelas purgó mi pena por no querer que arrastrara un lastre de por vida y una infancia condenada a reformatorios y correccionales de menores. Igual lo hizo por mí, igual lo hizo por su hijo. Igual lo hizo por todos los niños del mundo que sufren las garras malditas de esos seres del vicio criminal que se muestra como un mosaico de malevolencias y sudores fríos. Eusebio Candelas fue el hombre aquél que juzgó, mató, mintió se auto inculpó y acabó entre rejas haciéndose responsable de su propio destino para romper todas las injusticias. Dicen que permanecía enclaustrado en su celda sin meditar en exceso su fortuna y destino. Y que por su edad avanzada y enfermedad ya no le volvió a sorprender jamás el amanecer. Dicen que Eusebio Candelas leía a Epicuro, el filósofo, cuando estaba triste en su fría celda, enterrando hondo sus negros pensamientos para darles un lustre más brillante, como el nácar de raíces vivas que sirve de adorno para dar solo reflejos cromáticos imaginarios. Eusebio Candelas alimentó con su adulterada y falsa confesión la verdad que nunca lo fue. Así, de culpa y de opacidad al raso, libre quedé yo de la total sospecha. Eusebio Candelas jamás se arrepintió de su sacrificio ni tampoco de su falsa

declaración que le condenó de por vida para dar a toda esta historia su justo valor. Yo jamás volví a saber nada más de él.

Eusebio Candelas murió en el penal al que fue condenado a los dos años de ingresar. Dicen que murió con una tenue sonrisa en su boca y con un aire de benevolencia en su rostro por las cosas bien hechas. Igual murió como un injusto y sacrificado mártir en aquella húmeda celda, pero satisfecho del daño reparado y su alma salvada, de quitarse de encima algo que la injusta conciencia le golpeaba como un batiente tambor su anciana mente, que le pesaba como un mármol y que le estaba matando por dentro. Pues la muerte hace que al final a todos nos cubra la tierra para siempre para pasar el eterno olvido.

Yo no sé si sería tan valiente o tan cobarde como Eusebio Candelas, el hombre que cumplió mi pena por librarme de mi segura desgracia. Quizás, aquella fatídica tarde en aquél vehículo abandonado de aquella recóndita escena que ocurrió en el barrio, un murmullo nocturno de hilo de voz desesperado y miedoso salvó mi vida en aquella callejuela, donde Eusebio Candelas escuchó una voz casi sin aliento, casi indefensa por el mal que destilaba aquel pederasta que al mal se encomendaba. Esa voz era la mía, que pedía auxilio para librarme de la falacia de los mil engaños, del recorrido temeroso que siguieron mis ojos, sólo y angustiado, sintiéndolo todo en carne y hueso aquella maldita tarde de otoño.

El diablo y el muerto que mató Eusebio Candelas se cruzaron por el camino que llevaba al infierno y no se dijeron nada. Porque el diablo no suele ser cómplice de nada, no suele vacilar a la hora de aplicar su rígida condena,

sino que actúa haciéndose fuerte valedor y acreedor de los insolventes de bondades, de los imprudentes y de los criminales de cobarde condición, para llevárselos a un lugar de dolor de inmensas proporciones, dolidas y lloradas, que suenan silbando como ladrones misericordiosos al viento sulfatado del infierno, voluble prisión de los condenados al dolor eterno donde no se cuenta el tiempo, sólo se cuentan los milenios que el dolor horrible del alma provoca sin demasiada exactitud. Todo ello haciéndolo en un total silencio. Porque el silencio asusta sólo a las almas más necias y cobardes, las que se lleva la muerte sin retorno y con franquicia de difuntos.

Ese Barrio Chino barcelonés fue el gueto que a veces, desde afuera, desde la falsedad de la fachada apariencia era visto con un falso romanticismo poco clarividente, de oscuro perfil suburbano y a la intemperie de sus fábulas y sus mitos. Pero que en su esencia era tan real como artificioso a la vez. Era casi siempre costumbre de vivir las miserias más endémicas que se resistían a desaparecer de su ciclo natural, recauchutadas de sí mismas como un remiendo que el esqueleto aguantase. La hipocresía y la endogamia hacían el resto con un tanto de opacos contrastes, como un tríptico de esquemas y sentidos mal entendidos. Impías y escépticas se mostraban las escenas de los defectos, de las carencias, de educaciones y comportamientos instintivos de entretenimientos recreativos hechos a la mala sangre que bombeaba el mar del vicio y la delincuencia marginal de ese Barrio Chino de la Barcelona de finales de los setenta. Eran como un espejo de imágenes cóncavas que reflejaba sus propias miserias y desventuras: de la prostituta callejera condenada al martirio de su cebo y falacia engañosa apoyada siempre en una triste esquina, del indigente drogadicto de opiáceas sustancias que moría en un rincón de

cualquier esquina agonizando en silencio su letal adicción, del niño maltratado a base de hostias y golpe de cinturón corrector de su progenitor para que no molestara en exceso y darle la mala educación de la desconfianza. En el Barrio Chino de aquella Barcelona pragmática y de bizarras situaciones de aquellos entonces, hacían falta unas leves briznas de hipocresía para escudar la miseria que se mostraba clara y cierta sólo al alcance de las gentes más curiosas y observadoras. Lo demás, eran todo leyendas y falsos testimonios que alimentaban el mito de unas historias tan verdaderas como vividas a piel curtida.

Mi madre y yo nunca volvimos a hablar de ello, como si todo aquello que ocurrió en aquella pequeña callejuela, como si una gran verdad hubiese sido un pacto de obligado silencio y mala fortuna del cruel destino. Seguimos viviendo en el barrio, y ni mi padre ni el resto de la vecindad murmuradora y cizañera por naturaleza arpía y cotilla, nunca supieron quién mató de verdad al muerto que mató Eusebio Candelas. Aquél, que nunca jamás nunca mató.

FIN